

CUANDO EL CIELO SE CAIGA

FRANCISCO GALVÁN



1939. Madrid está a punto de caer,
y un policía debe capturar a un asesino

IMÁGICA intriga

PREMIO DE NOVELA «ATENEO-CIUDAD DE VALLADOLID»

CUANDO EL CIELO SE CAIGA

FRANCISCO GALVÁN



1939. Madrid está a punto de caer,
y un policía debe capturar a un asesino

IMÁGICA intriga

PREMIO DE NOVELA «ATENEIO-CIUDAD DE VALLADOLID»

CUANDO EL CIELO SE CAIGA

FRANCISCO GALVÁN

IMÁGICA intriga

Un jurado formado por Elena Santiago, María Aurora Vilorio, Gonzalo Munielo, Ramón Pernas y José Luis García Canido concedió a *Cuando el cielo se caiga*, de Francisco Galván, el XLIX Premio de Novela Corta Ateneo-Ciudad de Valladolid, que fue patrocinado por el Excmo. Ayuntamiento de Valladolid.

JORNADA PRIMERA



JORNADA PRIMERA

Viernes, 3 de marzo de 1939.

«Madrid, fortificación inexpugnable.» El cartel de propaganda renace en la madrugada bajo los faros del camión. El rostro recio del trabajador, de barbilla potente, recortado sobre los tejados de la capital que resiste, brilla en la tapia del cementerio del Este. Testigo atónito de paseos de soldados que antes fueron milicianos. Ya no hay milicianos, aunque ellos prefieran seguir siéndolo. Una vez más, el obrero-campesino, de sombrero de paja y pico en ristre, se prepara para asistir, mudo, como siempre, a la ejecución de la justicia popular. Cada vez menos justicia y menos popular. Cada vez más desesperada, esquizofrénica y compulsiva.

Suenan los frenos del vehículo. Cruje entero en manos del confiado conductor que sabe el camino de memoria. Ha hecho cientos de viajes. Ha alardeado de no necesitar luces para recorrerlo. Nunca ha empuñado el fusil en estos paseos. Es el conductor, con eso basta. El trabajo está bien repartido. Unos conducen el rebaño al matadero y otros le dan *matarile*. Así lo llaman algunos soldados: *matarile*. Ni siquiera ellos, ejecutores de la sentencia, se atreven a hablar de justicia. Justicia, con mayúsculas, solo se pronuncia en casos aislados, cuando algún pez gordo cae en la red. Pero peces gordos ya no quedan en Madrid. Hace muchos meses que se han extinguido de tanto echar la red... Ahora solo se pescan pequeñas piezas. Poca cosa, gente sin importancia. Pero la justicia, esa que nadie se atreve a nombrar en voz alta, porque ofende y resulta obscena a los oídos de la mayoría, se sigue aplicando con rutinaria regularidad, con aburrida devoción.

El conductor intuye que ya le quedan pocos paseos como este. Pese a ello, no siente ninguna emoción concreta. Acabarán los paseos. No porque no queden enemigos a los que dar *matarile*. De esos siempre hay. Y si no los hay, se inventan. Los paseos terminarán porque la ciudad caerá en manos del enemigo dentro de poco. Eso lo saben todos.«Madrid, fortificación inexpugnable.» Eso ya no se lo cree nadie. Quizás entonces los paseos los den otros. Quizá le toque viajar un día en el remolque de su propio camión y

el fuego de sus faros sea su última visión de este mundo. «¿Hay otro mundo?», se pregunta.

Pero esos pensamientos no le torturan. Pocas cosas le provocan ya cambios bruscos en su estado de ánimo. Tan sensible como el cemento a las oscilaciones de temperatura. Ha visto demasiadas muertes. Frente a la tapia del cementerio, en las calles bajo los bombardeos de las pavas, en el frente de la Ciudad Universitaria. Bueno, en el frente estuvo poco tiempo. Tiros ciegos a un enemigo invisible que corre agachado de parapeto en parapeto. Moros, explosiones y sangre. Poco tiempo pero suficiente para comprender el horror de la guerra. Los fusilamientos, la justicia popular no es otra cosa que una manifestación más de la guerra. Tanto da morir en el frente de una bala perdida, en la glorieta de Bilbao por un bombardeo de la aviación alemana o ante un pelotón en la tapia del cementerio. El resultado es el mismo. Al menos ahora los condenados no tienen que cavar previamente sus propias fosas, como ocurría en los primeros paseos. Era humillante para el reo. Esa práctica se abandonó, lo mismo que los fusilamientos clandestinos, al convertirse las milicias en ejército popular. Todo es popular, hasta la muerte. También la justicia. Aunque sigue pareciendo clandestina. Ahora los cuerpos abatidos quedan allí donde caen. Se dejan hasta el día siguiente por si sus familiares quieren hacerse cargo de ellos. El resto, que son la mayoría, se enterrará después en una fosa común. Otros se ocuparán de esa tarea. El trabajo está bien repartido.

Los soldados antes milicianos hacen descender del camión a los condenados. Apenas hay palabras. Todos saben a lo que van y lo que deben hacer. El piquete ha representado esa obra cientos de veces. La cumple de memoria, como el conductor su trayecto. También podrían matar a ciegas. Sin luz. Los reos, artistas invitados a la representación —única representación—, también cumplen su papel a la perfección.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Son cinco los invitados hoy al paseo. Hay una mujer joven. Llevan atadas las manos por delante. Alguien dijo una vez que morir fusilado con las manos amarradas a la espalda era demasiado heroico para simples delincuentes. Las manos a la espalda obligan a adelantar el pecho. Es un gesto de valor. Aunque sea involuntario. Pecho por delante. Desafío a la muerte. Eso queda solo para los patriotas. Pero ellos no fusilan patriotas, sino facciosos y traidores, quintacolumnistas, asesinos y demás ralea adicta a Franco.

—Quiero confesión. Un sacerdote, por favor —murmura uno de ellos. Se

sale del guion.

El sargento al mando se encoge de hombros.

—Ya no quedan en Madrid. Lo siento.

Su disculpa es sincera. Le hubiera gustado complacer la última voluntad de un condenado, pero los curas fueron los primeros en caer, en ser alineados frente a la tapia del cementerio. Entonces la justicia popular era más multitudinaria. Venían varios camiones. Ahora solo uno con cinco reos. Cada día quedan menos traidores. Cada vez hay más desgana en todo: en defender Madrid, en atrapar fascistas, en aplicar justicia. ¿Para qué? ¿De qué sirve? Es cuestión de tiempo, de poco tiempo, que Madrid, fortificación inexpugnable, no pasarán, se hunda. ¿Para qué matar a nadie entonces? ¿Se sirve así a una República difunta cuyos máximos responsables han volado?

El sargento es un junco verdinegro de pólvora, casi gitano. Alinea a los cinco condenados frente a la tapia. El noble trabajador, perfil casi romano, observa la muerte desde su cartel que es cartel. Los milicianos les vendan los ojos. Es incómodo que las víctimas te miren a los ojos mientras las matas. Aunque los faros del camión deslumbran a los reos. Ellos solo ven siluetas alineadas frente a ellos. Ocho sombras de plomo negro que son de muerte. El soldado miliciano que venda los ojos de la mujer se entretiene más de la cuenta. Ella es joven, como el verdugo. Le atrae su cara; es guapa, piensa. Los focos del camión extraen destellos dorados de su pelo ¿Qué habrá hecho esta para que haya que fusilarla? Al fin termina. Se incorpora a la fila negra. Fila contra fila. Al conductor, que no se ha apeado y fuma, le parece un ajedrez. Pero aquí son ocho fusiles contra cinco peones inermes. «¿En el ajedrez hay fusiles?» No sabe. Nunca ha jugado. Es cosa de burgueses. Aunque ha visto a algunos compañeros de las Brigadas Internacionales practicarle. Se quedó mirando, pero no entendió nada. Demasiado complicado. Prefiere la brisca.

Una descarga de fuego le saca de esos pensamientos. «¡Joder, no me acostumbro! ¡Siempre me sobresalto!» Olor intenso a pólvora, incluso dentro del camión. Han caído cuatro como fardos. Se han desplomado como si fueran pañuelos que se sueltan de la mano. Siempre caen igual. Sin aspavientos. Modestamente. La mujer está en pie. Se tambalea. Pero es el terror lo que la mece. Terror a punto de hacerle perder el conocimiento. No sabe qué ocurre. Ciega por la venda. No sabe si está muerta o viva.

El sargento se cabrea. No es la primera vez que alguien se le queda en pie después de la descarga. Pero hoy ve mala intención del pelotón. Ninguno

de los milicianos ha querido disparar a la joven. Casi niña. No ha habido justicia para ella. Como en otras ocasiones, el gitano verdinegro, casi junco, pistola en mano, se acerca a la superviviente. Ella no sabe. Gira la cabeza ciega. Trata de escuchar qué pasa. Pero nadie dice nada. Solo el ruido del motor del camión, al ralentí. La pistola del jefe del pelotón apunta a la sien dorada. Podría ordenar una nueva descarga. Esta vez solo para ella. Las ordenanzas mandan que se hagan dos descargas; pero nunca se cumplen las ordenanzas. No le apetece alargar la función. Aprieta el gatillo, a dos dedos de la cabeza de la joven: ¡clic!

—¡Coño, se me encasquilló el arma!

La joven da un respingo con el grito del sargento. Gira la cabeza. Su nariz está a dos dedos del cañón. No ve. Pero comprende todo en una décima de segundo. Dicen que en esas situaciones extremas, el cerebro es capaz de trabajar un millón de veces más rápido. No ha necesitado ver. Lo comprende todo. Pero no dice nada. Está paralizada.

—¡Bernardo, te toca! —ordena el sargento.

El conductor tiembla. Nunca ha formado parte del pelotón. No tiene fusil. No se atreve a apearse. Se aferra al volante con manos sudadas. El cigarro se le crispa en los labios secos. El junco le requiere de nuevo, con voz desabrida esta vez.

—¡Ven aquí inmediatamente! ¡Con la pistola!

Bernardo tiene pistola. ¡Algo había de tener! ¿Qué clase de guerra iba a hacer sin armas? Hasta los conductores han de ir armados. Se baja del camión. El pitillo se le cae de la boca con el mismo aire que los fusilados cayeron muertos. Se acerca al sargento. Mira a la joven. Ella lo mira sin ver. El gesto que le hace el sargento es claro. Saca su pistola. Está limpia y brillante. Casi a estrenar. Es soviética, fruto de la ayuda rusa al Gobierno de la República. No puede fallar. Levanta despacio el cañón. Ella lo mira. Ojos desorbitados tras la venda. Apunta a su frente limpia. La sien, lugar apropiado para estos casos, queda de lado y no tiene fuerzas para girar alrededor de ella en busca del punto indicado para ejecutar la sentencia. A dos dedos de la frente. La mano de Bernardo tiembla porque todo su cuerpo tiembla. ¡Matará por primera vez! Ha visto la muerte, pero nunca la ha conjurado para que acuda a su llamada. Reclamo de hierro frío traído de Rusia para matar fríamente.

Cierra los ojos. Se iguala a ella. Dos ciegos frente a frente. Blanca frente contra cañón negro. Ajedrez de hierro muerte. Toda su vida pasa por su

mente en un largo instante. De albañil a miliciano, de soldado a verdugo. Aprieta el gatillo. Suena un estampido. Brutal. Se sobresalta. Siempre se sobresalta. No se acostumbra nunca. Abre los ojos. Espantado. ¿Dónde está ella? A sus pies. Muerta.

Claudio Ballesteros es policía en la brigada de investigación criminal. Aguarda sentado a la mesa camilla a que su madre le ponga el desayuno. Achicoria, quizá malta, y un trozo de pan duro. No pide más. No hay más. Alguna galleta de vez en cuando. Pero prefiere que las galletas se las coma su madre. Como antes de la guerra. Es muy galletera la viuda de Ángel Ballesteros. Albañil. Anarquista. Parece que en Madrid solo había albañiles y anarquistas antes de la guerra. También había militares y curas. El padre murió pocos días antes de empezar la guerra. Fue tiroteado por *balillas* de Falange durante una huelga. Una más, uno más. El chico, hijo único y tardío, nunca pudo resolver ese crimen. Acababa de entrar en el cuerpo de policía con gran disgusto del viejo. «¡Te doy estudios para esto!», le reprochó un día la forma en que desperdiciaba el esfuerzo de sus padres por llevarlo a la escuela hasta los catorce años. Ser policía es peor que burgués. Es ser esbirro del burgués. El perro guardián que adiestra el potentado para morder a los pobres a los que exprime. Eso le dijo un día. El chico calló. La madre, costurera para redondear un salario de miseria, le decía que no hiciera caso, orgullosa de que su niño fuera autoridad.

Dos días después de la muerte del viejo, Claudio tuvo que detener a Cipriano Mera, camarada de su padre. Agitador de la CNT. Eso decía la ficha de la Dirección General de Seguridad. Su padre también tenía ficha, pero más chica que la de Mera. Todos los albañiles tenían ficha. Había rabia en el alma del policía cuando acudió a buscar a Mera. Impotencia. Ojos acuosos. Los tres guardias de asalto que acompañaban a Claudio durante la detención del anarcosindicalista, en su casa del Puente de Segovia, disimularon. Ellos también tenían padres albañiles. O quizás eran otra cosa.

Mera era una roca, acostumbrado a entrar y salir de la cárcel Modelo. Adoquín tallado en revolucionario. Silencioso y explosivo. Una sonrisa del sindicalista facilitó el trabajo del policía.

—Lo siento, dicen que debo detenerte por incitar a la huelga y a la violencia —se disculpó el hijo de su camarada muerto.

—Gimnasia revolucionaria, lo llamo yo —respondió Mera.

Silencio en el coche hasta llegar a la Dirección General de Seguridad. Claudio acompañó a Mera y a los guardias más allá de lo que es habitual en otras detenciones. A punto de cruzar la reja de los calabozos, se pararon. A solas un minuto. Habló Mera mirándole a los ojos.

—Escucha, Claudio, no me importa que me detengas. Tú, mejor que cualquier otro. Pero espero que dentro de poco sepas dónde tienes que estar.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabrás muy pronto. Quizá ya lo sepas...

Mera se marchó a los calabozos llevado por los guardias. Claudio sabía perfectamente a qué se refería Mera. Todos, salvo el Gobierno, en indolente siesta, conocían que se preparaba un levantamiento militar. Pero el sindicalista adivinaba también que la revolución popular acompañaría a las armas de los militares. Gimnasia revolucionaria. Así llamaba Cipriano Mera a los ensayos de lo que había de venir. «Y yo, ¿dónde he de estar entonces?», se preguntó Claudio.

No esperó mucho para saber la respuesta a esa pregunta. El 19 de julio, Claudio acudía al Abanico (así llamaban a la cárcel Modelo debido a la disposición de sus galerías) para liberar a Mera. El alcaide se hacía el remolón, pero finalmente accedió a la presión popular y liberó a la mayoría de los presos. Claudio acudió a la celda del anarquista para abrirle la puerta, pistola en mano. Otros cenetistas lo acompañaban. Todos armados. El sindicato había acumulado algunas armas durante las últimas semanas. La revolución estaba en marcha.

—Veo que sabes dónde estás —le dijo Mera después de abrazarlo.

—Con mi padre —respondió Claudio—. El viejo hubiera estado aquí.

Cipriano invitó a Claudio a seguirlo en su vendaval revolucionario, pero el policía lo rechazó. Otras obligaciones. Otras urgencias. Al día siguiente, Claudio participó en el asalto al cuartel de la Montaña. Era de los pocos que tenían armas. Una simple pistola. Allí se encontró con otros compañeros. Guardias de asalto, guardias civiles, sindicalistas. Fue una carnicería. Por ambos bandos. Ayudó a recoger los cadáveres esparcidos por el cuartel antes de regresar a sus quehaceres en la Dirección General de Seguridad.

Doña Asun sirve una taza de malta a Claudio. También dos galletas. Él

protesta.

—Cómase usted las galletas, madre. Sé que le gustan.

—Tú calla y come, que tengo más. Me han regalado una caja entera. Son inglesas. Muy finas. De mantequilla.

—¿Quién le ha regalado eso? —Claudio se extraña de tan espléndido regalo y prueba una galleta.

—Verás, de eso quería hablarte. Una vecina de aquí al lado, de la calle José Antonio Armona, con la que he hecho amistad en las filas del racionamiento, me ha pedido que te intereses por su hija, que la han detenido sin razón.

A Claudio le molesta que pidan favores a la policía. Y más aún que los paguen con regalos caros. Además, seguro que las galletas han sido obtenidas de forma ilegal. Protesta. Trata de zafarse del encargo de su madre. Sorbe la malta y se come la segunda galleta.

—Estoy hasta arriba de trabajo, madre. Esta noche no he pegado ojo. Ha aparecido un hombre estrangulado en el Museo del Prado. —Claudio mira de frente a la viuda para exhibir sus ojeras. No sabe que tiene ojeras desde que murió su padre, hace casi tres años ya.

—¿Otro estrangulado?

—Los otros eran degollados —puntualiza Claudio—. Pero para el caso da igual, son tres muertes que me traen de cabeza.

—Lo que debes hacer, hijo, es marcharte de Madrid cuanto antes. Te lo he dicho mil veces —dice con voz quebrada y le toma la mano para dar más intensidad a su súplica.

—¿Cómo me voy a marchar? Tengo trabajo que hacer, un deber que cumplir. No puedo dejar una investigación a medias —al decir esto piensa en los que mataron a su padre, aún libres. Muerte impune. Una más.

—Todo el mundo se está marchando a Valencia o a Francia, y el primero fue el Gobierno, ya lo sabes. Desde la caída de Barcelona, el que no se ha ido ya es porque tiene asegurado un medio de transporte para irse a última hora o no tiene dónde caerse muerto, o... porque es fascista. Los que tenéis responsabilidades tenéis que huir porque Madrid no resistirá mucho más, hijo.

—Madre, habla usted de responsabilidades como si yo fuera un criminal... —Claudio se termina la malta de un último sorbo.

—¡No, hijo, por Dios! Pero yo escucho la radio de Burgos, la pongo muy bajita para que no me descubran los vecinos, y dice que todos los que tengan

responsabilidades lo pagarán... Y tú eres un policía que ha detenido a muchos facciosos. No te lo perdonarán.

—No soy más que un simple policía. Detengo a quien quebranta la ley. Los franquistas supongo que también tendrán policía, ¿no?, igual que tienen panaderos y transportistas. Para detener a los espías existe el SIM, que está bajo mando militar. Ya lo sabe usted.

—Estás en las nubes, chiquillo. Eres un romántico, como tu padre. O quizás un insensato. Da igual. Si te quedas, vendrán a por ti cuando entren, hijo —insiste la madre, reprimiendo un sollozo.

Chiquillo. Le salen a la vieja los usos de sus antepasados andaluces. En realidad ellos decían *quiyo*. Solo le llama *chiquillo* en momentos verdaderamente importantes. Paradójicamente, cuando apela a su responsabilidad de hombre. Claudio es el hijo que necesita su protección. El niño desvalido. Criado enfermizo hasta que cumplió los doce. Muchas veces pensaron sus padres que el hijo único se les marcharía para siempre en una de esas fiebres. Con toses asfixiantes.

Claudio no responde. Tiene trabajo pendiente. Un deber que cumplir. Varias muertes extrañas que investigar. Algunos asesinos que atrapar. Sabe que su madre tiene razón. Los fascistas acabarán con cualquiera que haya empuñado un arma, que haya trabajado por la República. Todos son rojos. Claudio Ballesteros sabe que esta no es una guerra ordinaria. No se trata de ganar unas batallas y luego rendir al rival. Se busca el exterminio del enemigo. Acabar con todo lo que huelga a comunista. Y para Franco son comunistas todos los que no son fascistas.

La madre pasa la mano por la nuca del hijo. Sabe que eso le ablanda. Recursos de madre. El hijo la mira con ternura. Las lágrimas pueden brotar en cualquier momento. No se agotan. Han corrido muchas lágrimas por los ojos de la viuda, pero siempre quedan más. Claudio toma la mano de su madre y asiente con la cabeza.

—Deme los detalles de esa chica.

—Te llevará muy poco, solo una gestión para ver dónde está. Debe de ser un error. Es muy joven. No ha hecho nada.

Doña Asun corre hasta el aparador. Allí, sobre la radio, coge una foto. Se la entrega a Claudio. Una cara alegre de tirabuzones rubios. Volantes y encajes que acompañan. Por detrás, un nombre: María Lourdes Campillo.

—¿Cómo fue? —pregunta Claudio con aire cansino, mientras recoge, una a una, con la yema de uno de sus dedos, las miguitas de galleta que han

quedado sobre el mantel. Las lleva a la boca. Gesto inconsciente. Repetido miles de veces durante casi tres años de privaciones.

—Fue ayer por la noche. Llegaron varios hombres armados y se la llevaron sin más. No dieron explicaciones, dice su madre. Tiene que ser un error porque ella no ha hecho nada ni está metida en nada. Al contrario, colabora remendando la ropa de los soldados que están en el frente.

—¿Fue la policía o el sim?

—No te puedo decir. Solo sé que iban de uniforme. Su madre estaba muy nerviosa y no pudo distinguirlos. Ellos tampoco hicieron mucho por identificarse.

Claudio Ballesteros es alto y nervioso, como espiga verde al viento. Crecido de golpe tras superar su primera niñez raquítica. Se dirige al lavabo para refrescar su cara, embotada por la fatiga y la falta de sueño. Ante el espejo ve su cabezada afeitada para evitar piojos. Sonríe al pensar en su padre. Al viejo luchador le hubiera divertido verlo así. Cuando era pequeño le recriminaba que se dejara el pelo largo: «Las melenas son propias de los ricos desocupados. El trabajador debe ser ordenado y llevar el pelo corto y arreglado. No somos cerdos, como ellos suponen, sino humildes; pero, al tiempo, orgullosos. Llegará nuestro momento y hemos de estar preparados».

Ese momento, más bien instante, llegó y se fue tan rápido como había venido. Menos mal que no lo vio el viejo Ballesteros. La revolución vino con los militares, como suponía Mera. La guerra era revolución al principio. Al menos eso creyeron ellos, los anarcosindicalistas de la CNT. Después, la guerra fue solo civil y también carnicería. Y hambre, dolor y lágrimas. La revolución soñada se transformó en pesadilla. Los espíritus libertarios, como el de Mera, tomaron las armas y también los galones. Por supervivencia. Las milicias se convirtieron en ejércitos, en brigadas, en divisiones. La revolución vino con los militares y se hizo militar. Vistió uniforme, disparó ametralladoras y minó puentes. La revolución anarquista, esperada por el viejo albañil, murió antes de nacer. Demasiado frágil para imponerse a los Junkers nazis, a los moros de Franco y a las intrigas palaciegas de la República.

Reconfortado por el agua gélida, Claudio besa a su madre en la mejilla. Promete buscar a la chica. Las botas de militar lo elevan aún más sobre la insignificancia de doña Asun. Sale a la calle y decide caminar en lugar de tomar el tranvía. Quiere despejarse. La mañana es fría y está destemplado de la noche en vela. Un conservador del Museo del Prado ha sido estrangulado

con el cable de una lámpara. Fue hallado en los sótanos de la pinacoteca, tirado en el suelo entre los cuadros embalados que no han podido salir de Madrid. Las mejores obras fueron evacuadas en noviembre del 36 para preservarlas de los bombardeos de la aviación alemana. Pájaros negros que a diario traen la muerte. Solo una vez bombardearon con panecillos y fue más doloroso: «¡Sois unos muertos de hambre! ¡Rendid Madrid!» Mensaje humillante junto a pasquines incitando a la rebelión contra la República. Muchas mujeres recogieron el pan y lo llevaron a la Dirección General de Seguridad. Allí, Vicente Girauta, el director, ordenó que se llevara al frente y se devolviera al enemigo arrojándose desde las trincheras.

El cadáver del conservador, Guadalupe Lastra, fue descubierto a medianoche por un compañero que lo echó de menos. Se ordenó un imposible inventario por si robaron algún cuadro, aunque es una idea descabellada intentar sacar algo del museo, Está más vigilado que el Ministerio de la Guerra.

«¿Quién pudo matar a un conservador del museo y por qué?», se pregunta Claudio mientras camina a buen paso desde su casa, en la calle Fray Luis de León, hasta la Dirección General de Seguridad, en la calle Víctor Hugo. Junto a la Gran Vía. Antes que nada, resolverá el encargo de su madre. Sabe que, si no lo hace, lo olvidará. La investigación de los crímenes que tiene pendientes, todos ellos extraños y con escasas pistas, le absorberá toda su atención. Lourdes Campillo. Así se llama la chica. Recuerda su nombre sin necesidad de mirarlo en la foto que guarda en el bolsillo de su tres cuartos militar.

Madrid bulle ya a las ocho de la mañana. Probablemente no ha dormido, como Claudio. Las mujeres se echan a la calle para buscar algo que comer. Las colas asoman en los comercios que expenden algo de alimento. Arroz, lentejas, algunas patatas y poco más. Antes llegaba de vez en cuando algo de carne de los comités de ayuda extranjeros. Pero los países que al principio de la guerra fueron solidarios con la República olvidaron pronto que la lucha sigue. El hambre aprieta cada día más. De noche, muchas mujeres recorren a pie treinta kilómetros. Van hasta Torrejón o San Fernando de Henares en busca de productos de huerta. Algún tomate, pepinos o zanahorias. Casi siempre vuelven de vacío. No hallan nada. O lo poco que hay es demasiado caro.

Claudio solía pasear con los amigos por el paseo del Prado los domingos por la mañana. Para cruzar miradas con las chicas que también paseaban.

Relaciones de soslayo, sonrisas tapadas entre Atocha y Cibeles. Un refresco con ellas, en un quiosco del itinerario, era una fiesta. Y un milagro. Pelea por convidarlas antes de comer y sin blanca para el cine de tarde.

El policía añora esos años adolescentes, no lejanos, mientras recorre el mismo camino de entonces. Hoy es bien diferente. No hay sonrisas, ni volantes, ni flores en el Paseo. Solo sacos terreros y cemento en La Cibeles, Neptuno y el Museo del Prado. Ruinas a ambos lados y nidos de ametralladoras disimulados en algunos balcones. La mayoría de los árboles han caído bajo el hacha nocturna y sus pedazos han calentado tres inviernos. El Ayuntamiento censura las talas, pero al tiempo hace la vista gorda porque no tiene carbón o leña que ofrecer a los madrileños. Al pasar por Neptuno, sonrío. No puede evitar echar un vistazo a lo poco que se ve de la fuente. Aún recuerda la descabellada investigación que le encargaron a finales del 36, cuando comenzaba a apretar de verdad el hambre. El hambre agudiza el ingenio y algún hambriento colocó una noche un cartel en el tridente de Neptuno: «Miaja, me das de comer o me quitas el tenedor». Lo consideraron faccioso y desmoralizador para la población civil. Lo equipararon a los quintacolumnistas que propalan rumores falsos. Peor que los bombardeos de las pavas. Claudio tuvo que hacer averiguaciones. Aunque nada averiguó. Afortunadamente, pronto se olvidó el incidente.

Guardias aburridos saludan marcialmente (lo intentan) a Claudio al llegar a la Dirección General. Pide la relación de detenciones de la noche pasada. Una docena de personas entre las que no está Lourdes Campillo. Revisa las fotografías de los ajusticiados. Improbable que esté allí ya que la detención fue hace menos de doce horas. Poco después de comenzar la guerra, el Ministerio de Gobernación ordenó fotografiar a los ejecutados para facilitar a las familias su localización. ¡Eran tantos! Los paseos entonces eran inmediatos, sin pasar por centros de detención. Los familiares de personas desaparecidas durante la noche acudían desesperados a las comisarías en busca de noticias, casi siempre fatales. El reconocimiento fotográfico se centralizó en Víctor Hugo para evitar a los parientes un penoso peregrinar por las diferentes comisarías de Madrid. Rostros tumefactos, cráneos descerrajados, caras aplastadas... las fotos se tomaban después de la ejecución. A veces era difícil reconocerlos.

No encuentra el rostro de la chica entre los ejecutados. Claudio muestra la foto de Lourdes a los compañeros que acaban el servicio de nocturno.

—¿Has visto a esta chica por aquí esta noche?

Negativa tras negativa. Llama por teléfono a las comisarias más próximas al domicilio de Lourdes. Nada. Finalmente decide preguntar en el SIM. Quizá fueron sus agentes los que la detuvieron. Pregunta por el comandante Leocadio Herreros. Ya le conoce de otras veces. Hace poco ha tenido que hablar con él precisamente por dos de los crímenes que investiga. Aprovechará la ocasión para preguntarle también por la muerte del conservador del museo. Quizá no sepa nada, pero el Servicio de Investigación Militar siempre dispone de información que se oculta a la policía. Herreros maneja más información que nadie sobre lo que ocurre en Madrid. Es un militar que se afilió al Partido Comunista para medrar poco después de comenzar la guerra. Entró de sargento. Eso, al menos, es lo que le han dicho a Claudio. Se dicen tantas cosas.

El comandante Herreros no está. Aún no ha llegado, de modo que decide acercarse hasta su despacho a esperarle. El SIM está muy cerca, en el Ministerio de Marina, junto a Correos.

En la puerta de la dirección, al salir, se cruza con dos guardias de asalto que llevan un detenido. El Quemao. Casi sesenta años apretados en un cuerpo enjuto. Casi negro. Si Claudio no supiera que nació en Vallecas pensaría que es un guineano de las tropas de Franco. Pero es un viejo conocido. Un delincuente de poca monta. Lo ha detenido media docena de veces, todas ellas antes de la guerra.

—¿Qué haces aquí, Quemao? —pregunta Claudio con sorna al verle esposado.

—Un acaparador —responde uno de los guardias que lo flanquean—. Y luego vendía los víveres a sobreprecio.

Claudio continúa su camino mientras El Quemao niega y blasfema. Recuerda que este chorizo era muy amigo de Trespatas, uno de los degollados cuya muerte investiga. Decide que cuando regrese del SIM le interrogará al respecto.

El comandante Leocadio Herreros acaba de llegar. Está en su despacho. Un secretario franquea el paso a Claudio después de anunciar a su jefe la

presencia del policía. Herreros, alto, amarillo y blando, lo recibe efusivo. Como siempre. Untuoso. Su mano suda floja al estrechar la de Claudio.

—Pensaré que estás enamorado de mí —bromea el comandante con su voz aflautada, mientras le pasa la taza de café-café que estaba a punto de beberse—, me visitas más que a la novia.

—No tengo novia —replica Claudio, aceptando el café—, pero si me sigues tratando tan bien, te pediré relaciones muy pronto.

Ambos ríen. Claudio sorbe el café-café. Las dos o tres últimas veces que ha visitado a Herreros siempre ha tomado café. No le parece correcto tomar ese café cuando la gente se muere de hambre en Madrid, pero no puede evitar la tentación. Hasta hoy ha eludido preguntar de dónde lo saca.

—¿De dónde sacas este café? —pregunta por fin.

—Influencias en el Cuerpo de Tren... —responde Herreros con sonrisa pícaro, algo perdida entre las blandeces de sus grandes mofletes.

Como advierte cierto reproche en el gesto de Claudio, pese a que se bebe el café-café con verdadera fruición, el comandante añade con desparpajo:

—Para que se lo beban el general Miaja, Indalecio Prieto o el gran jefe —hace un gesto con el dedo señalando al piso de arriba, donde está instalado el responsable del SIM, Ángel Pedrero—, mejor nos lo bebemos nosotros. No preguntes y disfruta.

Claudio obedece. Disfruta del café y olvida la pregunta.

—¿Cómo van tus investigaciones? —se interesa el comandante.

—Pocos avances, la verdad. Creo que hay relación entre los dos degollados. El sistema para matarlos es muy parecido...

—¿Tú crees?

—No es más que una impresión. Tengo muy poco para investigar esos casos.

—Ya te dije en su momento que la muerte de Ricardo Hurtado tiene una explicación lógica —añade el comandante con paciencia.

—Ya, ya; una venganza de los quintacolumnistas —admite Claudio, pero en el tono que emplea, el otro detecta la duda.

—¿Me permites un consejo de amigo? —Herreros inclina su cuerpo hacia delante, apoya ambas manos sobre la mesa, los dedos cruzados. Son enormes las manos. Claudio se fija en ese detalle por primera vez. Se había hecho una idea falsa de las manos del comandante por la forma floja en que la estrecha, por ser sudosas y frías. Ahora comprueba que son grandes y potentes. Se transforman. Como su cara de queso holandés.

—Claro. Dime —Claudio acepta dubitativo el consejo.

—Olvida esas investigaciones menores y lárgate cuanto antes.

Claudio Ballesteros se extraña de tales palabras, pero no dice nada. Le recuerda a su madre. Todos quieren que se vaya.

—¿Adónde he de ir?

—A cualquier sitio. Sal de Madrid, sal de España. La guerra está perdida. —El comandante se deja caer en su sofá, desmadejado. El gesto en sí mismo expresa mejor que las palabras el estado de abatimiento del agente del SIM—. ¿Acaso crees que tenemos alguna posibilidad de ganar esta guerra?

—Supongo que no —reconoce el policía—, pero no puedo dejar las cosas a medias.

—¿Crees que a alguien le importa que concluyas tus investigaciones? Son muertes insignificantes entre los miles de muertos de esta guerra. Si me apuras, son muertes de segunda, comparadas con las de los soldados en el frente. Esas víctimas sí son dignas de elogio y de atención. Tú investigas crímenes comunes, venganzas mezquinas, robos de relojes, trapicheos y mariconadas.

—Supongo que ese es mi trabajo...

—Claro, amigo mío, pero cuando entre Franco en Madrid tu cabeza tendrá el mismo valor que la mía: cero.

—En ese caso, ¿por qué no te vas tú? Un alto cargo del SIM siempre será más goloso para un pelotón de fusilamiento de la Legión que un simple policía.

El comandante duda ante la pregunta de Claudio. Pequeñas perlas de sudor coronan su ancha frente. Vuelve a inclinarse hacia delante. A cruzar las manos sobre el escritorio. Tamborilea con sus recios dedos. Lanza una mirada desconfiada hacia la puerta cerrada del despacho, como si no estuviera seguro de que realmente están solos los dos. Finalmente responde:

—Mira, Claudio, te seré absolutamente sincero porque creo que te lo mereces, pero si repites fuera de este despacho lo que te voy a decir, el próximo degollado en Madrid serás tú. —Sus palabras no tienen la menor sombra de amenaza, solo buscan su complicidad en el silencio.

Claudio hace un leve gesto de sorpresa y al tiempo de aceptación de las condiciones que impone el comandante. Herreros advierte el ademán y continúa:

—Tengo un avión en el aeródromo de Albacete listo para largarme de

aquí en cuanto las cosas se pongan feas. —Hace una pausa ante el gesto de desagrado de Claudio, luego sigue—: No te creas que es para mí ese avión. Es para Pedrero y algunos más. Yo voy de matute con ellos. No soy tan importante, pero sí necesario.

—Comprendo.

—Ahora, tú haz lo que consideres oportuno, pero si te vas no creo que nadie te ponga falta.

—Por el momento prefiero quedarme. Tengo cosas que hacer.

Claudio apura su taza de café. Saca de su bolsillo la foto de Lourdes Campillo y se la muestra al comandante.

—¿La habéis detenido vosotros esta noche? —pregunta.

Herreros toma la foto entre sus poderosos dedos blancos. La mira indiferente. Parece como si acabaran de iniciar la reunión y todo lo anterior se hubiera olvidado de golpe.

—No me suena. ¿Quién es esta chica tan guapa?

—Se llama María Lourdes Campillo. Alguien la sacó anoche de su casa y su madre no sabe dónde está.

Herreros tuerce el gesto. Las blandeces faciales se le tensan. Los ojos se le encogen. Se hunden. Se retraen. Duros, ásperos. Sus cejas pobladas parecen erizarse como una barricada de estacas montada para detener una carga de caballería. La crispación de sus dedos arruga involuntariamente, ligeramente, una esquina de la foto.

—¿De qué la conoces? —pregunta inquisitivo el comandante.

Su frialdad congela el aire del despacho. Claudio comprende de golpe por qué es tan temido el comandante Herreros, por qué los que son llevados a las checas rezan para no toparse con él. Pocos sobreviven a sus interrogatorios.

—No la conozco. Es una vecina. —Claudio trata de aparentar calma.

El agente del SIM suspira. Se relaja. Sus mejillas vuelven a parecer afables, casi familiares. Las cejas se pliegan, se recogen sobre sí mismas, como cuernos-bayonetas de caracol. Ya no apuntan al policía.

—Mejor así —dice amenazador aún—. María Lourdes Campillo Esteban.

Ha pronunciado su nombre como si mentara al mismo diablo. Amartillando cada sílaba para fijarla en la frente de Claudio.

—Eso es —asiente el policía.

—Fusilada.

—¿Cómo? —Claudio tiene una sacudida en la silla, sorprendido por la declaración.

—Fue fusilada de madrugada. Era una peligrosa espía.

—¿Cómo es posible que fuera fusilada apenas unas horas después de ser detenida? —Claudio alza la voz, indignado e incrédulo—. Sin darle la menor ocasión de defenderse.

—Teníamos pruebas abrumadoras y concluyentes de que era una quintacolumnista muy peligrosa.

—¿Qué pruebas son esas? —insiste Claudio, cada vez más alterado.

—No puedo darte más datos porque la investigación sigue abierta —las cejas del comandante vuelven a ponerse en guardia—, y te ruego que dejes de gritarme o tendré que echarte del despacho.

Claudio se da cuenta de que está en pie. Con las manos apoyadas en el escritorio del comandante y con medio cuerpo sobre la mesa, a punto de lanzarse al cuello del gerifalte del sim. Ha sido inconscientemente, sin pensar. Llevado por la indignación y la sorpresa de la noticia. La advertencia de Herreros le permite recuperar el dominio de sí mismo. No recuerda haber tenido nunca una reacción semejante, y menos ante un superior. O, al menos, ante alguien con más poder.

Se deja caer en la silla.

—¿Dónde fue el paseo? —pregunta, intentando controlarse.

—Aquí no se hacen paseos, Ballesteros —responde frío, como siempre—. Se aplica justicia, que no es lo mismo.

Claudio mantiene la mirada amenazadora del comandante. ¿Ha de llamar justicia al fusilamiento de una chica de apenas 18 años sin concederle al menos la posibilidad de defenderse, de alegar en su favor, de tener un juicio, aunque sea sumarísimo?

—En el cementerio del Este, creo —responde Herreros, aflojando un poco la presión de su mirada de témpano—. Pregunta abajo. El sargento de guardia te lo dirá.

La flauta de su voz se quiebra a veces en gallos ridículos. Pero nunca nadie se ha reído de él por eso. Al menos en su presencia. El terror que inspira Herreros a los detenidos no proviene de su aspecto patético y blando, sino de su fama de carnicero. No le tiembla el pulso para firmar sentencias de muerte, ni para torturar personalmente a un pobre desgraciado que se niega a decir lo que el comandante quiere oír.

El policía se incorpora para marcharse. Está más cansado que nunca. Le

pesa la noche en vela. Eso le hace recordar al conservador estrangulado, pero no tiene ganas de preguntarle a Herreros sobre el caso. No está de humor. Ninguno de los dos está de humor. El café-café le amarga más que nunca. Claudio lamenta haberse dejado embaucar por la palabrería blanda del comandante. Tan blanda como sus mofletes. Pero efectiva.

—Si quieres saber detalles del caso de esa chica pregunta a Celso. Él llevó la investigación. Tiene todos los detalles. ¿Lo conoces? Celso Antúnez.

Ha sido una concesión más del comandante al policía. Le aprecia y en el fondo sabe que tiene razón. Ha sido un crimen. Pero ¿qué es un crimen dentro de una guerra criminal? Una simple muerte que no ha cumplido los trámites legales para ser legal. Matar legalmente. Eso es la justicia. A quién le importan ya esos detalles nimios, cuando se siente el aliento podrido del enemigo en el rostro. El enemigo extiende un manto de legalidad que ampara todas sus acciones. Todas sus muertes. Es la Cruzada. Bendecida por la Iglesia. El hisopo santifica los crímenes. Los moros convertidos en santos de la Iglesia. Ángeles exterminadores. Pero la República necesita extender una cédula por cada muerte. Se precisa una rúbrica que certifique que es una muerte justa. Una ejecución legal es la consentida por un tribunal del pueblo en armas. Eso se llama juicio sumarísimo. Pero Herreros prefiere no perder tiempo en tales formalidades. Su firma vale tanto o más que un tribunal. También es pueblo, también está en armas y conoce mejor que nadie los crímenes que se imputan a los reos. ¿Para qué una pantomima sumarísima?

Claudio viaja en un camión. Bernardo lo conduce. Llueve. Ha hablado con el sargento de guardia. Un medio gitano verdinegro. Reconoció la foto. Junto a la tapia del cementerio del Este quedó el cadáver junto con otros cuatro. Todos traidores, le dijeron. No encontró a Celso. No pudo conocer los crímenes que cometió Lourdes Campillo. Bernardo calla y fuma. Él tampoco sabe. Está más huraño que otras veces. Este trayecto lo sabe de memoria, pero suele hacerlo de noche. No es lo mismo a la luz del día. Ya no será lo mismo nunca. Ni de día ni de noche. Porque ha matado. Por primera vez, ha ejecutado a un reo. Pero este era especial. Los compañeros del pelotón lo han intentado, pero nadie ha conseguido animarle. Solo el vodka, abandonado por los compañeros instructores rusos, le ha permitido

apaciguar su conciencia. Levemente. Casi nada. Le sigue doliendo dentro. No sabe dónde exactamente, pero le duele. El vodka es analgésico. Eso decían los rusos, que lo bebían porque también les dolía. Su dolor era otro, el de la distancia, el de la ausencia. Bernardo se reía de ellos. Pensaba que eran excusas para emborracharse. Ya no ríe. Ahora comprende. Aunque el alcohol ruso no acaba de matarle el dolor que siente. Solo lo adormece. Son sabios los rusos. Ellos no quieren matar la añoranza, solo convertirla en soportable. Por eso beben vodka. Pero Bernardo preferiría olvidar por completo. Arrancar de su mente el recuerdo. Volver a nacer. Claudio pregunta a Bernardo y Bernardo le cuenta. Detuvieron a la chica por orden del SIM. Acudieron a su casa con el camión. El pelotón de fusilamiento y los cuatro presos. La detuvieron y se encaminaron directamente a las tapias del cementerio. Orden de fusilamiento fulgurante. El junco cumplió las órdenes. Extrañas, eso sí, pero indiscutibles.

Llegan al lugar. El cartel de propaganda, moral de victoria, parece más triste a la luz del día. El belicoso obrero-campesino, que desde la pared pide un Madrid inexpugnable, es lánguido y descolorido. Casi piadoso. Tiene salpicones de sangre. Cinco cuerpos tirados a sus pies. Mugre, barro y agua al socaire de la tapia. Es fácil identificarla. Solo hay una chica. La cabeza destrozada. De haber visto su foto en la Dirección General no la hubiera reconocido. Seguro. El policía pregunta. Por qué un solo tiro en la cabeza. Bernardo le explica. Habla quedo, bajo la lluvia. Sin acercarse al cadáver boquiabierto. Solloza el conductor. Al fin rompe en lágrimas de vodka. Escuecen. Comprende a los rusos. Maldice este juego criminal, estúpido. Ajedrez de cuneta. Rencoroso. Órdagos de bragueta. Claudio escucha y calla. Asiente. También comprende. Todo es compresión ante un cuerpo muerto. Roto. Destrozado. Recogen el cadáver para cargarlo en el camión. Bernardo vuelve la cara. No es capaz de mirar a su víctima de frente. Frente volada. Ojos aún tapados. ¿Seguirá la interrogación dibujada en su mirada?

No encuentra a Celso. No ha aparecido en todo el día. Le dicen que tenía que estar en la sede del sim por la tarde, pero nadie lo ha visto. Claudio quiere hablar con él antes de ir a ver a la familia de Lourdes Campillo. Quiere darles una razón de su muerte. Algo que justifique el crimen. Un argumento en el que apoyar su ira. Mostrarles comprensible tal desastre.

Decide ir a casa de Celso. Vive en el barrio de Tetuán. Toma el tranvía. Va atestado a esas horas de la tarde. Aún llueve. Suenan las sirenas. Todo el mundo sabe lo que significa. El tranvía se detiene en mitad de la calle. Todos corren a los refugios. Pero son carreras ordenadas, casi desganadas. La gente lo toma como una molestia más. Como las moscas en verano. Duele más el hambre. Eso sí que duele. Muchos se quedan en los portales para ver pasar a los bombarderos alemanes. Es un espectáculo más de la guerra. El cañoneo antiaéreo retumba antes de que se escuchen los motores de las pavas. Al fin aparecen. Por el norte. Vienen de Burgos, probablemente. Pájaros negros. Treinta y tres. Once escuadrillas de tres. Vuelan bajo para asegurar el tiro. Algunos cazas inquietos acompañan a los buitres panzudos. Pero nadie les molestará, la aviación republicana es escasa y el Gobierno no la pone en vuelo para no perderla. Bombardeo impune sobre los objetivos. Buscan las baterías antiaéreas y la artillería. Saben dónde están porque la quinta columna les ha informado. Hay dos o tres emisoras clandestinas de onda corta que emiten desde Madrid. Nadie sabe dónde se ocultan. Estos espías desvelan los escondrijos de la artillería pesada. Siempre cerca de monumentos para que los facciosos no se atrevan a atacarla. Esta vez en la calle Factor, cerca del Palacio Real. Hacia allí han volado los pájaros negros. A los alemanes no les importa el palacio. Pero vuelan bajo y es difícil equivocarse.

La sirena vuelve a sonar al cabo de media hora. Los pasajeros regresan al viejo tranvía amarillo. El viaje sigue después de este contratiempo. El revisor comprueba los billetes para que nadie se le cuele aprovechando el desconcierto. Todo en orden. Los viajeros, empapados. El coche traquetea lento por las calles ruinosas. Chisporrotea el trole. Destellos de luz en la tarde gris.

Claudio ha de apearse antes de tiempo. Los raíles están doblados. No ha sido la aviación enemiga, sino sabotadores. Eso dicen al menos los trabajadores que tratan de arreglar el desperfecto bajo el aguacero. «¡Habría que colgarlos! —dice un operario mientras trata de sacar el raíl doblado para sustituirlo—. ¡Cómo habrán hecho esto esos cabrones!» Una hazaña más de la quinta columna. Sabotajes para sembrar el caos en la ciudad, para desmoralizar a la población, para que los madrileños deseen la entrada de Franco en la ciudad. Y lo están consiguiendo. Claudio no sabe que el coronel Segismundo Casado, encargado de la defensa de la capital de la República, mantiene contactos con Franco. Trata de lograr una paz honrosa. Eso aún no

lo sabe casi nadie. Solo algunos. Pocos. Entre ellos el presidente del Gobierno, Juan Negrín, que se opone. «Resistir es vencer», dice desde Valencia, o Alicante, o París o Londres. Mientras los madrileños pasan hambre. El Partido Comunista quiere resistir también a toda costa. Rusia quiere resistir. Rusia quiere que España resista al fascismo. Pero Stalin pacta con Hitler. Los rusos se han marchado de España. Han dado una palmada en la espalda de los camaradas españoles: «Resistir es vencer», les han dicho antes de marcharse. Han dejado su vodka. Algo hará. Pero el coronel Casado sabe que es imposible aguantar. Escasea la artillería, los aviones no despegan porque es un suicidio, los soldados están ateridos de frío en el frente, sin ropa, sin mantas, en alpargatas rotas. Solo sobra la sarna. Madrid está hartó.

Claudio sube las escaleras con cuidado. El edificio está ruinoso. Una bomba ha reducido a escombros todo un costado. Tercer piso. Es el lugar donde le han dicho que vive Celso. El agente del SIM que investigó las actividades sediciosas de Lourdes Campillo. Llama a la puerta. Nadie contesta. Insiste, golpea con fuerza. Nada. Una vecina asoma la cabeza. Temerosa.

—Busco a Celso Antúnez —dice Claudio—. No fue a trabajar hoy.

La vieja lo mira con temor. Apenas asoma la nariz. Claudio le enseña su placa para tranquilizarla.

—Soy policía —dice.

Al fin reacciona la anciana. Sale al pasillo. Sonrisa tímida. No acaba de fiarse. Ve poco. Entorna los ojos para distinguir al extraño.

—Tengo llave de su casa. —Saca un manojó del bolsillo de su bata.

—Abra, por favor.

La vieja trajina en la cerradura con el llavero. Se da buena maña, pero lo hace al tacto porque no ve. Abre la puerta. Claudio entra seguido de cerca por la vecina.

—¡Celso! ¡Hay alguien en casa! —grita Claudio.

Registra las habitaciones sin hallar a nadie. Solo resta el dormitorio. Puerta cerrada. Claudio gira el picaporte y la luz invade la habitación, a oscuras y con las ventanas bajadas. Una cama estrecha acoge el cuerpo de Celso. Tumbado. Vestido. La cabeza ensangrentada. Le recuerda a Lourdes

Campillo. Cabeza volada. Uno más. Su mano aún sostiene la pistola.

—No entre, señora —le dice el policía a la vecina.

Ella no hace caso, quizá también es algo sorda. Aunque oyó perfectamente cómo aporreaba la puerta hace unos minutos. Claudio levanta la persiana. La vieja observa el cadáver de su vecino. No se inmuta. Quizá no lo vea bien. O quizás ha visto demasiados ya. Se da la vuelta y se marcha. Sin decir palabra. Claudio examina el cadáver. Un tiro en la sien derecha. La pistola, en la mano derecha. La almohada tiene sangre y está algo quemada, como la piel de la cabeza. Tiro a cañón tocante, diría un forense. Suicidio. Caso resuelto. Lo ha visto más de una vez. Aunque ya no van los forenses a examinar los cadáveres. Todos los médicos están en los hospitales tratando de salvar vidas. ¿De qué sirve decir cómo ha muerto alguien? ¿A quién le importa? Este muerto a Claudio le importa. Aunque tiene todo el aspecto de un suicidio. «Pero ¿por qué? Se ha suicidado después de condenar a muerte a Lourdes Campillo. ¿Tendrá alguna relación una cosa con la otra?»

Decide ir a ver al comandante Herreros de nuevo para informarle de la muerte de su agente, y para que le facilite los datos que Celso ya no podrá desvelar a nadie.

El comandante le recibe con fastidio, está empezando a fatigarle la presencia del policía en su despacho. Sale a muerto por visita. Y esta no es una excepción.

—¿Celso, muerto? —se sorprende Herreros, echándose las manos a la cabeza.

Claudio no responde. Ha explicado lo que vio y espera a que el comandante digiera la noticia. Herreros tiene buenas tragaderas y deglute rápido. Agradece a Claudio que le haya informado el primero. Da un par de órdenes en el pasillo para que sus hombres acudan a casa de Celso y en pocos minutos está de nuevo con el policía.

—Sigues interesado en el informe de Celso sobre tu vecina, ¿no es así?

Claudio asiente con la cabeza. Prefiere que se lo ofrezca el comandante del SIM antes que tener que pedírselo. Ignora el estado de ánimo de Herreros tras conocer la noticia de la muerte de Celso. No sabe si le apreciaba. No sabe si ha sido un duro golpe para él. El agente del SIM se pone en pie y se dirige a un archivador, al otro lado del despacho.

—¿De modo que ese estúpido se ha suicidado? —dice mientras busca entre cientos de carpetas de ejecutados.

—Así parece. —Claudio comprende que el comandante no sentía ningún

afecto por Celso. Comprende que no siente afecto por nadie. Ni por sí mismo.

—Aquí está. María Lourdes Campillo Esteban.

El comandante regresa a su escritorio con la carpeta de Lourdes. La pone sobre la mesa pero aún no se la muestra a Claudio. Coloca sus poderosas manos sobre ella. Mira al policía con ojos afilados, que quieren parecer francos. Pero son bayonetas una vez más.

—Esto que vas a ver no debería enseñártelo —le dice—. Es secreto porque la investigación no ha terminado, pero confío en tu discreción y tu patriotismo. Al fin y al cabo, eres policía, como yo.

Termina de hablar. Espera a que Claudio dé su conformidad con un gesto afirmativo de la cabeza. Entonces gira la carpeta. Gris. Muy grande y delgada. La empuja hasta el otro lado de la mesa, donde aguarda Claudio. El policía la abre y halla en su interior una cuartilla. Una única cuartilla, escrita a máquina hasta la mitad. Abajo, la firma de Celso. Claudio lee las acusaciones contra la chica: quintacolumnista, recopiladora de datos militares secretos de Madrid para facilitarlos a las emisoras clandestinas, sabotadora de líneas telefónicas, cabecilla de un grupo dedicado a levantar bulos para desmoralizar a la población...

—¡Esto es ridículo! —exclama Claudio—. ¿Dónde están las pruebas de estas acusaciones?

—Ha sido denunciada por varios quintacolumnistas confesos..., algunos muy relevantes. Las pruebas son irrefutables.

—Sí, pero ¿dónde están esas pruebas? Quiero verlas —insiste el policía.

—Lo siento, pero la operación está abierta. No puedo darte más detalles.

—¡Pero esto no son más que sandeces! —grita el policía—. Yo podría abrir una carpeta con tu nombre y colocar en un papel las mismas tonterías...

—Escúchame bien, Ballesteros —replica el comandante en un tono que quiere darle a entender que está haciendo un esfuerzo de paciencia sobrehumano—, ya te he dicho que es una investigación abierta. Otros espías han de caer aún, y además, para darte a conocer en detalle las acusaciones contra esa chica tendría que mostrarte las carpetas con las declaraciones de los otros detenidos, y eso es imposible.

—¿Por qué es imposible? —insiste Claudio, sin dar su brazo a torcer.

—¡Porque lo es! —grita irritado Herreros, golpeando la mesa con su mano enorme y poniéndose en pie—. ¡Esto es un servicio secreto, no una

oficina de reclamaciones!

—Solo te pido que me expliques por qué ha muerto esa chica —replica Claudio con frialdad, incorporándose también—, quiero tener algo que decir a su familia, tienen derecho a recibir una explicación de por qué ha ocurrido esta tragedia.

El comandante del SIM mira fijamente a Claudio. Le sorprende su determinación en reclamar información. En afrontarle así. Como nadie lo ha hecho nunca. Todos le temen. Nadie le levanta la voz, nadie le exige nada. Herreros duda y, al cabo de unos segundos de ágil reflexión, se decide.

—Está bien, Ballesteros —concede el comandante—. Te voy a dar un dato relevante que quizá te sorprenda, aunque no debería ser así. La primera denuncia que tuvimos de las actividades de esa chica nos llegó por Ricardo Hurtado, cuya muerte tú estás investigando sin necesidad.

Claudio responde a la confidencia con una mirada desconfiada. El comandante del SIM la percibe. Es experto en leer en la cara de las personas, en asomarse a sus pensamientos más ocultos a través de los matices del rostro. Eso es lo que le hace tan efectivo y tan terrible en los interrogatorios.

—No pongas esa cara —le dice con cierto regodeo—, ya te dije que Hurtado era uno de los principales quintacolumnistas de Madrid. En el registro de la casa en que estaba escondido hallamos varias pistolas, una máquina de fotos, prismáticos de campaña y, lo que es más importante, una emisora de radio. Falange Libre. Ya te lo dije en su momento.

—Lo sé. Es una de las principales emisoras franquistas clandestinas.

—Era —precisa Herreros, con un dedo en alto—. Ya no es nada. No emite. Hurtado era quien se ponía al micrófono y lanzaba esas soflamas facciosas a favor de Franco y daba muchos datos de nuestras posiciones militares, especialmente de la artillería, que luego los Junkers alemanes se encargaban de machacar.

—Y Lourdes Campillo, ¿qué tiene que ver con ese traidor?

—Ella le facilitaba la información precisa, entre otras cosas. Hurtado no podía salir de su cubil. Era un tipo demasiado conocido en Madrid para arriesgarse a ser visto. De modo que tenía una red de colaboradores que le suministraban la información. Entre ellos, tu vecina. Su nombre apareció en una lista. Tú que investigas la extraña muerte de Hurtado recordarás dónde estaba oculto.

—Sí. Un médico lo tenía refugiado en su casa.

—Exacto. —Herreros chasquea los dedos—. La casa de un médico en la que también pasaba consulta. Un lugar ideal para que el trajín de personal pasara desapercibido.

—¿Ella acudía a esa consulta?

—Sí, a menudo.

—¿Lourdes visitaba a un urólogo?

Herreros percibe sarcasmo en la pregunta del policía. Pero lo pasa por alto.

—Efectivamente. No estamos en situación de andar con melindres, ¿no crees? Un médico es un médico, y supongo que para dolencias menores, tanto vale un urólogo como un estomatólogo o un pediatra. Los mejores están en los hospitales, no en consultas privadas.

El comandante Herreros da por finalizada la conversación. Se sienta en su silla y dedica su atención a unas carpetas que están amontonadas en una esquina de la mesa. Quizá son sentencias de muerte. Quizás expedientes de presos cuyo futuro depende del estado de ánimo del brazo ejecutor del SIM. Claudio comprende la situación. Sabe que no sacará más de aquel hombre. Antes de irse observa en un simple vistazo las carpetas que maneja Herrero: Lista, San Bernardo, Ronda de Atocha, Fomento... Nombres de calles que son nombres de checas. Son los expedientes de las personas arrestadas en estos centros de detención. Confía en que no haya ninguno como el de Lourdes.

Herreros levanta la mirada hacia el policía, aún de pie.

—¿Alguna cosa más? —pregunta con indiferencia.

—Nada más, gracias por tu colaboración.

Colaboración. El comandante del SIM vuelve a detectar el sarcasmo en la despedida del policía. Pero no le merece la pena volver sobre el asunto. Prefiere quitárselo de encima de una vez. Sus visitas resultan cada vez más desagradables. Se arrepiente de haberle ofrecido café-café.

Claudio aún tiene tiempo para pasarse de nuevo por la calle Bravo Murillo para interrogar a los vecinos del urólogo que ocultaba a Hurtado. Quiere enseñar la fotografía de Lourdes al portero de la finca y al resto de los inquilinos para comprobar si alguna vez la vieron por allí.

Ya es tarde y el portero cena. Cena lo poco que tiene. Claudio se

identifica y el portero pone cara de fastidio. También de temor. Más de cincuenta años curvan su espalda maltratada. Aparenta ser aún mayor. Trataron de hacerle responsable de la existencia de una emisora fascista en el inmueble. En la guerra, los porteros se han convertido en personas importantes. De mucha responsabilidad. En los primeros meses de contienda, el Ministerio de Gobernación publicó una orden en la que les hacía responsables de avisar inmediatamente a la comisaría si hombres armados que no fueran guardias de asalto o guardias civiles trataban de hacer registros domiciliarios y detenciones.

Cuando detuvieron al urólogo y a Ricardo Hurtado, el portero estuvo a punto de ser detenido por no avisar que una emisora traidora a la República emitía desde el edificio. ¿Cómo iba a saber él que un reputado médico era un traidor? ¿Cómo saber que ese médico había colado en su casa a alguien tan destacado de la alta sociedad como Ricardo Hurtado? Consiguió convencer a los agentes del SIM porque tenía carnet del PCE desde mucho antes de iniciarse la guerra. Mucho antes que ellos. Es comunista viejo. De los tiempos duros, cuando solo había cuatro en Madrid, y eso no tiene precio.

Claudio tranquiliza al portero. Le dice que únicamente quiere enseñarle la foto de una persona, por si la vio alguna vez entrar en la consulta del urólogo. El portero toma la foto, la aleja mucho de su cara. Los brazos se le quedan cortos. Tiene cansada la vista. Quizá de espiar a los vecinos. Es parte de su oficio. «¡Pero cómo pudieron pasarme desapercibidas las actividades de ese cabrón! —dijo para sí cuando supo lo del urólogo—. Encima casi me empuran a mí también.»

—No. Nunca la he visto por aquí —responde el portero acercando la foto a la esmirriada luz que ofrece una bombilla del descansillo.

—¿Está usted seguro? —insiste Claudio, que se da cuenta de los problemas de vista del portero. Quiere asegurarse.

El portero sabe que no puede fiarse de sus ojos sin sus gafas. Entra en casa con la foto y regresa al instante. Luce unas gafas enormes, que seguramente no son tuyas. Desmesuradas para una cabeza tan pequeña. Metal grueso y espeso cristal. Contra toda moda. «Buenas lupas», piensa Claudio.

—Completamente seguro. Esta chica no ha venido nunca por aquí. —Le devuelve la foto.

—De acuerdo. ¿Le importaría acompañarme para mostrar la foto a un

par de vecinos más? Solo a los que vivan en el piso en que estaba la clínica.

El portero accede. Lo conduce hasta el tercer piso. Allí, la puerta de la clínica está precintada por el sim. Aún conserva el sencillo rótulo: «Doctor Ruiz del Castillo. Urólogo». Alguien, rayando con un punzón, ha ampliado las especialidades del médico: «y facha».

El viejo portero llama a un par de puertas. Mujeres sorprendidas salen en bata al rellano de la escalera. Algún niño asoma la cabeza. Claudio exhibe la fotografía de Lourdes. Tirabuzones rubios. Sonrisa de volantes. Parece de otro mundo. Nadie la conoce. Nadie la ha visto nunca en esa casa. Suenan las sirenas.

—¡Al refugio! —grita el portero. Es otra de sus obligaciones.

Sus gafas dan un aspecto ridículo a su actitud de mando. Lo sabe y las guarda en el bolsillo superior de su mono de trabajo. El portal se llena de gente. La mayoría niños y mujeres. Demacrados por el hambre y el cansancio. No hay temor en sus ojos. Solo aburrimiento. Las amas de casa cierran las puertas y guardan sus llaves en los amplios bolsillos de los raídos delantales. Bajan ordenadamente. Casi cansinamente. Algunos salen a la calle y se dirigen al metro de Cuatro Caminos. La mayoría se queda en el portal. Pegados a la pared. Los niños asoman sus cabezas para ver volar a las pavas. No hacen caso a sus madres, que les recriminan mientras charlan con las vecinas del escandaloso precio de los comestibles. Pero los niños son curiosos. No obedecen. Quieren ver a los pájaros negros que les regalan la muerte. Claudio se queda con ellos. El portero, cuando supone que todos han salido de sus casas, se va al metro. «Me agobia tanta gente. Además, me conviene andar un poco.»

Los Junkers aparecen de improviso. ¿Por qué sonó la alarma tan tarde? Vuelan muy bajo. Arrogantes. Conscientes de que son los únicos dueños del aire. Un grupo de cazas les flanquean. Hacen giros, suben y bajan abusando de su mayor velocidad. Atruenan el aire. Son una corte de moscardones ávidos al amparo de los cuervos negros que siembran la destrucción. Los bombarderos sueltan su carga sobre las calles. Riegan de metralla y fuego el asfalto. Vuelan bajo, muy bajo, para sorprender a las defensas. Apenas se oye el bramido de las baterías antiaéreas (¿queda alguna?). La aviación republicana sigue escondida para no ser destruida por los cazas fascistas. «¿De qué sirve en tierra?», se pregunta Claudio al contemplar las piruetas de los pilotos alemanes.

Una docena de Junkers sobrevuela la glorieta de Cuatro Caminos. Casi

se pueden tocar. Los niños se asustan. Demasiado bajos esos pájaros. «Te pueden agarrar con sus zarpas si asomas la cabeza», acaba de decir con desgana una madre. El portero no ha llegado al metro aún. Claudio observa que cojea. En su juventud se rompió una pierna al caer de un árbol que podaba. Desde entonces es portero. La sombra de los trimotores oscurece su figura asustada. Es una pulga bajo los elefantes nazis. Parece que vuelan a cámara lenta. Elefantes alados. ¿Cómo se pueden sostener en el aire? Parece (solo lo parece) que examinan cuidadosamente cada milímetro del terreno. Para saber dónde hace más daño su vómito de fuego. Anochece. Sigue lloviendo. El portero renquea hacia la boca del metro. Está solo en la glorieta, con los pájaros negros. Diríase que le han visto con sus ojos penetrantes. Da la impresión de que valoran la importancia de su figura encorvada. Da la impresión (es solo una impresión) de que se detienen en el aire, aleteando sobre el portero para dejar caer su carga. Miles de kilos de muerte. Un estruendo brutal resuena en la plaza. Los vecinos, refugiados en el portal, se arrojan al suelo, despavoridos. La casa se hunde. Da la impresión. El polvo y el olor a pólvora inundan los pulmones. Nadie se atreve a moverse. Claudio se ha tumbado sobre un niño. Gesto inconsciente para protegerle de la metralla. Los ojos del pequeño, junto a los del policía, comprenden al fin lo que le quería decir su madre sobre los pájaros negros.

Retumban las explosiones en Madrid. Frigor de muerte y destrucción. Los pájaros metálicos se alejan. Ligeros de carga. Aún tienen tiempo los cazas de ametrallar aquí y allá. A su gusto. La lluvia ayuda a decantar la polvareda. Los vecinos se levantan del suelo. Se tientan la ropa para comprobar que están enteros. Miran a su alrededor. El edificio está en pie. No ha sido alcanzado por ninguna bomba. Se asoman a la calle, aún temerosos. Los niños ya no quieren mirar al exterior. La glorieta está desierta. Las llamas iluminan la noche. Un gran agujero, que antes no estaba, desafía con su enorme y profundo bostezo a la estrecha y tímida boca de metro de Cuatro Caminos, que ha perdido todos sus adornos forjados, fundidos por el calor de las explosiones.

La sirena suena de nuevo. Las gordas pavas se han marchado después de soltar todos sus huevos sobre la capital. Volverán mañana, seguro. Quizás esta misma noche.

Claudio sale del portal camino del metro. Quiere regresar a casa y dormir. Está muy cansado y el día ha sido agotador. Manos en los bolsillos. Palpa la foto de Lourdes Campillo, la de los rizos alegres. Solapas del

abrigo alzadas y cuello hundido para evitar el azote de la lluvia. No se acostumbra al goteo incesante sobre su cabeza rapada. «Si no fuera por los piojos...» Sus botas crujen al pisar algo en la acera. Se detiene. Unas gafas enormes han quedado bajo la gruesa suela. Se agacha para recogerlas. Pero abrasan. Se quema los dedos y tiene que soltarlas. Son grandes. Retorcidas. Fundidas. Claudio las reconoce enseguida. Mira a su alrededor por si encuentra alguna señal más del portero. Nada. Algunas personas comienzan a salir del metro para regresar a sus casas. La cena se habrá quedado fría. Se sorprenden al ver el gran agujero junto a la boca del metro. «Qué cerca estuvo esta vez», van comentando algunos. «Otros han tenido menos suerte», piensa Claudio recogiendo las gafas, frías ya por el agua fría.

JORNADA SEGUNDA



JORNADA SEGUNDA

Sábado, 4 de marzo de 1939.

Claudio despierta muy temprano. Sobresaltado. Suda, pese al frío nocturno y la falta de calefacción. Es difícil conseguir leña y casi imposible obtener carbón. Se acostó tratando de recapitular los casos pendientes. Pero se durmió en el acto. Ayer apenas trabajó sobre los crímenes que investiga. La muerte de Lourdes Campillo le ocupó todo el día.

Su madre le asalta camino del retrete. La vieja es muy madrugadora. Siempre está en pie antes que él. Con su vieja bata. Da igual a la hora que se levante Claudio, doña Asun ya está liada en sus cosas y tiene el desayuno preparado.

—Te dejo el desayuno en la mesa, hijo —dice la madre—. Voy a casa de Flora..., la madre de Lourdes. Está destrozada. Te puedes imaginar.

Lo imagina. Claudio asiente con la cabeza. Le pide la dirección exacta. Luego se pasará a ver a la madre de Lourdes. Quiere hablar con ella. Quizá le facilite alguna información que aclare los motivos de su muerte. Las razones del crimen. Así lo entiende Claudio. Como un crimen. Pensaba que ya habían pasado los tiempos de las sacas en las casas, los tiempos de las ejecuciones sin juicio. Pero se equivocaba. La barbarie nunca se extingue, por muchos siglos de civilización que se acumulen sobre las espaldas de los seres humanos. La barbarie siempre sube a la superficie, como las manchas de grasa que su padre trataba a veces de ocultar con sucesivas manos de cal. De niño lo llevaba los domingos a algunos trabajos particulares y le oía maldecir porque la mancha brotaba siempre una vez que se secaba la cal.

El día anterior había tenido buena prueba de ello: la cruel muerte de Lourdes Campillo, el bombardeo despiadado en Cuatro Caminos, donde no hay objetivos militares. La incesante actividad de la artillería de Franco, que lanza obuses sobre Madrid a ojos cerrados. Brutalidad diaria. Cotidiana. Crueldad que aflora cada mañana. No se acostumbra Claudio pese a vivir a diario, durante ya más de dos años, bajo las bombas de los trimotores alemanes. No se acostumbra a la rutina de ver todos los días las fotografías

de los fusilados en la Dirección General de Seguridad. Más de una vez estuvo a punto de vomitar y tuvo que dejar el trabajo en manos de otro compañero. Preferían el frente a la clasificación de esas fotografías. Rostros reventados por la pólvora. Lo comentaba con los compañeros: «prefiero enfrentarme cuerpo a cuerpo a los fascistas en la Ciudad Universitaria antes que a los familiares de estos desgraciados».

Claudio se afeita en el minúsculo cuarto de baño. Trata de concentrarse para recapitular. Se observa la cabeza. Duda. «Hoy no me la afeito: campo libre a pulgas y piojos.» Quiere poner en orden todos los datos de que dispone de los casos que investiga. No se le va de la cabeza la muerte de Lourdes. Sin querer, se le cuela entre los otros crímenes. Como si la propia Lourdes, desde el otro mundo, lo golpeará en el cráneo con su mano fantasmal, blanca y roja de sangre, para reivindicar su derecho a formar parte del grupo de asesinatos que es necesario resolver. Claudio los ve en su imaginación, mientras se ducha, alineados frente a él. Cuatro muertos flotantes. Firmes. Erguidos. Mirándolo con gesto sereno pero exigente. «Estamos aquí. No nos olvides», le dicen. Su padre, en segundo plano, sentado sobre su mecedora, su lugar favorito de los domingos por la tarde, asiente con la cabeza. Da la razón a los fantasmas. «No los olvides. No me olvides.» El policía cree que aún duerme. Sueña. Quizá delira. Se frota la cara y la cabeza rapada con abundante agua fría. No tiene jabón. ¡Quién pudiera! Tampoco hay agua caliente. Sale tiritando de la ducha. Decide incluir a Lourdes. «Está bien, tú también formarás parte de la investigación», se dice a sí mismo con intención de que ella lo escuche desde donde esté y deje de martillearle la cabeza con su puño fofo. «Solo faltaría que también se me apareciera Celso Antúnez.»

La achicoria caliente hace milagros. Incluso espanta los fantasmas. Claudio lo comprueba con el primer sorbo que toma de la taza que dejó doña Asun, aún humeante. Siempre abrasa lo que sirve doña Asun en la mesa. Salvo el gazpacho. Pastas inglesas de nuevo para acompañar. No las desprecia, aunque le recuerdan al café-café del comandante Herreros. «¿Tendrá también doña Flora mano en el Cuerpo de Tren?»

Claudio recapitula: cuatro crímenes inusuales en apenas un mes. El 8 de febrero fue hallado degollado Ricardo Hurtado, el último de una de las familias más ricas y cultas de España, quizá de Europa. Todos sus parientes conocidos fueron fusilados al comenzar la guerra. Acusados de falangistas, de facciosos y, por su puesto, de ricos. Obscenenamente ricos. Ricardo logró

escapar y se ocultó durante mucho tiempo hasta que el comandante Hurtado le echó mano en la clínica del urólogo. El dirigente del SIM, la primera vez que fue a verlo, le dijo que la captura de un soldado en el frente, que trataba de pasar información al enemigo, permitió dismantelar una importante red de quintacolumnistas.

En el frente, especialmente en la Ciudad Universitaria, es frecuente que los contendientes de ambos bandos charlen y se pasen información de familiares que han quedado al otro lado. El odio de la guerra se difumina en los niveles más bajos de ambos bandos. En la carne de cañón. Hay una inconsciente camaradería proletaria entre ellos. Muy a menudo, la refriega da paso a los chistes y al intercambio de favores. Casi siempre se trata de averiguar cómo está determinada persona, una novia o unos familiares que han quedado en territorio enemigo por avatares de la guerra. Son encargos que se cumplen siempre que se puede. Se da el nombre y la dirección. Se hacen averiguaciones. El soldado regresa al día siguiente a su puesto en el frente y a gritos pregunta a los ocupantes de las trincheras del otro lado por quien le hizo el encargo. Este se identifica y el miliciano le dice que sus padres o su novia, o quién sabe quién, está perfectamente y que le manda recuerdos. El legionario o el regular se lo agradece arrojando sobre su posición algo de tabaco y papel de fumar. El paquetito pesa poco y se ata a una piedra para llegar más lejos. Pero es frecuente que se quede lejos de la trinchera. En campo intermedio. Tierra de nadie, batida por ametralladoras. Pero sabe el destinatario que puede ir a recogerlo sin peligro de ser tiroteado. En la guerra hay ciertas normas de caballerosidad. A los fascistas les resulta más difícil cumplir los encargos porque siempre les preguntan por gente que vive en Andalucía, Extremadura o Galicia. En ocasiones se han pasado cartas, pero eso está rigurosamente prohibido. Se castiga con el fusilamiento. Pueden contener datos de interés militar. Solo se tolera lo que se pueda vocear en público.

El comandante Herreros explicó a Claudio que el servicio de Inteligencia detuvo a un soldado que trataba de arrojar un papel liado a una piedra al campo enemigo. Resultó ser un quintacolumnista que facilitaba información sobre posiciones militares, polvorines y efectivos disponibles en retaguardia. Además hacía un comentario sobre el hambre que padecen los madrileños.

En el interrogatorio, que es tortura, delató a muchos cómplices, entre ellos a Ricardo Hurtado, uno de los traidores más buscados, no solo por su

ascendencia familiar, sino por sus actividades en la radio clandestina que traía de cabeza a los investigadores del SIM. Debía haberle llevado personalmente la información a Hurtado, pero no obtuvo el permiso de su superior para abandonar la trinchera. Por eso trató de hacerla llegar liada en una piedra.

Toda la palabrería sobre la Patria, el Honor y el Caudillo de que hacía gala Hurtado en sus emisiones se vino abajo ante los interrogadores, según Herreros. Cantó de plano y delató a toda una red de espías que hacía señales luminosas a los Junkers para orientarlos en la ciudad durante los bombardeos nocturnos. Tal terror tenía Hurtado, que se ofreció a colaborar con el SIM si se le perdonaba la vida. «Creímos interesante devolverle a su puesto en la emisora para que radiara lo que a nosotros nos convenía, pero aunque su detención fue discreta y nadie la conoció, algún traidor se dio cuenta del doble juego de Hurtado y lo despachó.» Eso le había dicho Leocadio Herreros el primer día que se entrevistó con él por la muerte de Ricardo.

El único superviviente de la familia Hurtado apareció degollado en la calle, a la puerta de su escondrijo, el 8 de febrero. Miércoles. Alguien le rebanó el pescuezo de parte a parte. Los vecinos no vieron nada. Solo una señora del mismo piso dijo que lo había visto salir acompañado por una persona. Seguramente algún conocido suyo. El comandante se encogió de hombros cuando Claudio le explicó estos detalles. «Fue una venganza — insistió—. No te rompas la cabeza.»

Pero Claudio no acaba de entender cómo se había devuelto a Hurtado a su escondrijo sin la correspondiente vigilancia por parte del SIM, que impidiera su fuga, por un lado, y que lo protegiera de los quintacolumnistas, por otro. Además, el urólogo se había *quedado* en los interrogatorios. ¿Cómo devolvieron a Hurtado sin la compañía del médico? Hasta un niño sospecharía de la maniobra aunque no supiera que había pasado una noche en la checa del SIM.

Las pastas están realmente deliciosas. Y la achicoria que prepara doña Asun obra milagros hasta en el cuerpo de un ateo. El cansancio del día anterior ha desaparecido completamente, aunque Claudio tiene una sensación extraña de abatimiento que no ha experimentado antes. Como si estuviera tumbado boca arriba y una gran piedra se apoyara sobre su pecho impidiéndole respirar. Mientras se viste, deliberadamente despacio, sigue poniendo en orden los datos de que dispone sobre los casos que investiga.

Trespatas fue degollado también. El 25 de febrero. Sábado. También por la noche. También a la puerta de su casa. Dentro del portal. Estaban esperándolo. Seguro. Cuello rebanado. Gran charco de sangre. Lo mismo que Hurtado. Un buen forense hubiera dictaminado que fue la misma mano criminal. Pero no hay forenses. Mejor dicho. Están en los hospitales. Salvando vidas. Claudio repara en la importancia de los forenses para avanzar en la investigación ahora que no puede contar con ellos. Trespatas tenía el carnet de UGT. Vivía a escasos metros de la Casa del Pueblo de la calle Concordia. Participó en su construcción poco después de proclamarse la República. No es sospechoso de ser quintacolumnista. Aunque sí de todo lo demás: estafador, falsificador, ladrón, carterista. En su casa se halló abundante material para falsificar billetes de lotería. También tenía troqueles, punzones y tiras de metal para hacer monedas de diez céntimos. Claudio miró su ficha en la Dirección General. Fue liberado de la prisión de Porlier, donde estaba encerrado por delitos menores, para dejar sitio a los fascistas trasladados desde la Modelo cuando los combates se acercaron a la Moncloa. Después de eso falsificó cartillas de racionamiento e hizo colectas falsas para recoger donativos para el Quinto Regimiento. Un pájaro de cuidado. Pero no un fascista. Sin embargo, Claudio cree que lo mató la misma mano que lo hizo con Hurtado. No es fácil encontrar dos crímenes tan semejantes en los últimos años. Tan iguales. Tan crueles. Tan limpios. Si los quintacolumnistas mataron a Hurtado, también lo hicieron con Trespatas. Quizá ninguno de los dos fue muerto por los quintacolumnistas. Esta última impresión toma cuerpo en la mente de Claudio, por eso no le convence la explicación del comandante del SIM. Demasiados cabos sueltos. Pero pocas pistas. Interrogará al Quemao, uno de sus mejores amigos. Quizá sepa algo. «Iré a verlo hoy, cuando acabe en casa de Lourdes.»

Claudio sale a la calle. Parece que no lloverá. Está despejado. Esa es una buena razón para que regresen los Junkers. Aunque la lluvia tampoco les impide cumplir con su ceremonia de muerte. Se oye la artillería a lo lejos. Calcula que será en el puente de Toledo, quizás Usera. Ruidos cotidianos que ya no alteran a nadie. Forman parte de Madrid, como La Cibeles, que se esconde tras un caparazón de hormigón. A Claudio le gusta Madrid. Incluso medio en ruinas. Las ruinas son bellas si representan la libertad. Su padre le hizo amar la ciudad. Ángel Ballesteros era también madrileño, como sus abuelos. Los domingos, cuando lo llevaba a alguna chapuza, le decía:

«Vamos, Claudio, tenemos que hacer aún más bonita esta ciudad». El viejo ponía cuatro ladrillos y regresaba satisfecho a casa. Había aseado Madrid. Eso le hacía feliz. Por la tarde, butaca en el oscuro salón interior de la calle Fray Luis de León. Fútbol en la radio y prensa. Muchas visitas. Cipriano Mera entre otros. Charlas de revolución. Hasta muy tarde. Doña Asun servía sopa para todos. «¡Ojo, abrasa!» Eran los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera. Ángel, más maduro que Mera, era más teórico, más reposado. Cara de granito busca la acción. Gimnasia revolucionaria. Reían y bebían. Nada de tabaco. Nada de alcohol. Solo gaseosa. La anarquía es disciplina del cuerpo y de la mente. El vino perturba el entendimiento, desvía de los principios básicos de la revolución. Esclaviza.«No cambies un amo por otro», aconsejaba el viejo a sus amigos. Claudio tampoco bebe. Lo aprendió en aquellas charlas que él escuchaba en silencio. Con veneración. Junto a su padre.

El policía sorteaba los parapetos instalados en la calle. Dos muros de adoquines. Paralelos. Con aberturas en cada extremo de la calle para obligar a los coches casi a detenerse. Para pasar en zigzag. Medidas de precaución por si los fascistas entran en la ciudad. El Gobierno quiere que se luche hasta el final. Casa por casa. Incluso ha instruido a la población en la fabricación de botellas incendiarias de gasolina para arrojarlas desde las ventanas. Resistir es vencer. Inmolación.

En el paseo de Santa María de la Cabeza pasa junto a la fábrica de bombillas OSRAM. La fachada, completamente intacta, pero el interior está asolado. Una bomba de la aviación atravesó el tejado y todas las plantas del edificio y reventó en el bajo. Desde el refugio próximo escuchó la explosión brutal. Seca. Supuso que había caído en su casa. Doña Asun lloró. Tampoco se libró Floralía, la tienda de flores y perfumes que estaba junto a la fábrica de bombillas. Aún quedan flores marchitas en el escaparate destrozado por la metralla. Allí compró Claudio algún ramo alguna primavera para alguna chica. Nada importante. Requeiebros domingueros. Sin darse cuenta, las charlas del viejo con sus camaradas empezaron a aburrirle. Prefería otras cosas. La pandilla de amigos, pedradas a las ratas junto al río al final de Santa María de la Cabeza. Cigarrillos a escondidas. Ese vicio del que renegaba su padre no pudo evitarlo. Era preciso estar a la altura de los más valientes del grupo. A veces regresaba a casa mareado después de haberse fumado casi todo lo que encontraba por el campo. En las riberas del río. Tenían papel para liar, pero casi siempre faltaba el tabaco. No importaba,

había hojas secas. De cualquier cosa. Se picaban y se convertían en cigarrillos. El tabaco era un lujo entonces. Como ahora. Claudio sonríe al pensar que durante la guerra ha repetido las experiencias de niño. Sí, ha vuelto a fumar hojas secas. Hasta que enfermó. Estuvo dos días vomitando. Nada quedaba en el estómago que pudiera expulsar. Solo bilis. Se sintió morir. Aprovechó para dejar ese vicio. Un homenaje más a su padre muerto. Tardío. Pero el viejo lo habría agradecido.

Tras aquellos escarceos montaraces a la orilla del Manzanares, Claudio y sus amigos dejaron en paz a las ratas y a las lagartijas y dedicaron toda su atención a las jovencitas. El paseo del Prado, Atocha y Antón Martín eran los escenarios de las nuevas refriegas. Ahora tenía que peinarse y sacar brillo a los zapatos. «Hay que cuidar los extremos, arriba y abajo, es lo que miran las chicas», le decía su madre, que adivinaba el cambio experimentado por su retoño. La saliva de la vieja en el flequillo rebelde sacaba de quicio al chico. «¡Ponte algo de jabón al menos!»

Pero el recurso de las flores no vino hasta algún tiempo después. Lo vio en una película americana cuyo título ya no recuerda. Era muda, eso sí. La heroína, de tímida sonrisa, se derretía cuando el galán, ojos pintados, le ofrecía flores. Claudio obtuvo resultados variados. Hubo témpanos imposibles. Icebergs. Naufragó como el *Titanic*. Pero a veces recibía el premio de la sonrisa tímida. Como la heroína. Y una cita para el cine de tarde. Floralia fue siempre su polvorín. Allí tenía la munición siempre dispuesta. Esperándolo. Para el asalto a alguna fortaleza de volantes y calcetines blancos.

Un tiroteo lejano, al otro lado del río, y un cartel de propaganda pegado sobre otros muchos junto a la puerta de la tienda de flores, devuelven a Claudio a la realidad. «Mujeres, trabajad por los compañeros que luchan.» El rótulo recuerda a Claudio que va al velatorio de Lourdes Campillo. Una mujer que trabajaba para los compañeros que luchan. Remendaba y zurcía ropa para los soldados. Eso dijo su madre.

Enfila por José Antonio Armona. Continúa su repaso mental al trabajo que tiene acumulado. El ruido de los disparos es casi imperceptible. Apenas un *paqueo* intermitente. Lejano.

Guadalupe Lastra, conservador del Museo del Prado. Hallado muerto en la noche del 2 de marzo. Anteayer, jueves. Hombre diminuto que lo parecía también después de muerto. Las personas parecen más grandes cuando son cadáveres. Cuando reposan sobre la mesa del depósito. A Claudio le extrañó

la primera vez que vio un cadáver así. Le sigue pasando. Incluso su padre, que era pequeño (el peso de los ladrillos le impidió crecer, bromeaba el viejo), creció a sus ojos después de muerto. Sigue teniendo la misma percepción desde entonces.

Lastra es menudo. Era menudo. Cabeza grande. Desproporcionada. Aún más destacada por el cable de la lámpara que lo estranguló. Lengua fuera y las gafillas de ratón de biblioteca quebradas a un lado. Fue encontrado a última hora de la tarde por un compañero que lo echó de menos. Quedaron en salir juntos a cenar pero Lastra no aparecía. Bajó al sótano a buscarlo. Allí estaba. Cerca de su despacho. Medio oculto entre varios cuadros embalados. Fue arrastrado varios metros hasta ese lugar. Las señales en el suelo lleno de polvo así lo atestiguan. Quizá para ocultarlo. Para retrasar el hallazgo del cadáver. Muchas personas han dejado las huellas de sus pisadas junto al cuerpo. Probablemente, todas recientes. De curiosos que han querido ver a Lastra con el cuello reducido al grosor de la muñeca. ¿No habrán visto ya suficientes cadáveres en esta guerra? El sótano es un lugar poco concurrido. Triste. Cuadros embalados cuidadosamente en cajas de madera. Son las obras que no se pudieron evacuar y los tesoros particulares, que llegaron tarde procedentes de diferentes puntos de España. La Junta Central del Tesoro Artístico vela por ellas. Aquí están más seguras que en cualquier otra parte. El enemigo dice que respeta el Prado, pero algunas bombas incendiarias han caído en el tejado y varios obuses a pocos metros, en el paseo, han provocado daños en los muros y en alguna de las obras de arte.

Claudio examinó las pisadas pero no encontró nada de interés. La mayoría de las huellas son de botas militares. Todas iguales. Rusas, inglesas o suecas. Casi todo el mundo usa esas botas con la misma suela según la procedencia. O botas o alpargatas rotas. No hay términos medios. Las botas aguantan todo. Los zapatos corrientes hace tiempo que están destrozados y pocos tiene posibilidad de reponerlos. Las alpargatas son el calzado más habitual. En el Prado la mayoría lleva botas.

«¿Quién querría matar a Guadalupe Lastra? ¿Sorprendería a alguien robando?» Improbable. Es casi imposible sacar un cuadro de allí. Está muy vigilado. Además, ¿cómo sacar un cuadro con las dimensiones que tienen? La única posibilidad sería retirar el lienzo del marco después de abrir los embalajes. Tarea ardua. No obstante, Claudio pidió que se comprobara esta posibilidad, que se aseguraran de que no faltaba ningún lienzo. Imposible, le

dijeron. Hay cientos de obras de arte. Muchas sin catalogar aún por ser ajenas al museo. Nadie puede asegurar con seguridad que no falta alguna obra.

El policía es consciente de que no hizo un interrogatorio a fondo a los responsables. Muchos de ellos no estaban ya en el museo a esas horas, lo mismo que los guardias, que cambian de turno cada cuatro horas. Debe profundizar. No tiene ni una sola pista. Le agobia pensarlo. Tres años con tareas de rutina y ahora, en apenas un mes, cuatro crímenes. Le falta entrenamiento para esto.

El hogar de la familia Campillo es un mar de lágrimas. Aunque las que más lloran son las vecinas de la fallecida, las amigas de la madre, las ancianas, viudas desde hace cinco lustros, que se han colado solo para llorar. En las guerras conviene llorar a alguien y hay gente que no tiene a nadie. Ni siquiera para dedicarle unas pocas lágrimas.

Allí está doña Asun. Le presenta a doña Flora. La madre de la muerta. Al fondo del estrecho comedor, reposa Lourdes. La cabeza vendada para ocultar el destrozo. Rostro amoratado. Blanqueado con polvos de arroz. Amortajada de pies a cabeza en un féretro de madera. Todavía hay madera para féretros. «¿Cuántos ataúdes necesitará esta guerra?», piensa Claudio. Miles. Cientos de miles. Aunque la mayoría de las víctimas no han tenido cajita de madera para el último viaje. Se han diluido en la tierra, en el barro, de forma natural. Sin barreras de pino. Muertos anónimos en tapias de cementerios. Sin cruzar el umbral del camposanto. «Como Moisés, que fue conducido hasta la Tierra Prometida pero no pudo pisarla. ¡Joder, qué pensamientos tan raros tengo! Nunca me ha dado por la historia sagrada.» Claudio reconoce que la muerte y la guerra son capaces de pervertir cualquier valor. Y si no, que se lo pregunten a los anarquistas-coroneles, a los anarquistas-ministros. ¿Dónde están aquellos tiempos en que el general Miaja quiso entrar en la CNT y le respondieron: «Lo sentimos, pero no tenemos sindicato de generales»? Es la guerra, que todo lo subvierte. Lo corrompe. Como la peor de las herrumbres. Hasta el propio Claudio, educado por el viejo Ballesteros en la acracia más pura, más racional, más atea, tiene pensamientos religiosos ante la visión de un cadáver blanco. Blanco de mortaja. Sábanas propias. Las mejores. Preservadas en naftalina ¿para esto? Sin la cenefa

florida. Una vecina le quitó las flores. No era respetuoso. Las flores deben oler a muerto y a cera de cirio. Flores secas que acompañen a Lourdes hasta el fondo de la fosa. Regresará al cementerio, pero no se quedará ante la tapia. Cruzará el umbral en un coche de pompa. Mañana. Ya está arreglado. El cementerio del Este la acogerá con todos los honores en su nicho familiar. Allí la esperan su padre y su hermano. El hermano, Juan, murió de su misma edad en el 37, pero eso no lo sabe Claudio, que fija su atención en un ángel posado junto al túmulo. Un ángel le parece al policía la hermana mayor de Lourdes, porque también viste de blanco. Un blanco que no es mortaja, sino uniforme de enfermera. Cabello negro. Ojos rojos. De llorar, pero ya no llora. Tez pálida. Tez de mortaja. Bella a los ojos de Claudio, que la observa.

Doña Flora saca al policía de su embeleso. Toca suavemente su brazo para llamar su atención. Una sonrisa y una taza de café. Es café-café. El aroma es inconfundible. Se sobrepone al de cera de cirio. Al de las flores marchitas. Allí no hay cirios, ni flores pero en todos los velatorios huele igual. Si Floralia hubiera existido aún, habría traído un ramo. Lo pensó al pasar junto al comercio destruido. Qué raro se le hace pensarlo: cambiar las flores de amor por las flores de muerte.

—¿Te apetece una tacita, hijo? —le dice cariñosa doña Flora.

Claudio acepta la taza de café-café con una sonrisa en la que ha escrito todo lo que siente y que no sabe decir a la madre de Lourdes: «la acompañe en el sentimiento, no entiendo nada, ha sido un crimen, estas cosas pasan en la guerra, nadie puede evitarlas, han sucedido tantas ya, un día sí y otro también, no me culpe, soy policía, agente del orden, ¿de qué orden?, pero yo nunca haría eso, es culpa de personas concretas, que son insensibles, criminales, no nos responsabilice de ello a todos nosotros, aunque la comprendo, la pérdida es irreparable, brutal, insoportable».

No puede evitar pensar en el comandante Herreros. Porque es el responsable. Porque es café-café. La lleva a un lado. Doña Flora está cortada por el mismo patrón que su madre. Son como hermanas viudas. Pequeñas, insignificantes, pero de dolor inmenso. Se abren paso entre las plañideras. No puede apartar la vista de la hermana-ángel. Sigue absorta. En pie, ante el cadáver amortajado de su hermana menor. A su lado, otra joven. Anodina. Eclipsada por el ángel blanco. Son las dos únicas personas menores de cincuenta años que hay en la casa. Salvo el policía. La joven anodina está separada del féretro. Distanciada. Distante. Quizá teme a los muertos, quizá

teme ofender el dolor del ángel blanco y moreno con su incolora presencia. Casi intangible.

—¿Quién es? —pregunta Claudio a doña Flora, acompañando sus palabras con un gesto de cabeza hacia la hermana de Lourdes.

—Mi hija Carmen —doña Flora responde, segura de que el policía pregunta por Carmen y no por la joven anodina, dos pasos más atrás.

Entran en la cocina. Allí hay pastas inglesas y una lata de café-café. También inglés. Doña Asun los acompaña. Se siente legitimada para escuchar la conversación. Además, no quiere dejar sola a doña Flora. Bueno, esta es la excusa que tiene preparada por si su hijo se pone oficialista.

Claudio trata de dar una explicación a la muerte de Lourdes:

—La acusaron de espionaje y de colaborar con el enemigo —se siente más estúpido a medida que habla. Cada sílaba le parece un grado mayor de estupidez. Trata de remediarlo—, pero no lo creo. Hay algo extraño en la muerte de su hija, algo que no cuadra. Muchos cabos sueltos.

La madre le mira con ojos vidriosos a punto de romper a llorar. Lo primero que le ha dicho el policía es mentira y lo segundo ya lo sabe. Claudio lee la decepción en el rostro de la vieja. Más vieja que su madre. Más hundida, más doblada por la vida y, sobre todo, por la muerte. Le ofrece pastas. Le mandó pastas inglesas para que se preocupara de encontrar a su hija. Ahora, más pastas. «No más pastas, por favor.» Claudio niega con la cabeza. Claudio no soporta la mirada de doña Flora mientras le ofrece pastas. Sus ojos quieren saber y él no puede darle respuestas.

—Señora, trataré de averiguar por qué murió su hija —le dice—. Pero deme tiempo para investigar. Deme unos días. Quizá pueda encontrar algo que explique esta barbaridad.

La vieja asiente con la cabeza. Deja el platito de pastas en la alacena y regresa junto al policía.

—Dígame —interroga Claudio—. ¿Qué hacía su hija? Cuénteme todo lo que sepa desde que se levantaba hasta que se acostaba.

—Me ayudaba con la casa. Íbamos juntas al mercado cuando nos tocaba el racionamiento y pasaba la mayor parte del tiempo remendando ropa para los soldados que están en el frente...

Doña Flora se interrumpe al entrar su hija Carmen en la cocina. La blancura de su cara y su uniforme de enfermera contrastan con su pelo negro recogido en la nuca. Y sus ojeras. Blanco y negro. Como las películas musicales norteamericanas en las que el galán ofrece flores a la heroína.

Como los noticiarios de propaganda soviética que inundan los cines de Madrid. Les falta el color rojo de sangre de los muertos, el rojo de las banderas que ondean con profusión tras los oradores, en los mítines de apoyo a la República Roja. Hay más color en la radio, en las arengas del jefe del Gobierno, el doctor Negrín, o en los del general Queipo de Llano, que llegan a Madrid atravesando todos los frentes y parapetos.

—Esta es mi hija Carmen —dice la madre.

Ella se acerca y tiende la mano al policía. Está fría. No le deja presentarse. Se adelanta a su intento de saludo.

—Tú eres Claudio —responde, mirándole a los ojos.

—¿Me conoces? —Desconcierto y rubor en el policía.

—Sí. Desde que éramos pequeños. Somos vecinos de toda la vida — responde Carmen con naturalidad.

—Claro, es verdad. —Se lamenta de no poder decir lo mismo: que la recuerda desde toda la vida. Aunque piensa que le gustaría conocerla a partir de ahora por toda la vida.

Carmen se acerca al hornillo eléctrico para servirse un café-café. Las dos madres observan en silencio. Doña Flora se apoya en doña Asun. Doña Asun obliga a doña Flora a apoyarse en ella. ¿Qué pinta, si no, ella allí?

—¿Te gusta el café? —pregunta Carmen cuando se ha servido una tacita.

—Sí. Es de verdad. Resucita a un muerto —responde Claudio. Al momento se arrepiente de haber dicho semejante inconveniencia. El rubor regresa a su rostro.

Carmen se da cuenta y trata de echarle un capote.

—Es verdad; no he dormido esta noche. He tenido guardia en el hospital y estoy reventada. Si no fuera por el café creo que ya me habría caído redonda..., con esta tensión y este...

Se interrumpe porque piensa en su hermana muerta y las lágrimas brotan solas. Inconvenientes. Caprichosas. Está acostumbrada a la muerte, al dolor, a la mutilación. A veces ha llorado en el hospital. De rabia. De impotencia. Pero nada comparado con este dolor. Tan profundo, tan desconsolado. Como el día que su hermano Juan llegó agonizante en un carrito tirado por sus amigos. Era la víspera de Nochebuena de 1937. Habían salido a por leña, que luego vendían. Quería un extra para celebrar las fiestas. Bajaron con el carrito hasta el río por Santa María de la Cabeza. Una explosión les sorprendió mientras talaban un árbol. Un obús o un disparo perdido de mortero. Nadie lo sabrá nunca. Los cascos alcanzaron a Juan en el pecho.

Murió en Nochebuena. En el hospital de las Brigadas Internacionales, en brazos de Carmen.

—¿Cómo habéis conseguido el café? —pregunta el policía.

Miradas apuradas entre madre e hija. El policía investiga la procedencia de productos seguramente de contrabando.

—No temáis. No os voy a denunciar... —tranquiliza Claudio.

Carmen se decide. Recompone el gesto. Se limpia los ojos con un pañuelo blanco. Sorbe el negro café-café para recuperar energías. Pero su madre se adelanta. Doña Flora sabe que su hija Carmen no veía con buenos ojos que sirviera en casa de aquel hombre. Ni antes de la guerra, ni luego después, cuando apareció como por ensalmo.

—Lourdes a veces traía estas cosas... —dice trabajosamente la madre.

—¿Quién se lo proporcionaba? —Claudio trata de facilitar la explicación a doña Flora.

—El conde de Peñalta —dice la vieja en un hilo de voz.

—¿Quién? —El policía cree haber oído mal.

—El conde de Peñalta —dice Carmen con voz clara para evitar a su madre el suplicio de tener que repetirlo.

—¿Quedan condes sueltos en Madrid? —se admira Claudio.

Las dos mujeres bajan la vista. Especialmente Carmen. Se siente avergonzada. La madre se siente culpable. Doña Asun la consuela. Una plañidera entra en la cocina en busca de pastas. Pero se retira discretamente al ver la escena. El silencio brutal que se palpa en la cocina la hace volver sobre sus pasos.

—Lourdes servía en esa casa antes de la guerra —explica Carmen mientras su madre vuelve a sollozar en silencio, refugiada en doña Asun—. A mí no me gustaba porque era una niña, apenas 15 años, pero la muerte de mi padre en el 35 nos dejó muy mal económicamente. Le atropelló un tren. Era ferroviario. Tengo que reconocer que nos vinieron muy bien esos ingresos extra. Yo no ganaba lo suficiente para mantenernos las tres, pagar esta casa... El conde era muy rico y muy espléndido. Además de pagar muy bien a Lourdes, le hacía buenos regalos de vez en cuando...

—¿Qué tipo de regalos?

—De todo. Desde ropa que ya no quería su mujer hasta un jamón. Un día Lourdes vino con un jamón enorme. —Por primera vez, Carmen esboza una sonrisa que trasforma de inmediato en rictus amargo.

—Ella misma se arreglaba la ropa —interviene la madre, más

recuperada—. Cosía muy bien.

—Sigue —Claudio se dirige a la hermana.

—Al comenzar la guerra el conde desapareció. Se escondió. Toda su familia estaba en Sevilla de vacaciones y él tenía pensado irse a final de mes.

—Tienen tierras allí —interviene doña Flora—. Y una casa enorme. Un cortijo. Con toros.

—No supimos nada de él durante casi tres años. Suponíamos que habría escapado porque nunca se publicó que hubiera sido detenido o fusilado. Era una persona muy importante para que su muerte pasara desapercibida.

—Y ahora ha reaparecido, ¿no es así?

—Sí.

—Con galletas y café bajo el brazo —añade el policía, con ironía.

—Más o menos. —Carmen sabe que es absurdo, pero esa es la realidad y así procura transmitírsela a Claudio con un gesto de las manos en el que viene a decir: «esto es lo que hay. Te lo puedes creer o no».

—¿No ha explicado el conde dónde estuvo todo este tiempo? ¿Por qué se puso en contacto con ustedes de nuevo? ¿Qué le ha hecho salir ahora de su escondrijo? ¿De dónde saca estos productos?

Doña Flora se libera ligeramente del abrazo de la madre de Claudio para responder a esa pregunta. Sabe que Carmen está hablando de mala gana. Que nunca aceptó que su hermana tuviera que servir en casa de nadie. Es demasiado orgullosa. Como su padre... y roja. Además, ella sabe mejor que su hija esos detalles.

—Una mañana vino un mozo del locutorio de teléfonos, el de la calle Vizcaya, ¿sabes? el que está junto al paseo de las Delicias. —Claudio asiente con la cabeza—. Dijo que Lourdes tenía un aviso de llamada para la tarde. A las cuatro. Era él. El conde. Le dijo que estaba en Madrid. Que había estado oculto todo este tiempo por miedo a que lo mataran, pero que ya estaba todo resuelto y que quería contar de nuevo con sus servicios.

—¿Qué historia tan extraña! —exclama Claudio.

—Eso mismo dije yo cuando me enteré —apostilla Carmen.

—Lourdes fue a verle a la dirección que le indicó, en la calle Serrano —continúa doña Flora, ajena a los comentarios— y allí estaba. Muy bien instalado, según la niña. —Se le quiebra la voz a la vieja—. Quería que regresara de nuevo para ayudarle con la casa y hacer la comida. Prometió compensarla generosamente tras la guerra.

—Y mientras termina y no termina la guerra, pagaba sus servicios con productos caros, ¿no?

—Sí. Y también con dinero. —Doña Flora mete la mano en el bolsillo de su bata y saca un manojito de billetes arrugados. Un capital—. Esto me lo dio hoy. Lo mismo que el café. Lo traje anoche. Vino a darme el pésame.

—¿Cómo se enteró de la muerte de Lourdes?

—Le avisé yo —dice la madre—. Le mandé recado ayer por la tarde.

—Ya. Estos productos —dice Claudio, tomando la lata de café-café— provienen de la colaboración internacional con el pueblo de Madrid, no se venden, de modo que el conde debe de tener buenos contactos. Salvo que sea un quintacolumnista y procedan de alguna operación de sabotaje o de robo. Aunque no tengo noticias de que se haya producido ningún acto de ese tipo.

Las mujeres callan y miran al suelo.

—¿Qué día recibieron esa llamada del conde? —continúa Claudio.

—El 5 de febrero. Era domingo —responde sin dudas doña Flora.

Claudio, por primera vez, saca del bolsillo su libreta y un lápiz para apuntar los datos que le facilitan las dos mujeres.

—No entiendo cómo un aristócrata puede andar libremente por Madrid. Debe de ser el único que queda. ¿Seguro que ya no se esconde? —quiere cerciorarse el policía.

—Seguro —responde doña Flora. Pero a continuación titubea—. Dijo que había resuelto sus problemas, que tenía buenos contactos y que Lourdes no tenía nada que temer al pasarse por su casa.

—Iré a verle.

Pide la dirección exacta del piso en el que vive el conde. Es al principio de la calle Serrano. Junto a la sede del radio principal del Partido Comunista. Es zona de edificios incautados. Palacetes, muchos de ellos. Antiguas residencias de aristócratas y millonarios. Hoy, sedes de partidos políticos, de sindicatos, hospitales e instituciones gubernamentales.

—¿Ese era el domicilio del conde antes de la guerra? —pregunta Claudio.

—No. Vivía en un palacete de la calle Goya. No lejos de allí —dice Carmen.

—Está bien —Claudio concluye el interrogatorio—. Ya les avisaré si averiguo algo nuevo. He de irme.

Guarda la libreta y el lápiz en uno de sus profundos bolsillos del tres cuartos militar. Palpa la foto de Lourdes. Tirabuzones. Ahora entiende el

lujo del vestido florido. Debía de ser de la esposa del conde. Uno de los que le pasó en agradecimiento por su trabajo de chacha. Saca la foto del bolsillo y se la tiende a doña Flora.

—Seguramente querrá usted guardarla —le dice.

La vieja la recoge y llora de nuevo. Doña Asun se divide entre su amiga, a la que abraza, y su hijo, al que besa antes de que salga de la casa. Pasa junto a Carmen. Roce ligero junto a la puerta. Despedida leve de miradas. En el salón sigue el duelo de las plañideras. Lloran sin ruido. La chica anodina está junto a la puerta de la casa. Ojos enormes. De alucinada. Boca abierta. Le pesa la mandíbula. Claudio piensa que no está bien de la cabeza. Quizá por una intoxicación de velatorios. Supone que es una de las habituales de estos actos, aunque es demasiado joven para ello. Las verdaderamente aficionadas al alterne fúnebre son las otras. Las cincuentonas. Al llegar al descansillo de la escalera ya ha olvidado a la boba. Una mano le toca el hombro. Se gira. Es Carmen. La blanca y negra. Mujer de cinematógrafo. Ojos negros. «¿Dónde están tus colores?»

—¿Puedo acompañarte? —le dice ella—. Quiero contarte algo.

—Naturalmente —responde Claudio. «Acompáñame el resto de tu vida.»

Carmen no dice nada hasta que están en la calle. Tímido sol. Caminan despacio en dirección a Santa María de la Cabeza.

—Quiero que sepas algo de mi hermana. —El rubor y el sol hacen mella en las mortecinas mejillas de Carmen.

—Cuéntame —le anima el policía.

—Lourdes mantenía relaciones con el conde.

Lo dice mirando al suelo. Se avergüenza por su hermana. Pero no porque considere que liarse con un hombre casado sea impropio de una señorita, de una casi niña. No. No comparte ese tipo de moral que llama burguesa, que dice que es machista. Moral de chamusquina. Cree en el amor libre. Se avergüenza porque su hermana se lio con un conde, con un fascista, con un amo. Se avergüenza porque su hermana se convirtió por dinero, por regalos caros, en la esclava de un explotador. «Nos hubiéramos apañado sin el conde. Mal, eso sí, pero hubiéramos salido adelante.»

—No quise decírtelo arriba porque mi madre no lo sabe —insiste Carmen.

—¿Desde cuándo ocurría? —Claudio no conoce a Carmen y trata de ser aséptico.

—Que yo sepa, desde poco antes de comenzar la guerra. Lourdes era muy guapa, pero también muy impresionable. Supongo que el conde la deslumbró con sus regalos.

—¿Fue ella quien te lo dijo? Lo de que eran amantes.

—Sí. —La sonrisa regresa al rostro de Carmen, pero una vez más, es amarga—. Me lo contó enseguida. Estaba muy ilusionada. Pensó que era algo maravilloso y que yo lo aplaudiría...

—En cambio recibió un jarro de agua fría, ¿no es así?

—Sí —confirma con gesto sombrío—. Le expliqué que ella no era más que una aventura para el conde, que no la amaba, que ahora la explotación también era sexual. Que cualquier día se cansaría y la despediría con una patada en el trasero.

Silencio profundo. Caminan muy juntos. Rozan sus hombros a cada paso. Carmen sigue hablando:

—Cuando regresó el conde supongo que también retomaron su relación... No sé. Seguro que la llamó para eso, más que para que le hiciera la casa —rumia Carmen sus pensamientos en voz alta.

En la esquina de la calle, junto a Floralía, las mujeres trabajadoras ventean las mieses y agitan las hoces desde el cartel de propaganda. «Mujeres, trabajad por los compañeros que luchan.»

—¿Desde cuándo eres enfermera? —pregunta Claudio, inspirado por el dibujo que ya amarillea en la fachada y que incita al trabajo femenino. Además, desea cambiar de conversación. Recordar la vida de su hermana muerta es doloroso para Carmen. Lo nota en sus ojos. Y en sus mejillas, que se tornan blancas al hablar de Lourdes. Es solidaridad cromática. Mimetismo fraternal.

—Prácticamente desde el principio de la guerra.

Claudio mete la mano en el escaparate sin luna de Floralía. Toma una vieja flor irreconocible que quedó abandonada. Tallo seco. Pétalos quebradizos que fueron rojos. Abigarrados. Empolvada por meses de abandono. Flor seca como de muerto. Pero no huele a cirio. Y es para Carmen. Como antaño. Flor de amor. Floralía cumple su misión después de muerta. Se la ofrece a ella, que lo agradece con una sonrisa. Esta vez no es amarga, ni robada. Es dulce y franca. Conscientemente entregada. Se la lleva cerca de la cara. Aspira su aroma. Suspira.

—Todavía huele —dice ella, acercando la flor al rostro del policía.

—¿De veras? —se admira.

—Sí. A mí me huele a recuerdos viejos. Casi olvidados. De un chico que paseaba por El Prado. Escandaloso. Divertido. Que lanzaba requiebros a todas las chicas con las que se topaba. Menos a una, que temblaba cuando cruzaba con él fugazmente una mirada. Pero siempre ignorada.

Regresa la sensación de tener el pecho bajo una gran losa. Claudio cree ahogarse. No le salen las palabras de la boca. Caminan hacia Atocha. Suben despacio. Claudio la mira. Ella observa la flor. Un clavel.

—Ese chico debía de ser ciego —dice finalmente.

—¿A qué te huele a ti? —Le regala una sonrisa de sus ojos negros.

—A esperanza.

—¿Eso existe?

—Claro.

—Debe de ser lo único que no ha matado esta guerra.

—Está dormida. Como esta flor.

Las sirenas rompen el aire. Anuncio de muerte. La gente corre. Hace un segundo no se veía a nadie en la calle. Todos se apresuran para alcanzar los refugios. Carmen y Claudio se están mirando a los ojos. El policía la toma de la mano y regresan sobre sus pasos. Ella no pregunta. La puerta de Floralia está arrancada. Claudio la interroga con la mirada: «¿Entramos aquí o quieres ir al refugio?». Es ella ahora la que suavemente le conduce al interior. Junto al escaparate fracturado. Por fin el alocado joven del paseo del Prado se ha fijado en la anhelante niña. Carmen se apoya en la pared. Sucia y quemada. Aroma de claveles marchitos. Rumor de trimotores. La mañana brilla. El sábado siempre fue día de luz para Claudio. De esperanza. Floralia. Las explosiones no evitan el beso durante años aplazado. Gracias, Lourdes. Labios secos resucitados. Carmen no es blanca, ni negra. Ya no lo es. Destellos de luz brotan de su cabello. Chispas de su aliento perfumado. Vuelan los pájaros negros sobre la fábrica de OSRAM. ¿Cuál es la probabilidad de que una bomba caiga sobre un edificio que ya fue bombardeado? ¿Una entre mil? ¿Una entre cien? ¿Entre diez, quizá? Claudio se lo ha preguntado algunas veces. ¿Cuál es la probabilidad de que el primer premio de la lotería caiga en un número que ya salió anteriormente? Pero hoy Claudio no piensa en eso. La esperanza estaba dormida y ha resucitado de entre los muertos. Gracias, Lourdes. Sábado de Gloria. Una bomba cae cerca de la fábrica de bombillas. Las paredes retumban. Se tambalean. Una lluvia de polvo inunda Floralia. Polvo sobre polvo. Esperanza recobrada. Los pájaros regresan a sus nidos. Suenan las sirenas. La calle se llena de

gente que regresa a sus casas. A sus ocupaciones. La vida sigue. La muerte sigue.

Claudio y Carmen salen a la calle. Cubiertos de polvo. De la mano. Aprietan el paso hacia Atocha. Los Junkers se han cebado con la estación de ferrocarril. Las baterías antiaéreas no han sonado. Falta munición. El día es espléndido.

—Quiero verte esta tarde —dice Claudio.

—Pasa a buscarme. Hoy no he de ir al hospital. Hacemos guardias de veinticuatro horas y descansamos otras veinticuatro.

Carmen le da su dirección. En la plaza del Progreso. Pasará a las seis. Ella tiene que dormir. Está agotada. Pero no sabe si podrá. Demasiadas emociones. Todo se ha juntado hoy. «La Fortuna ha elegido este día para saldar sus deudas conmigo —piensa Carmen mientras se despide del policía en la boca del metro—. Me arrebató a mi hermana pero me entrega a Claudio, largo tiempo esperado. Olvidado, casi.»

Claudio prefiere caminar. Irá al museo para intentar averiguar algo más de la muerte de Guadalupe Lastra. Quiere interrogar a fondo a los responsables del museo y a los compañeros más cercanos al conservador asesinado. Después acudirá a la Dirección General para interrogar al Quemao. Siente vértigo al pensar en el trabajo que se le acumula. Enfila el paseo del Prado. Vuelve a verlo como hace años. Alegre de sábados y domingos. «Cómo no me fijé en ella. No sabía ni que existía. Y la tuve a mi lado siempre.» La imagina por el paseo. Alegre con sus amigas. Diez años menos. «¿Cómo sería ella hace diez años?» Trenzas, quizá. No, demasiado infantil... Va tan absorto en sus pensamientos, junto a la verja del Jardín Botánico, que no escucha el claxon de un vehículo que marcha a su lado, a su paso, por la calzada. Que le llama. El coche, un Hispano-Suiza, es grande y negro. Las siglas FAI-UHP pintadas a mano alzada sobre las puertas. Federación Anarquista Ibérica-Unión de Hermanos Proletarios. El anarquismo nacional e internacional, enlazados. El coche repintado se adelanta unos metros y se detiene. Un hombre se apea y le espera. Cara de granito. Guerrera militar sobre jersey grueso. Insignias de teniente coronel. Pistola al cinto. Detiene a Claudio colocando su mano sobre el hombro.

—Detente, chico —le dice.

Claudio alza la vista sobresaltado. Cipriano Mera le sonríe.

—¿En qué mundo vives, hombre? Si no te paro me arrollas.

—Perdona. No te he visto —se disculpa Claudio con cierto rubor—. Iba pensando en mis cosas. Estoy un poco agobiado.

—Tranquilo, chico. No te preocupes. —Mera le coge del brazo—. He de hablar contigo. Ven. Sube al coche. —Le señala el automóvil aparcado al lado—. Vas a la DGS, ¿no? Si quieres te llevo y charlamos.

Claudio accede. No le importa cambiar sus planes. Irá primero a la calle Víctor Hugo y después al museo. Le apetece hablar con Mera. Es su segundo padre. Suben al coche y el jefe del Cuarto Cuerpo de Ejército ordena al chófer que conduzca despacio.

—¿Conoces los últimos nombramientos de Juan Negrín? —dice Mera.

—Solo he oído rumores. Nada concreto.

—El Boletín del Ministerio de la Guerra acaba de publicar los nuevos ascensos —dice exhibiendo un cuadernillo con membrete oficial.

—¿Te han ascendido a general? —dice curioso el policía.

—Ni me han ascendido ni quiero que me asciendan —responde con gesto grave—. La situación es muy delicada, Claudio. El jefe del Gobierno ha ascendido a todos los comunistas: a Modesto y a Cerdán, a generales, y a Lister, a coronel —dice de carrerilla—. Y lo que es peor, entrega el mando de casi todos los ejércitos al Partido Comunista: los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, los del Centro, Levante, Extremadura y Andalucía, la base naval de Cartagena. Todo. Creo que el único no comunista que queda con mando sobre un contingente importante de hombres soy yo. No se ha atrevido conmigo. Es lógico. Mis hombres son todos de la Confederación y no lo aceptarían.

Claudio comprende la situación al instante.

—Arrincona al resto. Es una patada en el culo a todos los partidos políticos y sindicatos. Hasta al suyo, el PSOE. Negrín está crecido desde que dimitió Manuel Azaña. Es, de hecho, un golpe de Estado en toda regla.

—Efectivamente —asiente Mera—. Los nombramientos de Negrín son prácticamente una declaración de guerra. La situación es extremadamente grave, Claudio. Además, suponen la destitución del coronel Segismundo Casado de la jefatura del Ejército del Centro. Y no se va a quedar de brazos cruzados ante esta locura. Acabo de hablar con él.

—Comprendo.

El coche gira a la izquierda en la glorieta de Cibeles para enfilear Alcalá

y la Gran Vía. Algunos paisanos cruzan la calle a la carrera bajo la mirada tapiada de la diosa.

—¿Recuerdas que al inicio de la guerra te dije que debías estar atento para saber en el momento preciso en qué lado estar?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues creo que pronto te verás en una tesitura semejante.

—¿A qué te refieres, Cipriano?

—Sabes de sobra que la dgs es un nido de *chinos*. Es uno de los centros donde el Partido Comunista tiene más fuerza. Uno de los más ideologizados. Y tú estás dentro.

—¡Yo no soy un *chino*! —protesta Claudio.

—Lo sé. No te alteres —lo tranquiliza Mera.

—No tengo carnet de ningún partido político. Ni de sindicato. Ni siquiera soy de la CNT. Pese a las presiones de mi padre. Bien lo sabes.

—Ya lo sé.

El coche llega a la Dirección General de Seguridad. Se detiene ante la puerta, pero ni Claudio ni Mera se apean. Siguen hablando.

—Soy policía. Solo policía. No creo en la policía política, en la policía de los partidos ni de los sindicatos. Para hacer cumplir la ley no es preciso estar afiliado a ninguna organización. Es más, para hacer bien el trabajo creo que es preferible no estarlo.

—Tienes toda la razón, Claudio. —Mera trata de hacerle entender lo que quiere transmitirle—. Pero no todos piensan como tú. Por eso, a los ojos de la mayoría de tus compañeros de la brigada eres un bicho raro, y en caso de crisis, como la que se prepara, te pueden considerar un enemigo. Lo mismo que los que están fuera. Para la mayoría de la gente, la policía está al servicio del Partido Comunista. Puedes recibir palos por los dos lados. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Entiendo. —Claudio asiente con la cabeza—. Gracias por el aviso. Andaré con cuidado.

El policía se despide con un apretón de manos. Sale del coche, pero antes de cerrar la puerta se gira.

—¿Tú no te vas? —pregunta a Mera.

—¿Irme? ¿Adónde? —contesta extrañado el militar anarquista.

—A ningún sitio. —Se arrepiente de haberle preguntado tal cosa—. Olvídalo, es una bobada. —Claudio cierra la puerta del coche sin dar opción al militar a que insista en saber de qué habla.

«Es el único que no piensa en largarse de Madrid. El único que no me aconseja que me largue», concluye el policía mientras observa desde la puerta de la DGS como el vehículo se pierde despacio al final de la calle.

El Quemao está encerrado en uno de los calabozos. Esta vez lo tiene difícil. Acaparar y vender a sobreprecio es un delito grave en un Madrid hambriento. Además, es una de las prácticas peor vistas por los vecinos. Los madrileños son más condescendientes con un ladrón que les roba la cartera al descuido que con alguien que se aprovecha de su necesidad. Es un delito declarado *fascista* porque fomenta la desmoralización de la población civil. Y las actividades facciosas están penadas con la muerte.

Al entrar Claudio, el Quemao da un respingo de alegría. Es la primera cara amable que encuentra desde que lo detuvieron. Este policía lo conoce desde hace tiempo y sabe que no es un enemigo de la República. «Él intercederá en mi favor. Seguro.»

—¡Señor Ballesteros, usted sabe que no soy un facha...! —Es una súplica que se le escapa al Quemao con un quejido lastimero. Demasiado llorón, opina Claudio.

—No sé, la verdad es que ya no te conozco, Quemao. Esta vez te has pasado de rosca. Siempre pensé que entre vosotros había una ética, un cierto honor, un límite que no traspasabais nunca...

—¡Lo tenemos, señor Ballesteros, lo tenemos! —El Quemao revisa mentalmente su manual del buen bribón—. ¡No matarás! ¡Ese es un mandamiento sagrado! ¡Yo robo, pero no mato! ¡Antes me dejo matar! ¡Y tengo carnet de la UGT!

—Y de la CNT, y del Partido Socialista y del Comunista y de Izquierda Republicana... Apuesto a que también lo tienes de la Falange.

—¡Qué cosas dice usted, señor Ballesteros! Yo soy un buen republicano. Un buen español. Un demócrata. Nunca haría esas cosas de que me acusan.

—Hay pruebas concluyentes de que vendías a sobreprecio. Acabo de hablar con el inspector de Abastos. En tu casa había decenas de latas de conserva. Eso es acaparar. Y más de una docena de mujeres te han denunciado por precios abusivos.

—¡Las latas son mías! —gime—. Las fui acumulando de las que me corresponden por mi cartilla de racionamiento. Dejé de comer para

venderlas después. Usted sabe que yo como poco, apenas nada. Racionaba el racionamiento. Eso hacía. Prefiero el tabaco y el vino. Por eso vendía la comida, para comprar tabaco y vino. En cuanto al precio de venta, ¿cómo voy a saber las tarifas oficiales? ¡No soy un tendero!

—Abusar del hambre de tus vecinos es peor que matar —zanja Claudio la verborrea del preso—. Pero no he venido aquí a discutir tu filosofía, sino a por información.

—Usted dirá —responde el Quemao con un suspiro. Se deja caer en el catre.

Sabe que no ha convencido a Claudio. Lo mismo que no convenció al inspector de Abastos ni a la policía que lo detuvo. Cantará lo que haga falta por una oportunidad de abandonar la DGS.

—Tú eras muy amigo del Trespatas...

—Cierto como que está usted ante mí —afirma solemne.

—En ese caso sabrás si andaba metido en algo últimamente.

—Algo tenía entre manos, sí, señor. —El Quemao afirma con la cabeza y una sonrisa de ancha esperanza se le dibuja en la boca.

Sus dientes podridos asoman por entre los labios cortados, negros. Un hálito repugnante llega hasta el rostro de Claudio.

—¿De qué se trataba? —pregunta el policía sin respirar. El aliento del Quemao puede derretir el metal.

—¿Yo qué ganaré...?

—Tendrás un trato más considerado aquí —Claudio se adelanta a la petición del preso— y quizá logres clemencia del tribunal que te juzgue por fascista.

El policía pronuncia la última palabra más alta y sonora que el resto, para impresionar al Quemao. Lo consigue.

—Trespatas me dijo que preparaba algo muy importante. De mucho dinero.

—¿Te dijo qué era?

—No, pero me dijo que era lo más grande que había hecho nunca. Muy importante. Y diferente. Lo tomó como un reto personal.

—¿Falsificación de papel moneda, quizá? —interroga Claudio con poco convencimiento.

—No creo. —El Quemao tuerce el entrecejo—. Me dijo que era algo diferente. Nada parecido a lo que había hecho antes.

Claudio se pone en pie. Finge desilusión. Hace ademán de salir de la

celda.

—¡Espera! —grita aterrado el Quemao—. ¿Qué hay de lo mío?

—¿Qué va a haber? Nada. Nada a cambio de nada, Quemao.

—Escucha, Ballesteros. —Al delincuente le tiemblan las manos mientras las extiende hacia Claudio. Le cogería por las solapas para retenerlo a su lado, pero no se atreve a tanto—. La víspera de su muerte me dijo que acababa de terminar el trabajo. Que le había salido redondo.

—Eso es palabrería, Quemao.

—Dijo que, a pesar de todo, no podría cobrar hasta después de la guerra, por lo que le habían recomendado que fuera discreto y se apartara del delito y las malas compañías si quería disfrutarlo.

El Quemao va elevando la voz a medida que habla. Como el que viaja a toda velocidad en un coche que se va a estrellar irremisiblemente contra una pared de cemento. Se le acelera el corazón y la voz. Piensa que el policía se marchará de allí y con él se esfumará su última esperanza de evitar el pelotón de fusilamiento. Claudio llama al guardia para que le abra la puerta de la celda.

—¡Espera! —restalla su grito desesperado—. Quizás en su taller puedas hallar una pista.

—¿Taller? —Se gira Claudio, extrañado.

—Sí. En su casa tiene un taller...

—Ya registré su casa —dice desilusionado—. No había nada de particular. Solo herramientas y material para hacer monedas de diez céntimos. Nada para hacerse millonario.

—No me refiero a eso. Él tenía otro taller oculto.

Chirría el cerrojo herrumbroso. La puerta se abre y algo de luz entra en la penumbra de la celda. Pero Claudio no sale. Le pide al guardia que vuelva a cerrar. El carcelero se encoge de hombros y hace sonar de nuevo el hierro. Desagradable. Claudio siente dentera.

—¿Qué taller es ese? —pregunta el policía, por primera vez interesado en las palabras del Quemao.

—Pero si se lo cuento tiene que testificar a mi favor, ¿eh?

—De acuerdo. Habla.

—Trespatas tenía un taller secreto en su casa. Detrás del armario del dormitorio. Casi nadie lo sabe. Solo los íntimos. Es un cuartito minúsculo que sacó haciendo una doble pared en la alcoba. Apenas cabe una persona sentada. Allí guardaba Trespatas los materiales importantes.

—¿Dices que está detrás del armario del dormitorio?

—Sí. Debe usted sacar el primer cajón de la izquierda. Donde guardaba las camisas. Luego retire un pasador que quedará a la vista. Después abra el armario y haga correr hacia la izquierda el fondo de contrachapado. Esa es la entrada. No intente mover el armario. Es muy pesado. Está lastrado.

No le resultó difícil a Claudio acceder al taller oculto de Trespatas siguiendo las instrucciones del Quemao. La casa estaba como la había encontrado él cuando realizó el primer registro: en completo desorden. Alguien, probablemente el asesino, se le había adelantado. ¿Qué buscaba? ¿Qué tenía Trespatas que llevó al criminal o criminales a registrar a fondo la modesta vivienda de la calle de la Concordia? Algo gordo, según su amigo. ¿Lo mataron antes o después del registro? ¿Hallaron lo que buscaban? ¿Lo mataron porque se negó a darles algo? Estas preguntas se las hizo Claudio el día que penetró por primera vez en el piso de Trespatas. No halló nada. Solo ropa revuelta y mucha suciedad. Trespatas no era un ejemplo de higiene, precisamente. Aunque siempre salía a la calle con traje y corbata para dar apariencia de decencia. Un falsificador lo parece menos si va elegante.

De su primera visita, Claudio supuso que los asesinos esperaban a su víctima en el portal de la casa. Pasada la medianoche del sábado 25 de febrero. Ya en la madrugada del domingo. Algunos vecinos dijeron que habían visto a Trespatas poco antes de medianoche. Fue degollado cuando entraba en el portal. Quizá sin mediar palabra. Por sorpresa. No tenía la ropa descompuesta. No había trazas de lucha. Después, los criminales tomaron su llave del bolsillo y entraron en la casa. Revolvieron todo. ¿Qué buscaban? «Es solo una hipótesis de cómo se produjo la muerte. Nada más. Quizás esté equivocado.» No tenía otra cosa. Solo una mínima teoría de cómo se produjo la muerte. Pero nada sobre los autores.

El taller oculto de Trespatas tiene un pequeño interruptor que enciende un flexo atornillado a la pared. Ilumina una mesa minúscula. Un taburete llena el resto del espacio. Estanterías repletas de herramientas y trastos viejos en las paredes del cubículo. Claudio saca el asiento para poder penetrar en el hueco y registrar los anaqueles. Punzones, troqueles, moldes, alicates, navajillas y destornilladores de distintos tamaños para trabajos de precisión. Herramientas de relojero. Una lupa adaptada a una vieja montura

de gafas. Nada de interés. Atmósfera irrespirable. Polvo y calor.

El policía sale defraudado del armario. Esperaba que el hallazgo de un lugar secreto como aquel contuviera alguna pista importante en su interior. Es lo menos que se puede esperar de un descubrimiento así. Pero allí no hay nada de interés para su investigación. Es como descubrir un precioso y antiguo cofre en una gruta perdida que solo contiene arena de playa en su interior.

Claudio quiere dejar todo como estaba. Oculto a otros posibles visitantes. Al meter de nuevo el taburete, observa algo en el suelo, en un rincón, bajo la mesa. Apenas llega luz a esa zona del escondrijo, a oscuras por la pantalla que ejerce el tablero de trabajo de Trespatas. Enfoca con su linterna. Una caja de zapatos se dibuja entre las sombras. El policía recupera la esperanza. El corazón se le dispara. Quizá se trata de la joya que esperaba en el cofre oculto. Quizá no todo es arena de playa, polvo y asfixia. Estira los brazos y saca la caja. Se sienta sobre la cama desecha de Trespatas. Con el pulso acelerado, retira la tapa. Objetos de dibujante. Plumillas, cortaplumas, tinteros de varios colores, trapos viejos manchados de tinta. Cuchillas de afeitar con un extraño mango para raspar. Más utensilios para trabajos de precisión. Unas gafas enlupadas aún mayores que las anteriores. Papeles sucios. Tres tampones iguales. Redondos.

El policía examina los sellos. Apenas manchados. Casi nuevos. Recuerda que sobre las sucias estanterías del taller vio un estuche de tinta para tampones. Lo coge. La tinta está casi seca, pero vale. Mancha los tampones y los aplica sobre las hojas de un ejemplar de ABC que está tirado bajo la cama. Los tres son iguales. Aparentemente iguales.«Notaría de don Andrés Azcárraga Gallarza. Madrid», dice el texto girado alrededor del escudo del Colegio de Notarios. Claudio hace nuevas impresiones. Esta vez sobre una cuartilla blanca que saca de la caja de zapatos. Las examina con las lupas de relojero. En los tres encuentra leves deficiencias: una tilde demasiado grande en *Azcárraga*, una *M* de *Madrid* algo escuálida, una leve ralladura en el escudo del Ilustre Colegio. Todas las estampaciones que hace Claudio repiten los mismos fallos. Una y otra vez. Examina los papeles de la caja de zapatos. Allí hay otras pruebas que sin duda hizo Trespatas. Repetidas decenas de veces. Identifica fácilmente casi todas por sus errores. Proviene de los mismos tampones. En otro papel, arrugado, Claudio ve nuevas pruebas. Pero no halla errores aparentes. «Trespatas, sin duda, logró por fin la falsificación perfecta. Lo que andaba buscando.» Pero ese tampón no está

en la caja de zapatos. Claudio lo busca por las estanterías del taller secreto. Nada. Registra de nuevo la casa. A conciencia. Esta vez sabe lo que busca. «¿Para qué querría Trespatas falsificar el sello del notario?» No halla nada. Claudio desiste. Deja todo como estaba y se marcha con la caja de zapatos bajo el brazo.

El barrio de Argüelles es una pura ruina. Se hace difícil caminar entre los escombros. La artillería de Franco y los Junkers nazis parecen tenerle especial afición. Ruina sobre ruina. Obús sobre obús. Demasiado cerca del frente. Algunos voluntarios vigilan para que los niños no se metan a jugar entre los edificios machacados. Los muros que aún quedan en pie se caen con un estornudo. En realidad, con la vigilancia solo se trata de evitar saqueos porque apenas hay niños que jueguen. Los inquilinos de las viviendas ya se llevaron hace tiempo la mayoría de sus cosas. Lo poco que pudieron salvar. Hay que pedir permiso para acceder a algunas calles. Los escombros bloquean el paso. Los agujeros de las bombas de la aviación dan un aspecto lunar a la zona. Algunas calles se han despejado, pero otras siguen intransitables.

Claudio tiene dificultades para encontrar el edificio donde el notario Andrés Azcárraga tuvo su despacho. En la calle Princesa, rebautizada Vicente Blasco Ibáñez. Un vecino-vigilante le ayuda. Pelliza vieja de piel de vaca sobre un raído mono azul. Alpargatas negras que fueron blancas. En medio de la calle, suben sobre una gran losa. Pared de vivienda astillada. Arruinada. Aún se ve el papel pintado. Requemado. Descolorido. Y el cerco que dejó un cuadro mientras estuvo en su sitio. Allí sigue la escarpia que lo sujetó durante años. Antes de que los pájaros negros y la artillería del general Varela reventaran el edificio en los primeros días de asedio. Aplanado cien veces por sucesivas oleadas de rabia brutal.

—Aquí era —dice el paisano desde debajo de su boina mugrienta.

—¿Seguro? —quiere cerciorarse Claudio.

—Completamente. Este fue el número 35.

—¿Es usted del barrio?

—Trabajaba por aquí. En una imprenta. Justo enfrente. —Señala a lo que fueron los edificios del otro lado de la calle.

—¿Conocía usted a un notario que tenía su despacho aquí?

—¿Don Andrés? —El linotipista ahueca la boina polvorienta con su mano negra. Se rasca la cabeza con delicadeza, como si sintiera asco de sus propias uñas.

—Andrés Azcárraga. Sí —confirma Claudio.

El vigilante se pasa un dedo por el cuello, de lado a lado, al tiempo que saca la lengua.

—¿Murió? —interpreta Claudio.

—Era un fascista. De los primeros en hacer el paseíllo. —Hace chascar la lengua—. Una pena. Me caía bien. Desayunábamos juntos aquí al lado. Casi codo con codo —dice el proletario, estúpidamente orgulloso de haber compartido barra con alguien tan importante.

Se apean de la gran losa que fue pared de hogar. Al fondo se oye el repiqueteo de las ametralladoras. De vez en cuando una explosión. Bombas de mano. Se lucha en la Universitaria con poco brío. Solo para cubrir el expediente. Para justificar que hay guerra. Todos saben que la suerte está echada. ¿Por qué morir cuando ya se sabe el resultado final de la guerra? ¿Para qué arriesgarse si nada se puede hacer ya para cambiar el signo de la contienda? Las charlas cruzadas de trinchera a trinchera sustituyen al fuego de máuser. Cada día más. La guerra en Madrid se reduce a los bombardeos de los trimotores y a escaramuzas aisladas entre los escombros en las que los soldados participan de mala gana. Obligados por oficiales que tratan de aprovechar la última ocasión de colgarse una medalla.

Claudio se despide del paisano. Siente hambre. ¿Quién no? Pero eso le recuerda que es la hora de comer. Camina un rato entre escombros y finalmente toma el tranvía en la Gran Vía, cerca de la plaza de España. A esa hora no hay mucha gente por la calle. Comen en sus casas lo poco que tienen. Puede elegir asiento. El trole chisporrotea azul, fatigado, pero logra subir al tranvía hasta la plaza de Callao. A veces, en horas punta, los viajeros han de bajarse porque el fluido eléctrico no es suficiente para superar la cuesta. A partir de Callao el viaje es más fácil. Es cuesta abajo hasta Cibeles. Claudio se apea en marcha. Almorzará en la dgs. Sale más barato el rancho.

Come con Victoriano Cerezo, un compañero. Lentejas. En un sótano oscuro. Habilitado para comedor y para lo que haga falta. Hablan de la guerra, del futuro incierto. Al fin, Victoriano lo dice:

—¿Por qué no te largas, Claudio?

Claudio pone cara de póquer. Le extraña la pregunta viniendo de un

comunista. «Resistir es vencer.» Comen las píldoras de resistencia del doctor Negrín, como llaman a las insípidas lentejas de plato único.

—Eres la cuarta o quinta persona que me dice lo mismo. Pero de ti, Victoriano, es de quien menos esperaba ese consejo.

—Es un consejo sensato. Nos quedan días, quizás horas...

—¿Por qué he de irme? —insiste Claudio. Siempre la misma respuesta a la misma pregunta.

—Porque fusilarán a todos los que hemos empuñado armas. Ya sea en el frente o en la retaguardia, como policías.

—Sobre todo si son afiliados al Partido Comunista, como tú, Victoriano. ¿Por qué no te marchas siguiendo tu propio consejo?

—Yo no tengo nada que temer.

—¿Y eso? —Claudio abre ojos como platos.

—Tengo un hermano que es capitán de la Legión. Está aquí mismo, al otro lado de las trincheras. He hablado con él y me ha hecho llegar una carta. —Se palpa el bolsillo interno de la chaqueta—. Me ha dicho que no tengo nada que temer, que él hablará por mí. Solo me ha aconsejado que oculte mi pertenencia al Partido Comunista.

Claudio se asombra de las maniobras de Victoriano por salvar el pellejo. «Las ratas empiezan a abandonar el barco que se hunde.» Pero no se lo reprocha. Sin embargo, entiende que es más iluso que él al tratar de ocultar su pasado.

—Te será imposible esconder tu militancia comunista.

—Ya lo he hecho. Retiré mi ficha del partido, tanto en la sede central como aquí. No creo que quede ninguna prueba documental.

—¡Joder, Victoriano, te has movido rápido!

—Soy un buen policía. —Sonrisa cínica.

—Siempre habrá alguien que te denuncie... No estés tan seguro.

—Será su palabra contra la de mi hermano. Está al servicio del general Yagüe. Tiene peso. Su testimonio será más fuerte.

—En ese caso me alegro por ti, chico —dice Claudio, de corazón—, aunque ten presente que cuando entre Franco los fascistas saldrán de sus agujeros y tal vez te encuentres con que quien te denuncia tiene más peso que tu hermano. Cuestión de pesos para inclinar la balanza...

—No creo —responde dubitativo Victoriano.

—Pues yo aún no puedo irme —interviene Claudio de nuevo. No quiere llevar la inquietud al confiado corazón de Victoriano—. Tengo cosas que

concluir aquí.

Victoriano Cerezo aprecia a Claudio. Es uno de los pocos compañeros a los que podría llamar amigo en la dgs. Por eso insiste. Quiere que salve el pescuezo.

—Escucha, muchos se han largado ya camino de Valencia o Francia.

—¿Sí? ¿Quiénes?

—Pues por ejemplo Blanco. ¿Lo recuerdas? Luis Blanco.

—Sí. Hace días que no lo veo. Solía venir a comer por aquí de vez en cuando.

—Se marchó la semana pasada. Y algunos otros, también. El jefe lo oculta porque no quiere que cunda el ejemplo.

Cerezo pronuncia media docena de nombres más. Todos conocidos de Claudio. Nombres de la Dirección General de Seguridad. Policías. Pero también destacados militantes del PC y de otros partidos. Todos huidos.

—Hay miedo y pronto habrá una desbandada general. Eso sin mencionar al Gobierno, naturalmente, que ya no se sabe ni donde está —puntualiza Victoriano Cerezo.

—Pero los jefes siguen aquí.

—No seas simple. Están aquí porque tienen asegurada su huida en avión en cuanto vean las orejas al lobo. Volarán a Francia o Inglaterra.

El silencio se hace en el comedor mientras acaban sus lentejas. Están solos, pero hablan muy bajo. Saben que es una conversación impropia, que puede traerles complicaciones si alguien la escucha. Aunque todos piensen lo mismo.

—Tienes razón —admite Claudio, retomando la conversación—. Pero tengo que acabar algunas cosas pendientes antes de plantearme una *retirada*.

—Prefiere hablar de retirada. Ha dudado antes de pronunciar la palabra. Le avergüenza usar otros términos, como huir o escapar. No le parece digno.

—¿Qué historias vas a tener pendientes, joder, Claudio!

—Tengo varias muertes que estoy investigando. Al fin tengo una pista de un caso...

—¿Sabes? —le interrumpe Victoriano—. Eso que investigas no le interesa a nadie. —Claudio piensa en doña Flora, la madre de Lourdes. ¿Qué respondería ella ante tales palabras?—. A nadie le importan unas muertes entre las miles que ha habido en esta guerra. ¿Sabes lo que importa verdaderamente? Que el coronel Casado ha entrado en contacto con Franco para negociar el final de la guerra, o mejor dicho, la rendición.

—¿Cómo sabes eso?

—Tengo mis contactos en el sim. También cerca de Casado. Y, por supuesto, al otro lado de las líneas. Mi hermano me ha confirmado todo lo que se dice aquí.

—En ese caso, las negociaciones permitirán un final honroso.

—Ni hablar. Franco quiere una rendición incondicional. Total. Entrará en Madrid como un toro en una cristalería. Tanto si es un final negociado como si es por la fuerza. Y será de un día para otro, no lo dudes, Claudio, por eso te insisto tanto. Porque te aprecio. Tú lo sabes.

Claudio calla. Desde hace meses oye rumores de que Casado negocia la paz. Pero lo achacó siempre a bulos, al deseo de acabar de una vez con la guerra. No pensó nunca que tuvieran fundamento tales rumores. Negrín es partidario de llegar hasta el final. «Resistir es vencer.» Es la estrategia de la Unión Soviética. Incluso se habla de que Madrid ha sido minado por la Brigada del Subsuelo, controlada por el Partido Comunista. Se dice que si Franco entra por las bravas, los comunistas volarán la capital para culpar a los fascistas de su destrucción. Pero Claudio no lo cree. No quiere creerlo. No puede pensar que nadie sea capaz de preferir la destrucción de Madrid antes que entregarla al enemigo. Incluso los bombardeos de los nazis han respetado algunas zonas: el Palacio Real, el Museo del Prado, la Puerta de Alcalá, la Cibeles... Prefieren masacrar las viviendas de los madrileños, con ellos dentro, antes que los monumentos.

Suenan las sirenas en Madrid. Es la hora del postre. Ellos no tienen postre. Pero los alemanes envían sus peladillas a los madrileños. Claudio y Victoriano no se inmutan. Están a resguardo en el sótano. Una docena de personas que trabajan en el edificio bajan al comedor. aguardan el bombardeo. Suenan las explosiones. Ninguna cerca. Pronto acaba la incursión de los trimotores negros. De nuevo las sirenas avisan de que el peligro ha pasado. Claudio se despide. Todos abandonan el comedor.

Camina hacia el Museo del Prado. Huele a pólvora. El viento trae los efluvios de muerte dejados por los Junkers. De nuevo Cuatro Caminos, trata de adivinar Claudio. Quizá Nuevos Ministerios. Tal vez ambos lugares. Sábado por la tarde. La gente sale a pasear. Aprovechan el sol enclenque. Ni la guerra ni el hambre alteran las costumbres de los madrileños.

El Museo del Prado tiene sacos terreros, cemento y hormigón. Como la Cibeles y Neptuno. Cultura sepultada. Una bandera tricolor ondea sobre la cubierta del edificio. Desafía a los Junkers. Dicen que los alemanes tienen orden expresa de Franco de respetar el museo. Claudio no está tan seguro de ello. Nidos de ametralladoras subsisten al amparo del arte. En las esquinas del museo. En los edificios de enfrente. En los balcones. Por si las tropas fascistas irrumpen en el paseo. Resistir es la orden.

Claudio muestra su placa a los guardias de la puerta y entra en el museo. Pasa entre sacos terreros y fusiles. No hay cuadros en las paredes. Todos han sido descolgados. Los que no han sido evacuados reposan protegidos en la planta baja. Más sacos terreros. En Madrid hay miles de sacos terreros. Millones. La tierra de Madrid está empaquetada. Como los cuadros. Una gran muralla de sacos terreros rodea la ciudad. La separa de las tropas de Franco. Han venido sacos de todos los puntos de España y del extranjero. Como los combatientes. Hay sacos de Asturias, Cataluña, Valencia y Aragón. Sacos que trajó Buenaventura Durruti. Sacos de Polonia, Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos. Sacos de las Brigadas Internacionales. Los brigadistas se fueron, pero los sacos, no. Hay sacos hasta del Socorro Rojo Internacional (SRI), como los que protegen el museo. Claudio no se había fijado en eso la última vez que acudió al museo. Era de noche. El SRI envía víveres en sacos. La tierra la pone Madrid. Hay tierra para todos los sacos y para todos los muertos. Es lo único que sobra en la capital de la República. Tierra y cadáveres. Íntimamente unidos.

Claudio pregunta por el responsable del museo. Avisan a Luis del Arco, el conservador más antiguo. El presidente de la Junta Central del Tesoro Artístico, Timoteo Pérez Rubio, no está. Está en Francia o en Suiza. «Otro que se fue.» El director del museo es Pablo Picasso. Tampoco está. En realidad nunca estuvo. Aceptó el cargo en un gesto de apoyo a la República.

Del Arco es un anciano empolvado de años. Arrastra los pies dejando un surco en las galerías sucias del museo. Él no se va. Moriría si le privaran del olor a lienzo muerto del museo. «Muerdo si me voy y muerdo si me quedo — dice—. Me he significado. No me lo perdonarán los bufones de Franco.» Promovió un manifiesto de intelectuales contra la miseria cultural del fascismo internacional: «El fascismo es el suicidio intelectual, la muerte de la inteligencia, la exaltación de la sordidez humana».

Nada sabe Del Arco de la muerte de su compañero Guadalupe Lastra. Responde con vaguedad a las preguntas de rigor. No tenía enemigos

conocidos, no estaba metido en ningún lío, tampoco faltan cuadros. Al menos, eso cree. Nadie ha robado ninguna obra de arte. Nada. Un crimen inexplicable para el viejo. Sin sentido. Uno más. Se encoge de hombros.

—Un chico prometedor. Una verdadera lástima acabar así. Además, estamos escasos de conservadores, ¿sabe? Algunos se han marchado con las colecciones evacuadas, para asegurar que se les dé un buen trato.

—¿En que trabajaba Lastra los días previos a su muerte?

—No sé en qué andaba exactamente. Su trabajo consistía en catalogar todas las colecciones ajenas al museo que entraron aquí al comenzar la guerra. Tenemos miles de obras de arte recogidas. Los principales depósitos del museo salieron en noviembre del 36, pero han entrado muchísimas obras más procedentes de otros museos, de colecciones privadas, de iglesias y conventos. Unas incautadas y otras han sido los mismos propietarios los que nos han pedido que las guardemos aquí contra los bombardeos. Tardaremos años en catalogar y ordenarlas todas. Somos pocos y la tarea ingente.

—¿Puedo echar un vistazo al despacho de Lastra?

—Claro. Sígame.

El viejo conduce a Claudio por las galerías. Bajan unas escaleras hasta el sótano. Allí tienen los escasos conservadores del museo sus oscuros despachos. Junto a cuadros, porcelanas, relojes, muebles y mil objetos más. Obras de arte de todas las épocas y procedencias. Embalados. Cuidadosamente protegidos contra la metralla y la barbarie. El polvo aporta un nuevo envoltorio a los objetos dormidos.

—Aquí es —dice Del Arco, señalando con su dedo temblón una mesa que compite en antigüedad con algunos de los refinados muebles acogidos a la protección del Prado.

Claudio se acerca para examinarla detenidamente.

—Si no me necesita más, volveré al trabajo —dice el conservador, algo impaciente, desde su quebrada garganta.

—Claro. Muchas gracias. Puede irse.

—Si desea algo, estaré arriba. ¿Sabrá salir? —dice a modo de despedida.

—Eso espero. Gracias —pese a la respuesta, Claudio no está seguro de ser capaz de desandar el dédalo por el que le ha traído Del Arco.

Se queda solo. Se sienta en la vieja silla del asesinado conservador Guadalupe Lastra. No hay nada sobre la mesa. Solo una pequeña lamparita desenchufada. No ve toma de corriente cerca. Monótonos fluorescentes se esfuerzan en vano por llevar la luz a todos los rincones del sótano, atestado

de bastos cajones de madera de pino, altos y estrechos. Estuches toscos para las delicadas obras de arte.

Claudio abre los cajones del escritorio. Nada de interés. Lapiceros, una pluma y un puro habano a medio fumar. Artículo de lujo. Imagina al conservador de nombre femenino fumando su enorme puro mientras trabaja en los expedientes, mientras ordena y cataloga obras de arte. Pero ¿qué expedientes le ocuparon sus últimos minutos de vida? Se gira. Detrás hay un gran archivador metálico con un par de enormes cajones. Los abre. Un centenar de carpetas amarillean en su interior. Extrae varias al azar. Solo una clave las identifica y diferencia. Una clave de cuatro letras y ocho números. Letras y números. «Luego preguntaré a Del Arco por el sistema utilizado para catalogar los expedientes.» Examina el interior de una de las carpetas: iglesia de San Andrés. Algunas fotografías viejas. Documentos ininteligibles, quizá con cientos de años, y un par de cuartillas con un pulcro relato redactado por Lastra sobre las obras de arte incautadas por la Junta Central del Tesoro en el templo en cuestión.

Examina las demás carpetas. Todas muy semejantes. Con la firma de Lastra al pie de los documentos que certifica que los objetos entraron en el museo. Si se trata de una incautación, además del conservador, firman la autoridad militar o miliciana que llevó a cabo el traslado de las obras de arte y el subdirector del museo. Un sello rojo bien visible advierte que el Estado es el nuevo depositario. Si es un traslado voluntario, solicitado por el propietario en busca de protección contra los bombardeos, la firma del dueño también figura al pie del escrito. Claudio quiere examinar todas las carpetas del archivador. Tarea lenta. Tediosa. Cientos de fotografías, grabados y dibujos. Descripciones de cuadros con letra barroca en papel que a veces se deshace entre sus manos. Todo para avalar la autenticidad de las obras.

Después de examinar media docena de expedientes, Claudio comprende que las cuatro letras de cada uno de ellos se refieren al lugar del que proviene la colección registrada: un convento u otra institución religiosa, un particular, un museo de Madrid o de cualquier otra ciudad. Los seis primeros dígitos registran la fecha de entrada, y los dos siguientes, separados por un guion, probablemente el orden de entrada de la colección

ese día. No hay carpetas para piezas sueltas. Cada una de ellas incluye no menos de cinco o seis objetos pacientemente descritos por Lastra con su letra picuda y adornada. Claudio percibe que las colecciones incautadas por milicianos al principio de la guerra incluyen obras mutiladas, fusiladas, o lienzos rasgados por bayonetas. Tributo al furor ciego del pueblo. En el folio, además del nombre de la obra, Lastra asignó otro dígito a cada una de ellas. Le bastó añadir otro número de orden al del expediente, separado por una barra: «PART-091136-02/1. *La adoración de los magos*, de Francesco Maffei. 1658. Escuela veneciana. Parcialmente rasgada». Lee Claudio. Es el primer cuadro de una colección particular que entró el 9 de noviembre de 1936. La segunda del día.

Claudio se aburre de revisar tantos expedientes. Son casi las cinco de la tarde y empieza a pensar en Carmen Campillo. Ha quedado citado con ella a las seis. El trabajo le obsesiona, pero no tanto como para dejar pasar esa cita. Hubiera querido visitar antes al conde de Peñalta, el benefactor de Lourdes. Quizás a Peñalta le hubiera sacado alguna pista sobre la muerte de la chica. Para animar la cara de Carmen. Un regalo a falta de las flores deFloralia. Le escama mucho la situación del aristócrata. Libre, con medios económicos e influencias para obtener productos de la colaboración internacional. Y vecino de uno de los principales radios del Partido Comunista. No le gusta. Huele mal.

Guarda todas las carpetas cuidadosamente en el archivador. Sacude el polvo de sus manos y sale al exterior. Refresca el anochecer de marzo. El aire limpio de la tarde barre de sus pulmones el polvo venerable de los viejos legajos, de las grasientas telas. Polvo de cornisas, de grietas, de piedras convulsionadas por el estruendo de las explosiones. Polvo consagrado y centenario de pelucas de cristos vivos, de santos y ángeles de madera y pan de oro.

Siente alivio en el exterior. Le reconforta el cuchillo fino y sutil de la helada nocturna que se anuncia. Camina hasta Atocha para tomar el metro. Va con tiempo. Intentará buscar algún regalo para Carmen. Algo encontrará a falta de noticias sobre la muerte de Lourdes. Algunas investigaciones, como la de Trespatas, avanzan, aunque lentamente. También espera sacar algo en limpio de los expedientes en que trabajaba Lastra. Es cuestión de

paciencia. Pero de la niña fusilada, nada.

Pronto olvida los legajos para pensar en Carmen. Trata de reconstruir mentalmente su rostro triste ante el cadáver de su hermana. El roce suave de su boca cálida en las ruinas de la fábrica de bombillas. Su despedida en Atocha. Al ponerse en marcha el metro, surgen de nuevo los espectros de sus muertos. Los ve como en la linterna mágica que tenía su abuelo. Pasan veloces al otro lado de la ventanilla del vagón. Recortados contra el fondo negro y sucio del túnel. Lastra, cabezón, les saca la lengua. Lourdes, rubia embadurnada de polvos de arroz, desorbita sus ojos morados bajo los párpados hinchados. Trespatas y Ricardo Hurtado pugnan entrelazados por mantener sus cabezas erguidas. El viejo Ángel Ballesteros le contempla desde su mecedora, con su mono azul desgastado. Casi blanco. Se toca el corazón perforado de bala. Murmura algo pero Claudio no entiende lo que dice. Las visiones pasan veloces ante sus ojos. Armónicas con el estrepitoso rodar del convoy. Aceleradas, frenéticas. Muecas imposibles. Se asemejan a los dibujos animados de Disney que alguna vez contempló en el Real Cinema para acompañar las películas de Hollywood. A peseta la sesión.

Visiones imaginadas. Sabe que no son reales. Será la falta de sueño, de descanso. Sabe que es su conciencia intranquila. Desnutrida. Enferma. No le permite un minuto de paz. Lo sabe. Debe aclarar esas muertes para que las imágenes, las apariciones y las visiones desaparezcan. Para que ellos descansen tranquilos en sus nichos y le dejen respirar.

Conscientemente, pasa de largo. Deja atrás la estación de la plaza del Progreso, donde vive Carmen. Va hasta Puerta del Sol para hacer transbordo. Irá primero a ver al conde. Es su deber. Lo reconoce. Sus espectros lo saben también y se lo recuerdan. Se apea en la estación de Banco de España, en Cibeles. Sube andando por Alcalá hasta la plaza de la Independencia. El arco de Carlos III se aburre en esta guerra. Demasiado grande para cubrir de sacos terreros. No importa. Los pájaros negros de los nazis respetan su arquitectura grandiosa. Orgullosa, hercúlea. Es casi fascista. «Por eso no lo bombardean.» Gira a la izquierda para entrar en Serrano. Nidos de ametralladoras, más sacos, más parapetos. La calle está tomada. «No pasarán.» Numerosos soldados y miembros del Partido Comunista, con brazaletes rojos, vigilan la zona. Van y vienen, entran y salen de los edificios. Le piden la documentación dos veces. Le franquean el paso. Es policía.

El inmueble al que se dirige Claudio ha sido alcanzado por los

bombardeos. Como todos los demás. Está dañado. Pero el portal está intacto y los pisos inferiores son habitables. Se dirige directamente a la dirección que le facilitó la madre de Lourdes. En el primero. Algunos hombres de brazaletes, armados con pistolas-ametralladoras, le observan cuando entra en el portal. No le pierden de vista desde que giró en la plaza de la Independencia y enfiló por Serrano.

Aporrea la puerta con los nudillos en la oscuridad del descansillo de la escalera.

—¡Abran, policía! —grita.

Ruidos en el interior. Pasos que se aproximan por el pasillo. Alguien observa por la mirilla. Un ojo intranquilo se asoma al otro lado de la puerta. Abre con recelo. Una cabeza cana asoma levemente.

—Abra, por favor. Soy Claudio Ballesteros, de la Brigada de Investigación. Quisiera hacerle unas preguntas. —Enseña su placa.

La puerta se abre finalmente. Es un hombre de unos cincuenta años, alto y bien parecido, pese a su pelo gris. Se ha dejado una barba recortada y elegante. Por eso no le reconoce al primer vistazo. Ha visto su cara muchas veces en los periódicos. Tras sus gafas de montura dorada y fina le mira con ojos suspicaces. Después lanza una ojeada al portal. No ve a nadie. Eso le azora aún más.

—¿Qué desea? —pregunta amable.

—¿El exconde de Peñalta?

—Soy yo —responde inquieto.

—Quiero hacerle unas preguntas. ¿Me permite pasar?

El conde duda, vuelve a mirar al exterior, vacío de gente y de luz. Se retira para admitir a Claudio en su casa. El policía observa el piso señorial. Algunas sábanas blancas ocultan parte del mobiliario. Los dueños, burgueses o aristócratas, sin duda, se marcharon y trataron de preservar del polvo lo mejor de la vivienda. Quizás estaban de vacaciones fuera de Madrid cuando comenzó la guerra y no se atrevieron a volver. Muchos de ellos salvaron sus vidas porque pasaban el verano fuera de la capital, en zona fascista. Estos tal vez fueron *paseados*. Quién sabe. Pero antes, como gente de orden, dejaron la casa recogida. No importa lo que les pasara a ellos. El piso tenía que quedar como es debido.

El conde es orgulloso en su altura. Recio. Casi rústico. Pero de porte distinguido. Guarda las manos en los bolsillos del batín. Condescendiente, amable. Acostumbrado a tratar con funcionarios como Claudio.

El policía se pasea por el comedor. No sabe qué busca. No quiere hacer un registro en regla. Tampoco puede. Pasaron los tiempos de las irrupciones violentas en los pisos de los ricos. Además, él nunca las practicó. Las aborrecía. Eran cosa de milicianos descontrolados. Aunque al principio de la guerra, todos los milicianos estaban descontrolados. Claudio y otros como él acudían en motocicleta a toda velocidad desde las comisarías o desde la Dirección General a las angustiadas llamadas de socorro de los porteros. Avisaban de que gente incontrolada había entrado en el inmueble registrando los pisos. Robando y llevándose a la gente. A veces llegaban tarde y los infelices secuestrados aparecían al día siguiente fusilados en los parques, las cunetas o los cementerios. A veces se topaban con los milicianos armados hasta los dientes y discutían con ellos para que se marcharan sin causar destrozo. A veces los porteros no avisaban a la policía porque habían sido ellos los que llamaron a los milicianos.

—¿Me dirá qué desea? —el conde interrumpe la inspección ocular de Claudio.

—¿Qué hace un aristócrata como usted viviendo impunemente en un piso de lujo como este?

—No he hecho mal a nadie...

—No lo dudo. Pero esa no es razón, hoy día, para que un noble se libre del pelotón de ejecución. Usted lo sabe.

El conde baja la cabeza. Asiente.

—Es verdad. Pero eso era antes. Las cosas han cambiado con el paso de la guerra.

—Tiene razón, el furor inicial se ha moderado, pero no tanto como para admitir que un aristócrata se vaya de rositas.

—No me voy de rositas —responde molesto el conde—. Tengo una tarea que hacer aquí.

—¿Ah, sí? —replica sorprendido Claudio—. ¿Y qué tarea es esa?

—No puedo decirle más.

—¿Por qué? —Claudio se encara con el conde.

—Mi trabajo es secreto. Pregunte al SIM. No debería estar hablando con usted.

De nuevo el SIM. Siempre el SIM.

—Usted habla conmigo porque soy policía y es su obligación hacerlo —puntualiza Claudio—. Dígame, ¿conocía a Lourdes Campillo?

El conde se turba. Pierde parte de su arrogancia. Pero solo

momentáneamente. Enseguida recupera el control sobre sí mismo.

—¡Una catástrofe! Su muerte ha sido algo horrible...

—¿Qué relación tenía con usted?

—Fue mi sirvienta antes de la guerra.

—Y creo que también después, ¿no es así?

—Sí. Pero solo desde hace unas pocas semanas...

Claudio se gira para echar un vistazo al gran aparador que tiene a su espalda tapado con una enorme sábana. No sabía que existieran sábanas tan grandes.

—Fue aparecer usted y ella murió —dice Claudio mientras levanta un pico de la sábana para ver el aparador de caoba. «Este mueble merecería estar recogido en el Prado, no entiendo mucho pero creo que es de gran valor. Y muy artístico. Sí.»

—¡Eso es injusto! —protesta el conde.

—¿Ah, sí? Pues dígame usted si no... Una chica joven e inocente pasa la mayor parte de la guerra de forma anónima, en su casa, con su madre. No es sospechosa de nada, ni siquiera tenía edad para haber hecho mal a nadie. — Se encara de nuevo con el aristócrata—. De pronto, un buen día, aparece usted como por ensalmo, y poco después ella es fusilada de forma muy irregular... ¿Qué tiene que decir a eso?

El conde balbucea. Claudio le ha tocado donde más le duele.

—¿Pregunto al SIM también sobre eso? —insiste el policía.

El aristócrata se deja caer en un sillón de gran respaldo. Con orejeras. Cubierto por una sábana con festón multicolor. Está arrugada de tanto uso. Debe de ser el lugar favorito de Peñalta. Este responde finalmente en un susurro.

—Será lo mejor...

—¿Cómo dice?

—Que lo mejor que puede hacer es preguntar todo eso al SIM. A Leocadio Herreros.

—¡Cómo no! —exclama Claudio—. Herreros mueve todos los hilos de esta ruina de ciudad. Apostaría a que seguirá moviéndolos cuando entre Franco.

El conde lanza una mirada extraña a Claudio, como si acabara de escuchar una herejía. Le habría hecho gracia la ocurrencia si tuviera el cuerpo para bromas. Pero no lo tiene. No responde.

—¿También debo preguntar a Herreros sobre sus relaciones con

Lourdes? —dice sin piedad Claudio.

—¿A qué se refiere? —Ojos como platos del Conde.

—¡Vamos, no me tome por estúpido! Sabe de sobra lo que quiero decir. Usted se trajinaba a esa muchacha. ¿Lo sabía su mujer?

—No, claro que no. —En la respuesta admite implícitamente la relación—. Pero era algo limpio, créame. Yo estaba enamorado de ella...

—Seguro —interrumpe Claudio con sarcasmo—. ¿Dónde estuvo metido todo este tiempo?

—No puedo decirle más.

Peñalta se pone en pie dando a entender que ha concluido la entrevista. Pero Claudio no está dispuesto a marcharse tan pronto.

—¿Cómo obtuvo esos regalos que hizo a la madre de Lourdes?

—Tenía algo de dinero guardado. Ella lo necesitará más que yo.

—No me refiero al dinero, sino al café que le llevó anoche. ¿Cómo lo consiguió?

Peñalta empieza a exasperarse por el interrogatorio.

—Escuche, no puedo decirle más. Pregunte al SIM. Ellos, si quieren, le explicarán cuál es exactamente mi situación. No es muy envidiable, se lo aseguro.

—Menos envidiable es la de Lourdes. —Claudio eleva la voz más de lo que acostumbra—. Está criando malvas mientras usted vive como lo que es, un conde, un señorito, en una casa requisada para usted solo. Con productos caros que no sé de dónde saca, aunque me imagino quien se los ha facilitado —piensa en Herreros y en su café-café—, aunque no sé por qué.

El conde se quiebra de nuevo. Al menos eso le parece a Claudio. No soporta que insinúe su relación con la muerte de Lourdes.

—Escuche, yo no pude hacer nada por ella. Reconozco que mi situación es fruto de mi cobardía. No estoy orgulloso de mi comportamiento, pero solo he buscado salvar el pellejo. Usted lo comprenderá cuando hable con Herreros.

—¿Es usted un agente doble? —pregunta Claudio, recordando el papel que tan torpemente el comandante encargó a Hurtado.

—¡No puedo hablar!

—Trabajaba usted para la Quinta Columna, con Lourdes, ¿no es así? —Claudio grita ante la cara descompuesta del noble—. Le trincaron y usted aceptó trabajar para el SIM con tal de salvar el pellejo..., y dejó que fusilaran a Lourdes, ¿es así o no? ¡Responda, joder!

—Ya le digo que no puedo decir nada —balbucea tras dejarse caer de nuevo sobre el sillón.

—Lourdes era un peligro para usted en su nueva situación de agente doble, de traidor a sus camaradas fascistas, ¿no? Por eso decidieron acabar con ella. El SIM no podía permitir que ella pudiera irse de la lengua. La mataron enseguida, sin pasar por ninguna checa, por ningún lugar donde pudiera contar a otros que el conde de Peñalta es un traidor y que ahora trabaja para los rojos, ¿es así?

Tres hombres armados hasta los dientes irrumpen de golpe en el piso con un gran portazo. Portan brazaletes rojos, gorras estrelladas y alpargatas gastadas. No llevan uniforme militar. Son milicianos a la antigua usanza. Como los que al principio de la guerra asaltaban los pisos de la burguesía. Quizás alguno de estos tres ya estuvo aquí en julio del 36. Quizás alguno de estos fue el que dio el pasaporte a los metódicos dueños de la casa.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta uno de ellos.

El conde no responde. Sigue sentado en su sillón con cara de susto. Es Claudio el que contesta.

—Soy policía. Claudio Ballesteros, de la Brigada de Investigación Criminal.

—Aquí no tienes nada que investigar, camarada —dice el que parece lleva la voz cantante—. Hazte humo.

—Estoy interrogando a un sospechoso —afirma Claudio.

—El único sospechoso aquí eres tú —insiste chulesco el miliciano, montando su pistola.

—Ya se iba —interviene el conde.

Claudio no quiere problemas y sabe que los tendrá si se opone a estos tipos, dispuestos a todo. Decide irse. A fin de cuentas, el conde no tiene intención de hablar. Tendrá que volver a visitar al omnipresente comandante Herreros para sacar algo en limpio. Tiene mucho que contarle..., si quiere.

—¿Sois del SIM? —pregunta Claudio a los tipos que le escoltan escaleras abajo.

—¡Ja, ja! —El cabecilla del grupo se carcajea en sus narices mientras da codazos a los otros para que rían con él—. No somos del SIM. ¡El SIM es nuestro!

Leocadio Herreros no está en su despacho. Pregunta por él a varios funcionarios pero nadie sabe darle razón de su paradero. Ha anochecido y son más de las seis y media. Llegará tarde a su cita con Carmen. Quizás ya esté aburrida de esperarle y se haya largado. Esa idea le desazona. Más que las visiones de sus muertos. Le fastidia enormemente no poder hablar con el comandante Herreros. Toma el metro para ir a casa de Carmen. Esta vez los espectros le dejan tranquilo. Saben que hace todo lo que puede, que no es posible continuar de momento sin antes entrevistarse con Herreros. Mecido por el traqueteo del vagón, Claudio concluye que ha sido mejor no hallar al agente del SIM. Herreros es retorcido y soberbio. De haber hablado con él esta tarde se hubieran peleado. Claudio está muy alterado y le habría gritado. Enfrentamiento seguro. Mejor mañana, más relajadamente. Al comandante Herreros hay que entrarle sesgado, nunca de frente.

El día ha sido complicado. No ha podido hacer las cosas tal como las tenía pensadas. Otros le han obligado a cambiar los planes. Nada grave, pero no le gusta que le alteren su método de trabajo. Primero fue Mera el que lo llevó a la Dirección General cuando se disponía a visitar el Prado. Fue un imprevisto que le vino bien porque así pudo charlar con El Quemao. Después fueron sus difuntos, los que le impidieron ir a ver a Carmen. Tenían razón, de todas formas. No podía dejar de visitar al conde esa tarde. Se lo prometió a la familia de Lourdes. Poco ha sacado en limpio. Solo que vive protegido por el SIM, por Herreros, que seguramente lo utiliza para el contraespionaje, aunque poco podrá hacer alojándose en un piso probablemente incautado por el Partido Comunista y vigilado por milicianos.

Espera que ahora nada le desvíe de su cita con Carmen, aunque llegará tarde. Solo faltaría que ella no estuviera, que se hubiese tenido que incorporar a su puesto en el hospital o cualquier otra cosa. Mejor no pensarlo.

Se apea en la plaza del Progreso. Repleta de banderas y carteles de resistencia. Ruina roja y negra. El portal de Carmen está frente a una Casa del Pueblo de ugt medio derruida. Pese a ello, tiene gran actividad. La gente entra y sale del local. Están repartiendo algo de pan. Pronto se forma una cola de pedigüeños hambrientos. Claudio está a punto de chocar con Carmen en el portal de su casa por mirar a los desarrapados que se aglomeran al otro lado de la plaza.

—¡Vaya ímpetus! —le dice ella como saludo.

—¡Hola! Perdona no te había visto.

—Llegas tarde... —le reprocha con una sonrisa.

—Lo siento —se disculpa—. He tenido mucho trabajo hoy.

—Lo imagino. No te preocupes. Precisamente iba a dejarte una nota en la portería —le dice, esgrimiendo un papelito—. Me iba a casa de una vecina que me ha mandado recado para que vea a su hijo enfermo. — Carmen señala a un chaval de unos diez años que está a su lado—. Uno de sus hermanitos ha venido a buscarme.

La cara de contrariedad de Claudio es evidente. Es lo que se temía. Un nuevo contratiempo dentro de un día de contratiempos. Carmen se da cuenta. Ella tampoco quiere prescindir de su compañía.

—Puedes venir. No esté lejos. Es aquí al lado —le propone.

—De acuerdo —acepta Claudio como mal menor.

Caminan dos portales más allá conducidos por el chaval. Un niño escuálido y despeinado. Su familia vive en un sótano inmundo. Sin luz. Húmedo. La madre, de edad indefinida, desgredada y con ojeras profundas, recibe a Carmen besándole las manos. Ella se zafa como puede. Al fondo, en un jergón elevado del suelo encharcado por unos ladrillos que hacen de patas, un niño convalece.

—Tiene mucha fiebre. Delira. No sé qué hacer —solloza la mujer.

Carmen se acerca acompañada de Claudio. Un grupo de cuatro o cinco niños más, salidos de no se sabe dónde, hacen corrillo a los adultos, junto al catre del enfermo. Son sus hermanos. Una reata de zarrapastrosos muertos de hambre de ambos sexos. Todos ellos parecidos en su angustia. Misma talla canija. Mismas ropas hediondas y rotas. La familia numerosa vivía en el piso cuarto, con el marido. Una bomba de las pavas que no llegó a explotar entró por el tejado arrasando a su paso los seis pisos del edificio hasta detenerse en la planta baja. El padre, zapatero de la plaza del Progreso, y el hijo mayor, murieron aplastados por los escombros. La mujer y el resto de la familia, otros seis chavales, se trasladaron al sótano. Uno de los pocos sótanos que no sirven de refugio en Madrid. Desde entonces viven de la caridad de los vecinos y los amigos.

—Creo que puede tener gripe —dice Carmen después de examinar al enfermo—. Tenemos epidemia.

La mujer se mesa los cabellos. No sabe si lo que acaba de decir Carmen es bueno o malo.

No puede quedarse aquí —dice Claudio observando la miseria de

alrededor.

—No sería tan grave si el niño no estuviera desnutrido —añade Carmen, tomándole una muñeca escuálida, negra y ardiente.

—¿Qué podemos hacer? —pregunta con angustia la madre.

—¿Qué edad tiene el chico? —se interesa Carmen.

—Seis años.

Carmen reflexiona un segundo y finalmente decide las medidas a tomar.

—Hay que trasladarlo al hospital. Lo llevaremos al de las Brigadas Internacionales. Allí no me negarán este ingreso.

—¡Muchas gracias, hija! —La madre vuelve a besar las manos de Carmen empapándolas de lágrimas.

—Vamos, cálmate, Gertrudis.

—Está muy mal para ir en tranvía o en metro. Pediré un coche a la Dirección General —se ofrece Claudio.

El policía sale del sótano rápidamente hacia uno de los locutorios telefónicos de la plaza. No puede ver la mirada de profundo agradecimiento que le lanza Carmen. Ni oír los sollozos ahogados de la madre, que lo persigue por las escalares para echarse a sus pies.

El niño es internado en el módulo dos del Hospital de las Brigadas Internacionales. Su madre y el resto de los hermanos se quedan para hacerle compañía. Nadie puso pegas al ingreso del niño. Al contrario, los doctores, al verle tan vulnerable, le adjudicaron una cama de inmediato. El Hospital de las Brigadas Internacionales ocupa tres palacetes incautados en la calle Velázquez, esquina a Diego de León. Es el mejor de Madrid, aunque desde que se fueron los brigadistas ha decaído mucho. En agradecimiento al esfuerzo de los trabajadores internacionales por la causa de la República, el Gobierno dotó a este hospital de los mejores doctores y medios. Ahora, tras la salida de los luchadores extranjeros, es uno más entre muchos. Aunque los medios humanos de que dispone siguen siendo los mejores de la capital asediada. Carece, como los demás, de todo: cloroformo, antisépticos, antibióticos. Y su instrumental y las instalaciones están muy deterioradas.

—¿Qué quieres hacer ahora? —pregunta Claudio a Carmen al salir del hospital.

Ella se agarra a su brazo y le sonrío.

—Me gustaría hacer muchas cosas, pero no puedo. Debo ir a casa de mi madre. Lleva todo el día velando el cadáver de Lourdes. Tiene que estar destrozada.

Claudio comprende. Le hubiera gustado hacer otra cosa. Dedicarse lo que queda de tarde. Ellos solos. Pero es imposible. El cuerpo de Lourdes se interpone entre ambos. Ella los ha unido, pero ahora les impide expresarse su amor.

—Deja que te acompañe.

Toman un tranvía atestado de gente hasta Atocha y después bajan andando por Santa María de la Cabeza. La artillería resuena en el silencio de la ciudad. Franco bombardea por enésima vez el destruido barrio de Argüelles. Parece que quiere reducirlo a polvo en venganza por no haber podido ocuparlo al principio del asedio de la ciudad. Los legionarios llegaron hasta el paseo de Rosales y la plaza de España. Alguno de ellos se retrató en el monumento a Cervantes. Desafiando las balas de los milicianos. Pero fueron rechazados. Desde entonces, la artillería fascista tiene especial predilección por esa zona.

Claudio cuenta a Carmen su conversación con el conde de Peñalta. Ella niega que su hermana pudiera tener relación con la Quinta Columna. Aunque tiene momentos de duda. Realmente, no sabe hasta qué punto estaba condicionada por las relaciones que mantenía con el aristócrata. Quizás él la obligó. O la convenció. La confusión se apodera de Carmen. No sabe qué pensar. Claudio la besa. Muy cerca de donde lo hizo la primera vez. Junto a la fábrica de bombillas.

—No te preocupes —le dice el policía—, mañana aclararé todo con el comandante Herreros.

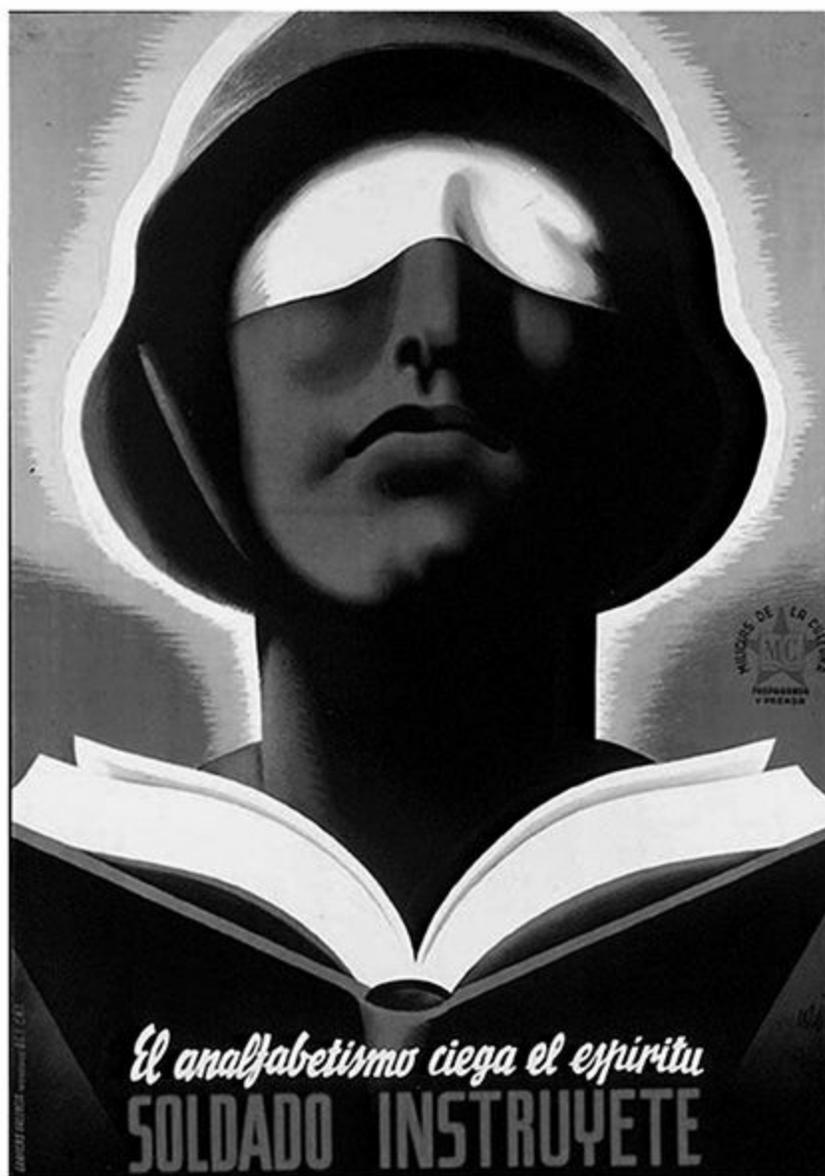
Poco ha cambiado en casa de doña Flora desde la última vez. Las plañideras siguen allí. Lamentándose. Sin embargo, la madre de Lourdes no está. Le dicen que doña Asun se la ha llevado a su casa. Agotada. Se la llevó a rastras porque no quería irse. Pero al final accedió. Después de organizar el entierro para el día siguiente, doña Flora se derrumbó. Dejó la casa en manos de las viejas lloronas y se fue con la madre de Claudio.

Carmen queda al cargo del velatorio. Ofrece café a todos. Para que se hidraten, para que recuperen los líquidos y continúen sus lloros. También

pastas inglesas. No tiene otra cosa. Solo lujos. Los lujos regalados por el conde de Peñalta. Le pide a Claudio que vaya a su casa para comprobar cómo están las dos viejas. Él accede, aunque le cuesta despegarse de ella. Ha pasado tanto tiempo ignorando su existencia que ahora le duele pensar en esos años, más de una década, que pudieron ser y no fueron. Teme no volver a verla. Una punzada le oprime el pecho al salir de la casa. En la escalera se cruza con la amiga de Lourdes. Esa chica extraña que vio por la mañana velando temerosamente el cadáver, a dos pasos de Carmen, temblorosa. Con miedo a molestar. Anodina. Se miran al pasar el uno junto a la otra. No se saludan, sin embargo. Ella lleva la boca abierta, en un gesto estúpido. Claudio piensa que no está en sus cabales, pero ¿quién lo está en Madrid?

Las dos viejas duermen plácidamente arropadas por una vieja manta, tendidas en la cama de matrimonio de doña Asun. Una enorme y recia cama construida por Ángel Ballesteros. Era uno de los orgullos del viejo proletario anarquista. Nunca encontraron un colchón tan grande para ella. Por eso fue la propia madre de Claudio la que tuvo que hacerlo con diversas telas que unió y que relleno con borra de oveja que compró a un ganadero de Getafe. La sonrisa aflora sola al recordar la historia que le contaba a menudo su padre sobre esa borra. Parece que llegó con pulgas y no se dieron cuenta hasta la primera noche que pasaron en el colchón. Aún no había nacido Claudio. «Teníamos muchos picores el día del estreno, sobre todo tu madre, pero no por lo que te puedes imaginar, sino por las pulgas», decía Ángel Ballesteros escandalizando a su mujer, que le golpeaba, entre risas vergonzosas, con la pañoleta de cocina.

JORNADA TERCERA



JORNADA TERCERA

Domingo, 5 de marzo de 1939.

Los dedos suaves y arrugados de doña Asun despiertan a Claudio, dormido en el sofá. Se sentó un rato en el comedor y se quedó traspuesto. Aún no ha amanecido en Madrid, pero las dos viejas ya trajinan por la casa. Es el día del entierro y hay mucho que hacer. La madre de Lourdes prepara los desayunos en la cocina. Se lamenta de no haberse traído el café-café. Han de conformarse con malta y unas pocas pastas inglesas que aún quedan en la casa. Parece otra. Llena de vitalidad. De energía al servicio del desayuno.

Mientras ellas preparan la mesa, Claudio se da una ducha rápida. Más impelido por la frialdad del agua que por la prisa en acabar. ¡Qué listos anduvieron los milicianos al proteger el embalse del Lozoya y el Canal de Isabel II en los primeros momentos! Si los fascistas hubieran tomado el control del agua, Madrid no hubiera resistido una semana. Se repasa la cabeza con la navaja ante el espejo. Se ha acostumbrado a llevarla afeitada. Pasa cuidadosamente la afilada hoja por su cráneo. Recuerda las palabras de Pepe, su peluquero de toda la vida, en la glorieta de Embajadores, que le desaconsejaba que se hiciera él mismo semejante tarea: «la piel de la cabeza es como la del culo, Claudio, fina y delicada. Nunca le da ni sol ni incorporándose el aire. No está curtida como la cara y te puedes cortar con mucha facilidad». Y tenía razón. La primera vez que se afeitó la cabeza, en el verano del 37, se hizo tal escabechina en el cuero cabelludo que parecía que regresaba del frente. Ahora tiene la piel curtida como un pellejo de vaca. Ya no se corta, aunque sigue poniendo tanto cuidado como la primera vez.

Están sentados compartiendo las pastas inglesas de mantequilla fina. Claudio pregunta a doña Flora si notó en su hija algún comportamiento extraño que pudiera llevar a pensar que colaboraba con la Quinta Columna, algún detalle que le hubiera pasado desapercibido entonces pero que ahora pueda cobrar algún significado para ella.

La vieja niega con la cabeza, pero segundos después se derrumba de

nuevo y llora sobre la galleta inglesa. Doña Asun la conforta como solo ella sabe hacerlo. Suspira. Se limpia los ojos con un pañuelito que saca de una manga.

—Tengo que decirte algo, hijo, que no te dije ayer porque entró Carmen, pero que no tenía intención de ocultarte —dice doña Flora.

—Tranquilícese y cuénteme —dice Claudio con tono amigable.

—El conde de Peñalta no estuvo desaparecido nunca, ¿sabes? Lo tuvimos oculto en casa durante toda la guerra. Cuando los milicianos empezaron con los registros tuvo miedo y una noche se presentó en casa. Nos pidió que lo escondiéramos durante unos días, mientras buscaba un lugar mejor. Pero nunca se fue.

Claudio no puede ocultar la cara de sorpresa. Doña Asun se ha llevado las manos a la boca, asustada de lo que acaba de oír. Claudio tiene infinidad de preguntas que hacer a la vieja, pero no quiere interrumpirla. La deja hablar.

—Carmen no sabe nada de esto. Por eso no te lo quise decir ayer. Si se entera no me hablaría nunca más. Odia al conde. Espero que tú no le digas nada si no es necesario...

—Descuide —la tranquiliza Claudio—, pero dígame entonces cómo el conde ha ido a parar al piso de la calle Serrano.

—El 4 de febrero por la mañana, muy temprano, vino la policía y nos detuvo a todos. Era sábado.

—El SIM, quiere usted decir... —puntualiza Claudio.

—¡Ay, hijo! No sé. Yo no distingo esas cosas. —Se limpia de nuevo los ojos blandos de lágrimas—. Vinieron unos hombres armados y nos detuvieron a los tres. Al conde, a Lourdes y a mí. Nos llevaron a la checa de la ronda de Atocha. Estábamos solos. No había más detenidos. Un policía abofeteó al conde y le insultó. Le dijo que hacía mucho tiempo que no tenía un aristócrata entre las manos. Que iban a disfrutar juntos. A nosotras no nos hacía ni caso. Pero el conde le contestó que quería hablar con el comandante Herreros. Nos asustó porque ese hombre tiene fama de sádico. Creíamos que se había vuelto loco al pedir que nos interrogara él.

—¿Y acudió? —pregunta Claudio, impaciente.

—Sí. Al principio no querían avisarle. Los policías también pensaron que el conde había perdido el juicio, pero no tardó en llegar. Creo que andaba por allí. Me da la impresión de que estaba esperando nuestra detención.

—¿Qué ocurrió después, cuando llegó el comandante?

—No sé. A nosotras nos llevaron a otra habitación: nos cruzamos con él en la puerta. El conde se quedó con el comandante. Supongo que le interrogaría.

—¿A ustedes no las interrogaron?

—No. Pasamos el día encerradas allí. No nos dieron ni de comer ni de beber. Pensábamos que nos matarían sin más. Por la noche, un guardia vino a vernos y nos dijo que nos marcháramos, que estábamos libres.

—¿Así, por las buenas? —pregunta Claudio, extrañado.

—Por las buenas. En la puerta de la calle, un agente del SIM nos dijo que el conde había cantado. Que ya había confesado sus crímenes y que nosotras no teníamos nada que ver. Que éramos libres, pero que no se nos ocurriera comentar con nadie nuestra detención o lo pagaríamos caro. Nos fuimos a casa.

—¿Y el conde?

Doña Flora se revuelve inquieta en su silla. Ya no tiene hambre. Separa a un lado la taza de malta y las galletitas inglesas mojadas de lágrimas.

—No supimos nada de él hasta el día siguiente. Mandó recado por teléfono a Lourdes. Como ya te conté ayer. Dijo que estaba bien. Que le habían exculpado y que quería ver a la niña en la dirección que te di. Ella fue y como vio que estaba perfectamente instalado, aceptó la propuesta de seguir asistiéndole, como antes de la guerra.

—¿No les extrañó que quedara libre? —pregunta Claudio—. ¿Especialmente después de que les dijeran que había cantado de plano?

—Sí, la verdad. Pero cosas más raras se han visto. Si la policía no tenía nada contra él y estaba libre ¿quiénes éramos nosotras para dudar de su palabra? —A doña Flora se le quiebra la voz—. Además, nos alegró mucho que estuviera vivo. Le tuvimos dos años y medio escondido en casa. Es un buen hombre y le apreciábamos las dos.

—Comprendo, señora —trata Claudio de tranquilizarla—. No se alteré, solo pretendo aclarar la muerte de su hija.

—¿Crees que el conde tuvo que ver en la muerte de mi niña? —La vieja se sorprende de que exista esa posibilidad, que no se ha planteado hasta ahora.

—No lo sé. Quizás él no tenga culpa de nada, pero sí pudo haber influido su relación con él. No sé. Aún es pronto para saberlo. Solo quiero que usted me facilite la mayor información posible para poder investigar.

Doña Asun interrumpe el interrogatorio. Se hace tarde. El encargado de la funeraria aseguró ayer que acudirían temprano esta mañana para proceder al entierro de Lourdes.

—Una cosa más —insiste Claudio—, ¿cómo es posible que Carmen no se enterara de que ustedes tenían refugiado al conde?

—Porque ella venía poco por casa. Siempre está en el hospital, trabajando. Y cuando venía, lo escondíamos en cualquier parte. Un domingo, Carmen se quedó a comer y el conde se pasó casi toda la tarde metido en un armario... No queríamos darle un disgusto, pero tampoco podíamos negar nuestra caridad al conde, ¿comprendes? Hubiera sido sentenciarlo a muerte... Al menos eso creíamos.

Claudio acompaña a las viejas hasta casa de doña Flora. Rostros más cansados, ojeras más profundas. Los gimoteos han dado paso a los suspiros y a los comentarios de lástima. «¡Con lo joven que era! ¡Y qué guapa! ¡Anda, y sigue siendo guapa, fíjate que cara de ángel tiene en su mortaja!»

Carmen ha permanecido toda la noche frente al cadáver de su hermana, aunque terminó por sentarse en una silla que le acercó una de las vecinas. Inexpresivos sus grandes ojos negros orlados de rojo. Como cuando la conoció Claudio, veinticuatro horas antes. El dolor apaga todos los matices del rostro. Uniformando los rasgos con un tono gris ceniza. Indiferente. Color muerte. Los polvos de arroz dan mejor aspecto al rostro de Lourdes que el que tienen los que la velan.

Al verlos entrar, Carmen se incorpora. Besa a su madre y la abraza durante un rato. Lloran juntas. Desconsoladas. Doña Asun balbucea palabras de alivio que ni ella misma entiende. Claudio observa la escena sin saber qué hacer. Carmen se libera de su madre y abraza al policía. Hunde su cara en su pecho, la siente gemir junto a su corazón. Las lágrimas traspasan el abrigo, la chaqueta y la camisa. Siente Claudio la humedad dentro de su cuerpo. Se reblandece. Besa su cabeza tiernamente. Unos golpes urgentes en la puerta rompen toda la escena. Son los de pompas fúnebres. Se quitan las boinas al entrar. Saludan con una inclinación de cabeza. Con profesionalidad labrada en la práctica de cientos de entierros, tapan el ataúd y se llevan a Lourdes escaleras abajo. La compañía ha de correr para no perder el paso de los operarios. Una destartalada camioneta negra aguarda abajo. También

espera un enorme coche de duelo, en el que se acomodan doña Flora, Carmen, Claudio y doña Asun. Dos de las vecinas más despabiladas completan el apretado cortejo fúnebre. Parten veloces los autos hacia el cementerio del Este. Lourdes regresa al lugar donde fue asesinada. El miliciano-campesino-obrero del cartel de propaganda observa indiferente desde la sucia tapia la entrada de los dos autos. La mañana es plomiza, gris. Chispea y la niebla se agarra a las lápidas como si tuviera uñas. El conductor los lleva directamente al nicho reservado para Lourdes. En la parte más alejada del cementerio. Se apean frente a un edificio con pequeñas ventanitas cuadradas. Apartamentos profundos y estrechos para los muertos. Algunos están ocupados. La mayoría. Tapiados con losas blancas. Unos tienen cruces. Son los anteriores al comienzo de la guerra. Otros, no. Los canteros no se atreven a labrar cruces en las lápidas. Como mucho, alguna foto del difunto-inquilino. A veces, un epitafio. En todos, las fechas de comienzo y final de una vida.

Los enterradores han de subirse a una escalera con el ataúd. Lourdes será inquilina del cuarto piso. Mejor. Lejos de las humedades. Con buena luz. Soleado. Aunque en verano será un nicho tórrido. Bueno, como casi todos. No se puede tener todo en esta vida. O en esta muerte.

Doña Flora hubiera preferido que su hija tuviera un entierro lucido. Con una despedida más concurrida. Lo siente por las plañideras que se tuvieron que quedar en casa porque no cabían todos en el coche, pero bastante fue disponer de uno para ellos. También le hubiera gustado un cura que dijera un responso. Pero curas no hay. Es más fácil conseguir un coche que un cura. Además, no estaría bien visto. ¡Qué pensaría el guarda del camposanto! Seguro que lo fusilaban en la misma tapia. Como a Lourdes.

Ya terminan los enterradores de colocar la caja en su nicho. Les ha costado subirla. Lourdes era menuda pero el ataúd abulta mucho. Más tarde colocarán la lápida. Aún hay que meter a otro. Doña Flora se disgusta. Pensaba que su niña estaría sola, tranquila. Pero no. No hay sitio para tantos. Conviene ahorrar espacio. Los difuntos deben compartir. La vieja se resigna. Al fin y al cabo han pasado tres años con el conde en casa, escondido. Se han acostumbrado a las estrecheces. «A Lourdes no le molestará la compañía. Bien pensado, quizá sea mejor así. No se aburrirá. Tendrá un compañero, ¡aunque vete tú a saber quién le toca!»

Las sirenas suenan lejos. Fuera del cementerio. Ataque aéreo. Las pavas regresan. Como cada día. A veces hasta dos y tres incursiones diarias. No

descansan ni los domingos. Seguro que los pilotos oyeron misa antes de emprender el vuelo. En Burgos, seguramente. Pero ¿los nazis oyen misa? Lo mismo Franco les obliga. Una misa temprano antes de sembrar la muerte en Madrid. Siembra bendecida.

Aparecen por el cielo gris. Pequeños puntos por el norte. Se acercan. Cada día vuelan más bajo. Envalentonados. Algunos cazas los escoltan por si a la aviación republicana se le ocurre tratar de interceptarlos. Grupos de tres. Son dieciocho Junkers esta vez. Los cazas caracolean a su alrededor. Más rápidos, más ágiles. Como los perros que acompañan a los carros de los gitanos por la carretera. Ahora delante, ahora detrás, entre las ruedas, entre las patas de las mulas. Carreras por la cuneta. Débiles explosiones adornan en el cielo la marcha de los Junkers. Son las baterías antiaéreas de Madrid. Pobres y míseras. Como las piedras que arroja el gitano a sus perros. Retumban las explosiones en el centro de la ciudad. Giran las pavas a la izquierda. Se acercan a Ventas. Se acercan al cementerio del Este. No dejan de cagar sus excrementos de muerte. Van regando Madrid con su mierda. Bombardean el barrio de Las Ventas, probablemente les gustaría reducirlo todo a cenizas, salvo la plaza de toros, claro. Referente de las esencias de españolidad. Aglutinante de los valores patrios. Ni fascistas españoles ni nazis alemanes harían daño a un monumento así. Por eso el general Miaja ordenó disimular en su coso algunas baterías antiaéreas. El reguero de muerte alcanza al cementerio. Cráteres enormes se abren entre las tumbas y los mausoleos. Saltan por los aires mármoles y ladrillos, huesos secos y mortajas podridas. El miliciano adosado a la tapia, plano en su cartel, se muestra impertérrito ante el destrozo ¡Ha visto tanto ya! Un caza surge veloz tras el edificio de nichos. Muy bajo. Atruenan el cielo con el petardeo de su motor. Es una carraca cargada de fuego. Se ve la sonrisa del piloto. Todos se arrojan al suelo asustados. Claudio, Carmen, las dos ancianas... El enterrador se cae de la escalera. Les cubre la bruma rala. El barro les pringa. «¡Ha pasado tan cerca! ¿Has visto la cara de cabrón del piloto?», dice uno de los funcionarios de pompas fúnebres, incorporándose. Hace un giro a lo lejos el caza. Se inclina. Regresa. Aún más bajo. Crece el zumbido de su motor hasta hacerse ensordecedor. Dispara una ráfaga. El ruido de las ametralladoras apenas se escucha. Pero un reguero rampante de polvo y barro avanza hacia ellos aún más rápido que el avión. Son dos líneas paralelas de muerte que se les vienen encima. Se arrojan de nuevo al suelo. Aterrorizados. El funcionario que vio la cara de cabrón del piloto exclama

«¡será hijoputa!» antes de clavar sus narices en el barro. El trazo de muerte, como un costurón enorme, los barre, los sobrepasa y choca contra el edificio de nichos. Retumban las tumbas, huecas de huesos y polvo. Saltan las lápidas en los pisos, sucesivamente, de arriba abajo, mientras el caza sobrevuela a escasos metros el cementerio. Quiere asesinar a la muerte. Ni vivos ni muertos. Los vivos, muertos; y los muertos, dos veces muertos. Se pierde su zumbido. Las pavas, que han barrido parte del cementerio con sus bombas, se van con su cohorte de perros alados.

Se incorporan casi todos. Se limpian el barro. Miran a su alrededor. Los nichos destrozados. Toda una fila vertical de lápidas, con sus nombres y sus fechas, sus cruces y sus retratos, se ha quebrado, exponiendo al aire frío su oscuro contenido. Alguien permanece tumbado. Inmóvil. Corre Claudio hacia él. Gira el cuerpo inerte. Es el operario que cayó de la escalera. Un agujero enorme le taladra la frente. El cerebro le fluye lento hacia fuera. Se le escurre hacia el barro mezclado con sangre. Pócima de muerte: sangre, barro y sesos. Tiñe de pardo el suelo del camposanto.

El regreso a casa es penoso. Sin las camionetas, destrozadas por el ataque. Los funcionarios tratan de ponerlas en marcha. No lo consiguen. Las viejas, Carmen, Claudio y las comparsas llorosas han de regresar a pie por el camino polvoriento del cementerio. Hasta la plaza de Manuel Becerra. Allí hay metro. Al fin. Es la «Plaza de la Alegría». Los madrileños la llaman así con sarcasmo porque es el lugar donde se dan los pésames. Allí se detienen las comitivas fúnebres para que los amigos se despidan del difunto. El camino hasta el cementerio es duro y sucio. Demasiado incómodo para hacerlo andando. Solo acuden hasta el pie de la fosa los que pueden permitirse un medio de transporte.

Manuel Becerra es más Plaza de la Alegría para los deudos y amigos de Lourdes porque al fin pueden tomar el metro para regresar a casa. El barrio bombardeado huele a cenizas. Los bomberos trabajan para apagar los incendios causados por las bombas. Claudio se marcha a Víctor Hugo. Las mujeres, a casa de la difunta recién enterrada. Antes de despedirse, en Atocha, Carmen hace un aparte con el policía.

—Me dieron el día libre en el hospital por la muerte de mi hermana. ¿Te veré luego?

El cielo se abre en el corazón de Claudio. Suponía que a ella le tocaría guardia de 24 horas seguidas en el hospital. Una eternidad tan grande como los diez años de retraso que lleva su amor.

—Claro, ¿estarás en casa?

—Aún no lo sé. Veré cómo está mi madre...

—Que se quede con la mía unos días —propone Claudio—. Les irá bien a las dos. Mi madre pasa demasiado tiempo sola. Le aliviará tener compañía.

Eso acuerdan. Las viejas acceden.

—En ese caso, estaré en mi casa en cuanto las deje acomodadas. Te esperaré.

Son palabras de amor. Así suenan a los oídos de Claudio, que rebosa pasión por el ángel blanco. Promete acudir en su busca en cuanto pueda, pero antes ha de hacer algunas cosas pendientes. Primero, hablar con Leocadio Herreros. Es un trago difícil. El agente del SIM es un tipo complicado que no le recibirá con los brazos abiertos. Luego debe continuar sus pesquisas en el Museo del Prado. Ha tenido una idea, quizá sea estúpida, pero quiere probarla. Quiere examinar los cuadros próximos al lugar donde supone cayó muerto Guadalupe Lastra. El cuerpo fue arrastrado después varios metros hasta un lugar menos visible. Trataron de borrar el rastro trazado en el suelo polvoriento. Lo dejaron entre varias obras de arte embaladas. Medio oculto. Las examinará todas y después mirará en las carpetas correspondientes. No sabe qué puede hallar, pero no pierde nada con ello. Mejor que empollarse el centenar de expedientes uno por uno.

En la DGS le dicen que le ha llamado Herreros.

—Parecía enfadado. Que vayas a verle —le informa un compañero.

No ha perdido el tiempo el conde de Peñalta en dar cuenta a Herreros de su visita. Quizá fueron sus guardianes. Tendrá que aguantar el chaparrón. Ya sabe lo que le dirá: que Peñalta trabaja para el contraespionaje y que le deje en paz porque de lo contrario arruinará la lucha del SIM contra la Quinta Columna.

El comandante Herreros no le hace esperar. Enseguida lo recibe en su despacho del Ministerio de Marina. No hay saludos. Ni tiempo para circunloquios:

—¿Por qué has molestado a Peñalta? —grita el comandante, puesto en pie tras la mesa de su despacho.

—Ese no es el término más correcto para referirse a un interrogatorio

policial...

—¡Tú no tienes que interrogar a nadie! —se exalta aún más el agente del SIM.

—Una de mis funciones es interrogar a los sospechosos —responde templado Claudio—, y un aristócrata es sospechoso en sí mismo, aunque sea un santo varón... Es lo que he aprendido en estos años de guerra.

—¿De qué es sospechoso Peñalta? —Herreros rebaja el tono de su voz, pero su entonación, que no pretende ocultar, es de profunda impaciencia.

—No estoy seguro...

—¡No estás seguro! —vuelve a gritar—. ¿Y a pesar de todo te presentas en su casa para interrogarle?

—Escúchame, Herreros. —Claudio se sienta frente al comandante, incrédulo por la sangre fría que demuestra el policía—. Estoy al tanto de que interrogaste al exconde de Peñalta, que lo atrapaste refugiado en una casa, precisamente en el domicilio de Lourdes Campillo. ¿La recuerdas? Murió fusilada el otro día en circunstancias extrañas. Ella era su criada y su amante, antes de la guerra y después también. Le interrogué porque su situación es muy peculiar después de haber pasado por tus manos: libre, alojado como un gran señor en una casa que no es la suya y disponiendo de productos caros que están vedados a la mayoría de los madrileños..., como ese café que me ofreciste el otro día.

El comandante Herreros decide sentarse también. Observa a Claudio con mirada de odio. Sin embargo, reconoce que tiene razón. No es normal la situación de Peñalta.

—Está bien —afirma finalmente, entrecruzando los dedos. Claudio sospecha que el comandante en esos momentos desearía tener su cuello entre sus poderosas y sudadas manos para apretarle el gaznate—. Te daré una explicación. Una vez más. Me tienes hartado con tu manía de meter las narices donde no te llaman. Pero tu razonamiento es lógico y aplastante. Aunque, como las otras veces, no podré entrar en detalles porque se trata de cuestiones secretas. Ultrasecretas.

—Te escucho.

—Detuvimos a Peñalta gracias a una delación que no viene al caso. Supimos dónde estaba y lo detuvimos. Peñalta era el jefe de una centuria de la Quinta Columna, falangistas en su mayoría, dedicados al boicot de las comunicaciones y a marcar los objetivos de los bombardeos de los Junkers. Tenía comunicación directa con el Cuartel General de Franco en Burgos a

través de una emisora de radio...

—¿Tenía una emisora en casa de Lourdes?

—Sí. La incautamos junto con las claves que usaba, alguna propaganda, planos de Madrid con lugares estratégicos marcados y varias armas. Peñalta no salía de la casa. Pero la chica, sí. Recopilaba información, ya te dije, sobre situación de polvorines, baterías antiaéreas, cuarteles, etcétera. Era el enlace de Peñalta y Hurtado. Después el conde informaba a Burgos. Tenía línea directa. Habíamos captado hace tiempo algunas transmisiones, pero nunca localizamos la emisora. Peñalta, además de informar al alto mando fascista, recibía órdenes directas de lo que Hurtado debía decir en sus fanáticas emisiones a los madrileños. Lourdes era el enlace. El correo entre ambos. La emisora de Hurtado podía emitir a la población, pero no le permitía comunicarse vis a vis con los militares rebeldes, al contrario que la de Peñalta, ¿comprendes?

—¿Por qué no le has mandado fusilar?

—Porque ahora trabaja para nosotros. Envía informes falsos. ¿Has visto el bombardeo de hoy? —dice regocijado—. Lo dirigimos nosotros. Les mandamos a Ventas, al cementerio del Este. Andaban buscando una partida recién llegada de tanques rusos oculta en el cementerio. Naturalmente, era falso. Que bombardeen a los muertos, a ellos ya no les importa.

—Sí, ya me di cuenta de dónde fue el bombardeo, aunque no sé lo que dirán los vecinos de Ventas.

—¿Prefieres que bombardeen la Puerta del Sol?

—No. Prefiero que no bombardeen.

—Pues en eso estoy yo; y si lo hacen, que al menos causen el menor daño humano y militar.

—¿He visto que has puesto escolta el conde? —pregunta Claudio.

—Sí. No quiero que le corten el cuello, como sucedió con Hurtado. Su situación es exactamente la misma: dos cobardes que prefirieron traicionar a sus compañeros porque eran demasiado blandos para aguantar un interrogatorio mío.

—Eso parece. Pero Peñalta creo que preguntó por ti al ser detenido.

—Veo que estás muy bien enterado, Ballesteros —dice Herreros, molesto por los detalles que demuestra conocer Claudio.

—Sí. La vieja madre de Lourdes me lo ha contado todo. Al perder a su hija, ha perdido también el miedo a lo que pueda ocurrirle. No teme tus amenazas.

Herreros golpea la mesa con el puño. Enfadado.

—¡Yo no las amenacé! Bastante hice con ordenar su libertad. Solo les advertí de que mantuvieran la boca cerrada. A fin de cuentas, ellas no me eran útiles. Podría haberlas despachado, por traición.

—Eso hiciste con Lourdes poco después.

El comandante se pone en pie y se acerca a Claudio, que permanece sentado. Se inclina y le apunta con el dedo. Como si fuera un arma.

—Murió porque tu amiguita no respetó lo que le pedimos. En lugar de estarse callada se puso en contacto con algunas personas de la Quinta Columna. Las teníamos vigiladas, a ella y a su madre. ¿Crees que me chupo el dedo? Tuvimos que deshacernos de ella de inmediato, lo mismo que de las dos personas con las que se entrevistó. Aunque por esos dos no te has interesado...

—No sé nada de esas muertes.

—Claro que no. Porque los hicimos desaparecer en el frente de la Universitaria. Una bomba desgraciada los dejó reducidos a cenizas —dice con malicia, guiñando un ojo—. No quedó ni rastro de ellos.

—La última vez me dijiste que Lourdes colaboraba solo con Hurtado...

—Con los dos. Era enlace entre ambos. Entre Hurtado y Peñalta. Además de otras funciones. Entonces no mencioné a Peñalta porque no era necesario que tú lo supieras, pero como metes las narices en todos los sitios...

—Demasiado peligrosa entonces para que la dejaras en libertad en el primer momento, ¿no?

—No sé qué pretendes insinuar, Ballesteros. Pero te diré que tienes razón. Sí, señor. Yo la hubiera fusilado inmediatamente, pero era la querida de Peñalta y me pidió por favor que respetara su vida y la de su madre. No me importó hacerlo si con ello ganaba la colaboración del conde.

—Eres un romántico —dice Claudio con sarcasmo.

—Menos coña, Ballesteros. Lo hice por sentido práctico. Peñalta es para nosotros mucho más importante que lo que hubiera sido Hurtado porque habla directamente con los generales franquistas gracias a la emisora. Dice lo que queremos. Eso no tiene precio. Pero la querida del conde era una estúpida que no supo retirarse a tiempo. Hubo que despacharla con urgencia.

—Si la Quinta Columna eliminó a Hurtado por traidor, también sabrá lo de Peñalta, y aunque no puedan matarlo porque está protegido por tus hombres, al menos habrá quedado desenmascarado ante el alto mando

fascista...

—No —afirma tajante Herreros—, porque son dos operaciones diferentes y no hay relación entre ambas.

—No me cuentes cuentos, Herreros —dice Claudio, que piensa que el agente del SIM le toma el pelo—. ¿Cómo justifica el conde el cambio de domicilio? ¿Cómo explicará a sus compinches que se ha mudado de vecindario, que ahora es vecino del Partido Comunista, en un edificio incautado y con protección de milicianos? ¿Me tomas por bobo?

Herreros resopla. Suda. Su enfado se ha ido trocando en desesperación e impaciencia a medida que avanza la conversación. Se carga de paciencia para decir:

—Escucha, Ballesteros. Eres un tipo cargante, que empieza a caerme gordo, pero confío en tu fidelidad a la República, por lo que te propondré un trato. Si me das tu palabra de que dejarás en paz definitivamente a Peñalta y de que no volverás a poner en peligro su actividad te daré los suficientes datos para quitarte esas ideas extrañas de la cabeza.

—Tienes mi palabra —afirma el policía.

—Bien. —El agente se relaja, se arrellana en su sillón y empieza a hablar pausadamente—. Trincamos a Hurtado antes que a Peñalta, en dos operaciones separadas. Hurtado delató a algunos de los suyos para salvar el pellejo, pero no al conde. De hecho, Peñalta siguió operando unos días después de la muerte de Hurtado. En otra investigación detuvimos al conde y lo captamos para que trabajara para nosotros. ¿Preguntas cómo hemos resuelto su cambio de domicilio sin que los quinta columnistas sospechen? Muy sencillo. Le obligamos a hacer llegar un mensaje a un contacto de los quintacolumnistas que debía cambiar de escondite por seguridad. En el fondo ellos desconocen hasta dónde llegó la delación de Hurtado, ninguno de sus conocidos debía sentirse seguro. Huyeron en desbandada en busca de nuevos escondrijos. Alguno ha debido de sudar sangre.

Leocadio Herrero hace una pausa. Se frota las manos con delectación. Goza relatando la hábil maniobra de los servicios secretos que dirige de facto. Disfruta contemplado el rostro de estupor del policía.

—Después de esto —continúa el agente del SIM— no fue difícil hacer comprender a los fascistas emboscados en Madrid que tenían delatores en su seno. Su desconcierto jugó a nuestro favor y no les resultó extraño que Peñalta quisiera limitar el número de personas que conocía su nuevo paradero. Es una pieza importante dentro de la Quinta Columna, pues, que

sepamos, es el único que mantiene contacto directo con el alto mando rebelde, ¿entiendes? —Claudio asiente con poca convicción—. Hasta tal punto limitó ese círculo que solo una persona hace de enlace entre él y el resto de los miembros de la centuria. Y esa persona es un agente nuestro infiltrado. Por tanto, los fascistas de Madrid no saben dónde está escondido, y en Burgos no se han atrevido a preguntárselo por temor a que interceptemos los mensajes.

Herreros se pone en pie con una ancha sonrisa en la boca y se acerca a Claudio.

—¿No te parece genial? —pregunta el agente del SIM, en espera del aplauso del policía.

—La verdad es que parece una jugada maestra —concede Claudio, perplejo.

—Propia del mejor Servicio de Inteligencia del mundo, no te quepa duda. ¿Se disiparon todas tus dudas? —inquire Herreros, palmeando el hombro de Claudio.

—Supongo que sí —replica dubitativo—. Al menos no veo grietas en tu exposición..., por el momento.

Ese último comentario molesta a Herreros. Su gesto, que había llegado a ser bonachón, se enturbia. Sabe que Claudio no le creará nunca ni aunque le avale el mismo jefe del Gobierno.

—Eso es todo lo que te puedo decir —sentencia, regresando a su sillón tras la mesa de despacho—. Ahora espero que cumplas tu palabra y dejes en paz a Peñalta.

—Claro. Pero antes, una cosa más...

—Dime.

—También Lourdes sabía su dirección, al parecer.

Herreros se remueve inquieto. Hace un gesto de desagrado. Extiende las manos en señal de impotencia.

—Ese hombre es un pichabrava. Me dijo que sin la chica no seguiría con el plan, que necesitaba tenerla cerca. De lo contrario, que podía fusilarlo.

—¿Y tú accediste?

—Sí, ¿qué más me daba? La teníamos vigilada de todas formas. Que conociera su domicilio no añadía más riesgo a la operación. Ella sabía que desde la detención trabajaba para nosotros, pero también era consciente de que ir con el cuento a la Quinta Columna era condenarlo a muerte. Bien porque los fascistas acabaran con él o porque lo fusiláramos nosotros si

dejaba de ser útil al quedar al descubierto. Pensé que ella también lo quería y que no sería tan estúpida de ponerse en contacto con sus amigos. Pero lo hizo. Afortunadamente, reaccionamos deprisa.

—Y además de la querida, te exigió café del bueno, ¿no es así?

El comandante empieza a impacientarse. Claudio conoce demasiados detalles del asunto. Y eso le incomoda. Normalmente, es él quien maneja la información mientras los que se sientan al otro lado del escritorio permanecen ignorantes de casi todo.

—Sí. Eso lo sabes porque viste los regalos que llevó a la madre de la chica, ¿verdad? —Claudio asiente con la cabeza—. El muy cabrón. Me dijo que había pasado más de dos años de hambre y privaciones. Que pondría más interés en su trabajo si le daba algunos caprichos...

—Eres una niñera de primera —comenta sonriente y sorprendido el policía.

—Menos coña —responde sombrío el agente del SIM—. A veces hay que hacer de tripas corazón para que todo vaya como la seda. Con un café entre las manos, el conde de Peñalta se relaciona mucho mejor con el alto mando fascista. Está de mejor humor y eso se nota en las comunicaciones. No se puede dejar nada al azar.

—Ya supongo.

—¿Algo más? —El comandante se impacienta—. Tengo trabajo.

—No. Gracias por la explicación.

—Recuerda tu promesa: No molestes a Peñalta. —El dedo de Herreros vuelve a ser fusil apuntando a su cabeza.

Claudio se incorpora. Asiente con la cabeza y se dirige a la puerta. Gira el picaporte lentamente. Se detiene antes de salir.

—Si nadie sabe que está en ese piso de Serrano —dice Claudio apenas volviendo la cabeza hacia Herreros—, ¿qué peligro supone que le visite?

—¡Lárgate! —restalla el agente del SIM.

Claudio obedece. Sale del despacho. Pero un segundo antes de cerrar tras de sí, asoma la cabeza por la puerta.

—Por cierto —pregunta con desenfado—, ¿sabes algo de la muerte de un tal Guadalupe Lastra?

—¡Joder, Ballesteros, eres un pelmazo! —exclama Herreros con desesperación, sin levantar la vista de los papeles en los que trata de concentrarse—. ¿Quién es ese? ¿Otro vecino tuyo fascista que hemos ajusticiado?

—No. Un conservador del Museo del Prado. Asesinado el mismo día en que murió Lourdes Campillo.

—Pues lamento defraudarte pero de ese no sé una palabra. Y ahora, ¿quieres dejarme trabajar en paz?

La sensación de Claudio tras la entrevista es que Herreros no ha dicho la verdad. Al menos no ha dicho toda. Está convencido de que Lourdes no estaba metida en esos turbios manejos que le imputa Herreros, y si no acepta esa premisa, no puede aceptar el resto de la historia. Ningún vecino de Hurtado, en su escondite de Bravo Murillo, la vio nunca por allí, y eso es muy difícil si era un correo habitual entre los dos dirigentes de la Quinta Columna. Pero por el momento no tiene razones ni pruebas en las que apoyar sus convicciones.

La lluvia le recibe en el paseo del Prado, al salir del Ministerio de Marina. Alza las solapas de su gabán y se encamina a pasos rápidos hasta el museo. Hará la comprobación que tiene en mente. Al cruzar la plaza de Neptuno siente que alguien le sigue. Se gira. La calle está desierta. Es domingo y demasiado temprano para los madrileños. Están en guerra pero la fiesta hay que respetarla durmiendo lo suficiente. Solo dos personas caminan en su misma dirección por la acera contraria del paseo, empapelado de llamadas a la cultura: «El analfabetismo ciega el espíritu. Soldado instrúyete». Son los carteles más revolucionarios que recuerda Claudio de toda la guerra. Ya se lo decía su padre desde pequeño: «La revolución ha de venir por la cultura, como en Francia, aunque luego llegó Napoleón... Un libro y una bayoneta, esa es la auténtica revolución, hijo. Y aquí no tendremos Napoleones que la revienten».

Amarga es la sonrisa de Claudio al recordar esas palabras. «Pobre viejo, no supo que aquí tenemos a Franco. Esta es tierra de Francos no de Napoleones. De dictadores paletos e incultos.»

Decenas de carteles con el combatiente, casco de acero, ojos vendados ante el libro abierto, ocupan las fachadas del paseo del Prado, al otro lado del museo. Es decorado para los nidos de ametralladoras de los balcones. «Libros y bayonetas. Hasta ahora solo he visto ametralladoras y bayonetas. Y obuses y pajarracos que cagan muerte. Los únicos libros son los que registran los nombres de los muertos.»

En el museo vuelve a mostrar su placa. Cada día hay guardias diferentes. Intercambia algunas palabras con don Luis del Arco, el anciano responsable del Museo. Le confirma el sistema de trabajo que tenía Lastra. El significado de las letras y de los números.

—Tenía plena libertad de decisión para organizar el trabajo como mejor le pareciera.

Además le da un susto:

—Los expedientes que hay abajo, en su archivador, solo son una parte de las colecciones que tenemos. Las que han sido catalogadas y revisadas ya están en otro sótano.

Claudio se despide del viejo temiendo que si no encuentra nada en el archivador de Lastra tendrá que continuar con los otros expedientes. No le ha querido preguntar cuántos más hay para no deprimirse sin necesidad. Supone que si la muerte ha tenido que ver con su trabajo, con los expedientes, lo lógico es que la prueba que busca esté entre los últimos expedientes con los que trabajó, es decir, con los que aún permanecen en el archivador metálico, aunque tal vez eso sea mucho suponer.

Se dirige al lugar donde Lastra fue hallado muerto. No está lejos. En la misma galería donde trabajaba, a pocos metros de su mesa. Allí estaba, tirado en el suelo, entre embalajes y suciedad. Nada ha cambiado en ese lugar. Solo un poco más de polvo. El rastro de su cuerpo arrastrado hasta un rincón sigue allí. Lo mismo que las huellas de botas y zapatos. Algo difuminados los contornos. Entre altos cajones de madera. Apoyados contra la pared a la espera de que la guerra permita de nuevo la contemplación de las obras de arte que contienen. Toma nota de la referencia que figura en una de las viejas cajas de madera: «PART-250736-1/2». Es de una colección temprana. Entró apenas una semana después de comenzar la guerra. El 25 de julio. Pertenece a un particular y fue la primera del día. Un sábado. Además, la fiesta de Santiago Apóstol. Examina los cuadros de alrededor. Son todos de la misma colección. Todos con la misma referencia. Solo varía el último número: «40, 87, 125, 154...». Una colección importante, con muchas piezas.

Claudio se dirige al archivador. Las carpetas están organizadas cronológicamente. La que busca es la primera. «¿Por qué no empecé ayer a revisar por el principio?», se lamenta. Allí está. Amarilla. Voluminosa. Apenas puede sujetar el contenido entre sus finas tapas. La referencia escrita a lápiz rojo, con el estilo inconfundible de Lastra: caracteres agudos, picos

alzados y medio tumbados, curvas escuetas, ahorradas.

Abre la carpeta. Letra grande y gruesa encabezando la primera cuartilla. Lee: «COLECCIÓN HURTADO-MENDOZA». Después, en letra más pequeña, pero también en mayúsculas, una descripción breve del contenido de la colección: «251 LIENZOS, 13 TALLAS EN MADERA POLICROMADA, 6 RELOJES DEL SIGLO XVIII, UNA COLECCIÓN DE PISTOLAS DE ÉPOCA FORMADA POR 48 PIEZAS Y 10 SABLES Y ESPADAS DE DIFERENTES SIGLOS».

Más de sesenta cuartillas para describir las piezas de la colección. En algunas se nota que Lastra disfrutó con su trabajo. Detalla pormenorizadamente las características de la obra, del artista que la pintó, la época, la escuela en que se formó. Incluso, de algunas recoge las vicisitudes por las que pasó a lo largo de su historia: «*Cristo de la calavera* (1436), talla en madera pintada, de JacopodellaQuercia. 125 centímetros de altura. Desaparecida durante casi un siglo tras las guerras napoleónicas. Fue rescatada por la familia Hurtado, que la encontró en 1902 en un almacén de patatas de Vitoria». Viejas fotografías acompañan algunos de los textos. Cédulas de propiedad que acreditan a los Hurtado-Mendoza como dueños de las obras, certificaciones de la República, de la Monarquía.

Claudio no sabe de arte, pero conoce a la familia Hurtado-Mendoza. El último de sus miembros murió degollado en Bravo Murillo, junto a la glorieta de Cuatro Caminos, y él investiga su muerte. Ricardo Hurtado. ¿Es casualidad que el nombre de la familia Hurtado aparezca entre sus manos cuando investiga la muerte de Lastra? Nunca creyó en las coincidencias. Sigue ojeando toda la documentación. Un acta notarial, limpia y bruñida, surge entre los viejos pergaminos, quebradizos y empolvados. ¿Será casualidad también que el notario que certifica la compra de un valioso reloj del siglo XVIII por parte de la familia Hurtado a otro particular sea don Andrés Azcárraga Gallarza, con despacho en la calle Princesa, 35? ¿El mismo cuyos sellos, al parecer, trató de falsificar Trespatas?

Claudio está enormemente excitado por los hallazgos que acaba de hacer. Aparta el acta notarial y sigue revisando con manos inquietas cada uno de los papeles de la carpeta. Halla nuevas certificaciones del mismo notario referentes a diferentes piezas artísticas que el viejo Hurtado, don Anselmo, el padre de Ricardo, compró a lo largo de más de veinte años. Por último, Claudio se tropieza con un testamento. Es el testamento de don Anselmo. Un documento interminable. Lo ojea. Se detallan infinidad de

propiedades. Y a quien deben corresponder a su muerte. Casi todo, a Ricardo Hurtado, el hijo. Aparecen esporádicamente otros nombres. La mayoría desconocidos para Claudio. No hay más Hurtados ni Mendozas que Ricardo. Último descendiente.

Casi al final se mencionan las obras de arte. Sus cuadros, sus relojes, sus tallas de madera. Todos los objetos depositados en el museo y que Lastra ha descrito tan pormenorizadamente en su magnífico informe.

Allí, en letra gótica, con caracteres ligeramente más grandes que el resto del abigarrado texto, subrayado con una fina línea de tinta negra trazada con una cara pluma estilográfica de notario, aparece el nombre del legatario de la colección: don Juan Luis García de la Caña, conde de Peñalta.

—¡Dios mío! —grita Claudio sin poder evitar la exclamación de sorpresa—. Están todos juntos en este informe. Solo faltan Trespatas y Lourdes.

Rectifica: «Quizá Trespatas sí está aquí. O al menos su huella».

Está bien claro el texto. El viejo Hurtado hace constar que a su muerte, toda su colección de pintura, así como sus relojes, las tallas de madera policromada y las armas históricas sean legadas al marqués de Peñalta, «gran protector de las artes». El documento está fechado en Madrid el 23 de enero de 1936.

Claudio recoge todos los documentos en los que aparece la firma del notario y sale apresurado en busca de Del Arco. Necesita su consejo profesional. Sus conocimientos del mundo de la pintura para aclarar algunas cosas.

Lo encuentra en su despacho. Dormitando. Se sobresalta por la irrupción en tromba del policía.

—Joven, acostúmbrese a llamar a la puerta si no quiere que se produzcan más fallecimientos en este museo.

—Disculpe, don Luis, no quería asustarle. Pero necesito preguntarle algo. He descubierto cosas muy extrañas en una de las carpetas en las que trabajaba Lastra.

—¿Alguna prueba?

—No estoy seguro... —duda Claudio aún—. Veamos, ¿qué puede decirme de la familia Hurtado-Mendoza?

—Que están todos muertos —sentencia el viejo—. El último de ellos bien reciente.

—Eso ya lo sé. Me refiero a su colección artística. ¿Qué sabe de ellos,

de su relación con el arte? Dígame todo lo que pueda, por favor.

Luis del Arco adopta una actitud académica. Agradece que le brinden la ocasión de expresar su erudición. Tiene pocas ocasiones para ello últimamente.

—¿Puedo tutearte? —pregunta el anciano—. Me sale muy mal tratar de usted a una persona de tu juventud, aunque seas una autoridad.

—Claro, por favor —admite Claudio.

—Gracias. Pues verás: la colección Hurtado-Mendoza, que está íntegramente recogida en este museo desde el principio de la guerra, es una de las más importantes de España. Probablemente la segunda después de la del Prado. La familia Hurtado, y especialmente don Anselmo, fue siempre muy amante de las artes. Unos mecenas, diría yo. Su inmensa fortuna, cimentada, como bien sabes, en el negocio de los astilleros que posee tanto en España como en México, además de otros intereses por toda América, incluidos los Estados Unidos, le ha permitido ir adquiriendo a lo largo del tiempo numerosas obras de arte a otros particulares hasta convertirse en una de las más importantes del mundo. A la colección familiar de los Hurtado se sumó la de los Mendoza al casarse don Anselmo con la que fue su segunda mujer, doña Adela, única heredera de los Mendoza, que tenía una colección más limitada, pero que incluía algunos goya y velázquez de indudable categoría, naturalmente. Y la tenemos íntegra aquí. Mejor dicho, toda no, porque algunos de estos cuadros fueron evacuados y están actualmente en Ginebra, en la Sociedad de Naciones.

—Valdrá una fortuna esa colección.

—¿Una fortuna? —El viejo Del Arco se admira por el comentario de Claudio—. Hijo, el arte no se mide por su valor crematístico...

—No, pero la familia Hurtado ha tirado de billetera para reunir tantas piezas.

—Eso es verdad. Lamentablemente, el arte se compra y se vende. Como todo.

—¿Cuánto podría costar la colección de los Hurtado? —insiste Claudio.

—¡Buf! —resopla el viejo—. ¡Qué pregunta! Eso es incalculable. Millones de pesetas. ¡Qué digo! Cientos de millones, quizá miles de millones... Depende mucho de los esnobs que haya en las subastas y el dinero que se quieran gastar ¿Por qué te interesa eso ahora?

—En el expediente de la colección he encontrado el testamento de don Anselmo Hurtado, en el que se mencionan todas sus obras de arte.

—Sí, creo que una copia está en esa carpeta.

—¿Una copia? —pregunta Claudio—. ¿Sabe usted si hay más ejemplares en algún lado?

—No estoy muy al tanto de ello, pero creo que el presidente de la Junta Central del Tesoro Artístico, don Timoteo Pérez Rubio, tiene otra. Era muy amigo de Anselmo Hurtado.

—Pero él ha huido.

—¡Pero qué dice, hombre! —se queja el viejo conservador de la visión tan sesgada que tiene el policía de la situación—. Cualquiera que le oiga pensaría que Pérez Rubio ha salido corriendo...

—¿Y no es así?

—Pues no.

—En realidad ha salido volando —dice Claudio, haciendo un gesto con la mano que simula el despegue de un avión.

—¡Que no, hombre, que no! —insiste vehemente el viejo—. Se equivoca usted completamente. Pérez Rubio es un héroe. No un héroe de los que estamos ahítos ya de ver en esta guerra, de héroes que matan. Él está en Ginebra, poniendo a salvo los mejores cuadros del museo. Lo mejor de nuestro patrimonio artístico. Eso sí es una heroicidad. Tanto como reventar un tanque fascista a pecho descubierto. O más.

—¿Por fin salieron de España los cuadros evacuados? —pregunta el policía, interesado por el futuro de los lienzos.

—No sabe usted las peripecias que han pasado para poder salir de España y ser salvados de los bombardeos de Franco: de Madrid a Valencia, de Valencia a Cataluña y de allí a Francia y a Suiza. En la Sociedad de Naciones.

—¿Franco ha bombardeado los cuadros? —pregunta atónito.

—Además, a placer. A pesar de que el Gobierno de la República y un Comité Internacional de Salvamento pidió a Burgos que se abstuviera de bombardear las carreteras fronterizas. Pues no han hecho ni caso. Les da igual el arte... No han ido expresamente contra los camiones que sacaron los cuadros, sino contra la marea de refugiados que escapan de Cataluña, pero para el caso es lo mismo. Aunque, afortunadamente, no ha habido ninguna desgracia...

Del Arco calla un segundo. Reflexiona sobre lo que acaba de decir. Al instante se disculpa:

—Quiero decir que no ha habido desgracias para los cuadros, porque la

tragedia humana que supone el ametrallamiento en las carreteras de la población civil y de los restos de un ejército inerme que huye no tiene justificación. A veces —añade con voz temblorosa—, la presencia constante de la muerte, día a día ante nuestra puerta, nos hace perder la sensibilidad por la vida humana y llegamos a valorarla menos que la integridad de un simple cuadro, que no es más que un objeto inanimado, por muy meritorio que sea.

—Es verdad. Es una más de las perversiones de la guerra —reconoce el policía—. ¿Ya están a salvo entonces todos los cuadros?

—Ahora sí. Pero ha habido momentos en Cataluña que se encontraron almacenados a pocos kilómetros del frente: en el castillo de Peralada, en Figueras y en alguna otra localidad del Ampurdán que fue bombardeada por los fascistas.

—Aquí no hay Napoleones, pero sí generales palurdos.

—¿Cómo dice?

—Nada. Disculpe, pensaba en voz alta sobre algo que me dijo mi padre respecto a la revolución y la cultura.

Del Arco se encoge de hombros. No acaba de entender la cita.

—¿Y estos que quedan aquí, en el museo? —tercia Claudio, quitándose de la cabeza las palabras del viejo anarquista.

—Confiemos en que no les pase nada. Tenemos alrededor de veintisiete mil obras de arte.

—¿Tantas?

—No conocemos el número exacto. Aquí han quedado las obras que no se consideró oportuno evacuar porque no podíamos llevarnos todas, y las que fueron entrando después de noviembre del 36, que son muchísimas más de las que teníamos al principio.

—Veo que con el Museo ha ocurrido como con las personas...

—¿A qué se refiere? —pregunta desconcertado el anciano conservador.

—A que nos hemos quedado en Madrid los menos importantes, los más insignificantes...

—Bueno. Es igual. —Del Arco advierte la amargura que destilan las palabras del policía y recupera su tono paternal—. Nos hemos quedado los mejores. Los más necesarios. No se torture por ello.

—Los más tontos, empiezo a pensar —añade Claudio, con un suspiro que quiere ser de olvido—. No importa. Pero no estamos desviando del tema... ¿Qué sabe del conde de Peñalta?

—Un hombre muy culto. Un sibarita. Exquisito, diría yo, aunque sea noble. Tenía una pequeña colección de pintura que también está aquí recogida. Nada del otro mundo. Una veintena de cuadros mediocres y solo tres buenos. Zurbaranes. Poco más. El conde está en paradero desconocido desde el principio de la guerra.

—No tanto...

—¿Cómo?

—Se sorprendería usted de conocer sus andanzas. ¿Sabe que es el legatario de la colección Hurtado?

—¡No! —exclama sorprendido el viejo.

—Aquí lo pone. —Claudio le larga el documento.

El viejo, incrédulo, se coloca sus viejas gafas. Remendadas mil veces con esparadrapo. Cristales opacos de grasa y trementina. Marcas de dedos. Examina el documento un buen rato.

—¡Pues es verdad! —exclama.

—¿Le extraña?

—¡Qué quieres que te diga! —dice el viejo, quitándose las gafas y devolviéndole a Claudio el testamento—. Me sorprende bastante.

—¿Por qué?

—Bueno, el conde no era santo de la devoción del viejo Hurtado. Eso lo sabíamos todos los que nos movíamos en este mundillo del arte. No se tragaban, no. El conde escribió algunos artículos en prensa contra la familia Hurtado. Les llamó patanes, nuevos ricos... Les acusaba de querer entrar, a golpe de talonario, en un mundo elitista que no les correspondía.

—Entiendo. Un mundo que, según Peñalta, debía estar reservado a la aristocracia, a la flor y nata de este país, a los elegidos por Dios, ¿no?

—Algo así.

—¿Diría usted entonces que este testamento es falso?

—¡No, hijo! ¡Qué voy a decir yo, Dios me libre!

Toma de nuevo el testamento. Se coloca las gafas y lo mira con cuidado durante un par de minutos. Finalmente se lo devuelve y sentencia:

—Yo podría decirte si un cuadro es falso o no, pero sobre testamentos no tengo ni repajolera idea.

—Está bien. Muchas gracias, don Luis, me ha sido usted de mucha ayuda.

—No lo creo, la verdad —dice el conservador, torciendo el gesto.

Duda un instante y a continuación añade, mientras se pone en pie para

despedir a Claudio:

—Pero quizá pueda serte útil todavía. ¿Te gustaría hablar con el director?

—¿Con quién? —pregunta Claudio, desconcertado.

—Con Pérez Rubio, hijo. Aunque esté en Ginebra sigue siendo la persona más importante de este museo. Lo de Pablo Picasso es puramente honorífico.

—¿Es posible hablar con él?

—Posible, pero difícil. Está localizado. Pero cuesta lo suyo hablar con él. Primero hay que establecer comunicación con Ginebra, que es un engorro, y luego hace falta que lo encuentren allí. Está muy liado con los cuadros. Quizá tarde, pero no te preocupes, te lo pondré al teléfono. Aunque no sé cuándo. Te avisaré.

—Se lo agradeceré infinito si me arregla una entrevista con él —dice Claudio, extendiendo la mano para despedirse del viejo.

—Seguro. Él era muy amigo de don Anselmo. Te podrá contar muchas cosas y resolverá todas tus dudas.

Es mediodía. Claudio decide ir a su casa caminando para ver a su madre y a doña Flora. Quiere comprobar que ambas se encuentran bien después de la dura prueba de la mañana. Además, tiene hambre. Las emociones del día le han abierto el apetito y desea comer en casa, aunque el rancho sea más escaso que en la Dirección General. Las mismas lentejas, pero en menor cantidad. Aunque, bien mirado, quizá sea de agradecer.

Siente que acaba de subir un escalón en su investigación. Quizás el primero. Pero desde su nueva altura no ve las cosas con más claridad. Al contrario, todo se le presenta más complejo y confuso. Siente vértigo de las expectativas que se le abren. Mientras camina bajo la suave lluvia, Claudio repasa la nueva situación que tiene ante sí, con una sospechosa relación entre la familia Hurtado y el conde Peñalta. ¿Tiene un móvil para la muerte de Ricardo Hurtado? No está seguro, pues al tratarse de un legado decidido por el viejo, no era precisó matar a Ricardo para que fuese efectivo. Lo extraño de todo esto es que el viejo decidiera dejar su maravillosa colección a un tipo que le había insultado públicamente en la prensa y dejara a su hijo fuera. Claro que Ricardo no quedaría en la calle pues era el heredero de una

inmensa fortuna, aun sin los cuadros. De todas formas, no tiene sentido. Es absurdo ese legado. El policía no encuentra un móvil claro para la extraña muerte de Ricardo, el último de los Hurtado. «¿Fue asesinado por traidor a la Quinta Columna, como defiende Herreros, o para hacer desaparecer al último miembro de la familia? ¿Qué papel juega aquí Peñalta, el aristócrata protegido por el comandante del SIM? ¿Estará Herreros metido en el ajo también?» Claudio aplaza las respuestas a estas preguntas hasta después de la prometida conversación con Pérez Rubio. No quiere arriesgarse a un enfrentamiento con el comandante del SIM, mucho más fuerte que él. Aunque nada le impide lanzar hipótesis.

Alguien lo sigue. Está seguro. Ya tuvo esa sensación cuando salió de su entrevista con el comandante del sim y ahora le ocurre igual mientras atraviesa la glorieta de Atocha. Mira hacia atrás, pero no observa nada de particular. Gente por la calle que desafía al frío y la lluvia. Es domingo y no quieren renunciar a su paseo.

Sigue pensando, mientras baja por Santa María de la Cabeza, que el documento puede ser falso. Ese papel lo cumplió magistralmente Trespatas. Fabricó los tampones del notario, fusilado hace tiempo. Eso está claro. Tiene las pruebas en casa. Gracias al Quemao. Recuerda que tiene que interceder por él. Su ayuda le ha sido muy valiosa. Después de cumplir con su trabajo, por el que le prometieron una gran recompensa, como dijo el Quemao, alguien se libró de Trespatas para que no hablase. Lo degollaron. Igual que a Hurtado. Claudio está convencido de que fue la misma mano la que cometió los dos crímenes, por eso cree firmemente que la muerte del millonario no fue causada por miembros de la Quinta Columna. No fue una venganza por su delación. Seguro. Lo mataron por otro motivo. Lo más probable es que fuera para que no objetara ante dicho legado, seguramente falso. Cada vez está más convencido de que todas las muertes que investiga, incluida la de Lourdes, tienen alguna relación entre sí. Relación con el documento hallado en el museo. «El legado es el nexo de unión de todas esas muertes. Lourdes era amante de Peñalta, y Lastra, el custodio del documento, junto con todo el expediente de la colección. ¿Por qué murió Lourdes? ¿Y Lastra? ¿Estaba el conservador implicado en el fraude y se lo quitaron de encima cuando cumplió su misión, como al Trespatas? La chica fue fusilada por orden del SIM. Por orden de Herreros. Él mismo lo reconoció. ¿Está el comandante relacionado con el legado? Y no hay que olvidar la muerte de Celso Antúnez, el agente del SIM que firmó la

denuncia contra Lourdes y que se suicidó... aparentemente.»

Ya no está seguro de nada. La cabeza de Claudio gira ante estas hipótesis porque ponen en su punto de mira a Peñalta y a Herreros como principales sospechosos. Pero nada puede probar.

En casa, las dos ancianas aparentan entereza. Se alegran de ver a Claudio. También está Carmen. Eso alegra al policía.

—Me han invitado a comer —explica la joven con un guiño.

—Comeremos todos juntos —dice doña Asun, celebrando la coincidencia—. Es domingo.

Carmen y Claudio se miran y sonríen. Su amor se quiere sobreponer a la tragedia. Es domingo. Doña Flora ya está sentada a la mesa. Muy fatigada pero esboza una sonrisa. No quiere ser ella la que estropee la reunión. ¡Tienen tantas cosas en común, tantas cosas compartidas! Doña Asun sirve los platos. Lentejas de Negrín, una vez más. Escasas, minúsculas y negras. «Negrinillas», dice mientras va repartiendo. Carmen ha traído de casa de su madre medio salchichón. Grueso como un brazo. Por ser domingo.

—Regalo del conde —dice doña Flora—. También hay café.

Claudio reprime un gesto de asco al escuchar a la vieja. Siente aversión por todo lo que proceda de Peñalta. Cada vez más. Pero no dice nada. No quiere compartir sus sospechas con nadie. Y menos con la madre de Lourdes, que lo tuvo refugiado. Compartiendo intimidad con su hija. Con la que se entendía. Claudio imagina cómo debió de ser aquella convivencia, con la madre ignorante. Ciega ante lo que ocurría bajo su techo. O quizá se puso una venda para no ver lo que no quería ver.

—Podemos ir al cine esta tarde —sugiere Claudio a Carmen.

—Vale —acepta ella—. Ponen dos películas en el cine Juventud por una peseta.

—Eso, hijos. Disfrutad por ahí, que sois jóvenes y cada día es más difícil encontrar momentos de felicidad —añade doña Asun mientras parte rodajitas de salchichón para todos.

La comida es triste. Los tirabuzones rubios de Lourdes están presentes. Flotan en el comedor.«Cada día es más difícil encontrar momentos de felicidad.» Las palabras de la vieja viuda del anarquista se enredan en el aire con el cabello de la hija-vecina-hermana muerta. Forma una masa invisible

que descansa sobre sus cabezas, como un Pentecostés de dolor que hunde y aplasta sus pensamientos. Nada de lo que puedan decir tiene interés. Nada puede sobrepasar esa malla flotante que los atrapa. Los paraliza. Los agobia. Se sienten estrangulados por los rizos rubios. Ahogados por el propio palpar de sus corazones. Resuenan muy dentro de ellos. «¡Bum, bum!» Claudio mira a Carmen. Ella le está mirando. Quieren acompasar sus latidos al mismo ritmo. El dolor compartido es más ligero. Una lagrimita, menuda, casi avergonzada, rueda por la mejilla de doña Flora. El silencio se hace insoportable. Demasiado pesado. Guedejas de plomo, como de balas, en la mesa camilla del comedor. Las píldoras del doctor Negrín son más indigestas que nunca. Se atraviesan en la garganta.

—No tengo hambre —dice doña Flora.

—Es natural. Yo tampoco —añade su amiga.

Ambas se levantan.

—Échate una siesta, estarás agotada —propone la madre de Claudio.

Doña Flora acepta. Ambas, agarradas del brazo, caminan hacia el dormitorio. Carmen y Claudio se quedan a solas, solo importunados por su silencio y la presencia intangible que se desparrama por la habitación. Envolviéndolo todo con su fina trama, dorada y densa. El policía toma la mano de ella sobre la mesa.

—¿Nos vamos al cine? —propone él.

—Sí. Será lo mejor. Pero espera que antes me arregle un poco — responde ella mientras se levanta para ir al cuarto de baño.

Claudio aprovecha para hablar con doña Flora. Quiere hacerle una pregunta de la que ya sabe la respuesta. Entra en la habitación y encuentra a las ancianas acostadas. Ambas lo miran sin decir palabra. Como dos hermanitas a las que una madre acaba de meter en la cama por la noche.

—Quiero preguntarle una cosa más, doña Flora.

—Dime, hijo.

—El conde de Peñalta, ¿tenía una emisora de radio?

—¿Una emisora? —repite extrañada la mujer.

—Sí, un aparato de esos que sirven para hablar con otros a distancia.

—No... Que yo sepa no.

—Es un aparato grande. Si lo tenía no le pudo pasar desapercibido...

—No, no, hijo. El conde, el pobre, llegó aquí con lo puesto.

—Está bien, gracias, doña Flora. Que descansen —dice Claudio antes de salir y entornar la puerta.

Aún tiene que esperar un rato hasta que aparece Carmen. Pero vale la pena. Su pelo negro suelto sobre los hombros, su sonrisa recién pintada y sus ojos, sobrepuestos al dolor y la fatiga, azoran a Claudio. Ella le toma de la mano.

—¿Vamos? —dice ella. Tímida al sentirse admirada.

El policía obedece sin rechistar. Salen.

—¿Cuál es el cine Juventud? —pregunta él.

—El antiguo Benavente. El que está en la calle Hortaleza.

Claudio asiente con la cabeza al reconocerlo. «Otro que ha cambiado de nombre.» Como muchas calles de Madrid. La instauración de la República acabó con todos los nombres relacionados con la monarquía: Princesa, Alfonso XII, Alfonso XIII, Puente del Rey, Reina Cristina y otras muchas. Afán por ocultar cualquier resto monárquico de la España Republicana. «¿Fue el primer paso de la revolución cultural? Francia decapitó a sus reyes, aquí cambiamos los nombres de las calles. Es más ilustrado.» Pero también los cines y los teatros han cambiado. Aunque la mayoría conserva su viejo nombre, con la guerra, casi todos le han añadido las siglas de algún sindicato. El sindicato que lo incautó y lo gestiona y explota. El sindicato se hace patrón. Empresario. Eslava UGT, «con su exitazo de vodevil», como se anuncia en la cartera madrileña. Rialto CNT. O Actualidades SRI, en sesión continua desde las once de la mañana al servicio del Socorro Rojo Internacional.

—¿Vamos paseando? —sugiere Claudio, que no ha soltado la mano de Carmen.

—Bueno —acepta ella—. Es sesión continua. No hay prisa por llegar.

—Además, seguro que ya las hemos visto veinte veces. ¿Qué ponen?

—No sé. ¿Tienes interés por alguna?

—No. Curiosidad.

Pasean. Atrás queda Floralia. Su primer beso. Su único beso de amor.

—Aún guardo la flor —dice Carmen cuando el arruinado comercio de flores queda atrás.

Claudio esboza una sonrisa. Bien sabe a qué flor se refiere ella. Ambos han retenido la respiración al pasar junto a Floralia. Sus corazones han cabalgado juntos en veloz carrera espoleados por el agrio olor de las flores muertas. ¡Y los han oído! «¡Bum, bum!»

—¿Ah, sí? ¿Dónde la tienes?

Ella abre su bolso. Una gran cesta que es casi macuto militar. Allí

palpita el clavel marchito. Casi descuartizado. Roja negrura de flor muerta. Rígido y quebradizo como la vida. Vivo. Sí, vivo. Animado por el bombeo del deseo: «¡Bum, bum!».

—Aquí están nuestros corazones refugiados, ¿no los oyes?

El policía acerca la cabeza a la flor.

—¿No lo voy a oír? Retumba en mis oídos desde que te conocí. No oigo otra cosa que mi corazón dando botes en mi pecho...

Pasa el brazo por sus hombros. Se acurrucan el uno contra el otro. Caminan despacio. No ven a nadie. Las pava respetan lo que queda del domingo. El día es luminoso, pero frío. Alguien los sigue. Despacio. Sin prisa. Vigilante. Una pistola-ametralladora bajo el gabán disimulada.

La calle Atocha está atestada de gente. «¿Quién dijo que hay una guerra?» Las cafeterías, llenas. El racionamiento no afecta al vino. Vino malo multiplicado con agua. Los taberneros han explicado con vino el milagro de los peces y los panes.

—¡Oiga! ¿Este vino es blanco o tinto?

—Es de Bodegas Transparente ¡No te digo, el otro!

—¡Serás mamón! ¡Si no fuera porque cuesta un triunfo llegar a la barra te iba a dar yo a ti...! ¡Oye, tú!

—¿Es a mí?

—Sí, a ti te digo. Dale un capón al tabernero de mi parte y te invito a un vino.

—¿Qué vino? Si aquí expenden agua bendita requisada en San Ginés.

Ajenos a todo, alcanzan la calle Carretas y la Puerta del Sol. Suben por Montera camino de la Gran Vía y de la calle Hortaleza. El bullicio los absorbe. Madrid disfruta sus últimos días. «¿Últimos días de qué? ¿De vida? ¿De libertad? ¿De guerra? ¿De hambre?» La sombra armada no les pierde de vista. Se abre camino entre la gente. Estira el cuello largo como periscopio. No es difícil seguir a la pareja que pasea confiada.

El tráfico es escaso en Madrid. La Gran Vía es triste remedo de lo que era antes de la guerra. Tranvías, camiones con transportes de tropas que van o vienen del frente de la Casa Campo, coches oficiales. No hay automóviles privados. Todos fueron requisados.

El plato fuerte del cine Juventud es *Clemencia*, un folletín mexicano del 35, del director Chano Urueta.

—La he visto cuatro veces —dice Claudio—. Ha recorrido todos los cines de Madrid. Drama social, problemas de pareja. ¿Tú no la has visto?

—¡Sí! —exclama Carmen con una carcajada sonora—. ¿Queda alguna película en los cines de Madrid que no hayamos visto?

—No. Creo que no —ríe también el policía.

—Si quieres nos vamos a otro lado...

—No, entremos aquí —responde rápido él, sacando su cartera—. ¿Dónde encontrarás uno más barato? Programa doble por una peseta.

—Si es por el precio vamos al Actualidades, es del Socorro Rojo y yo no pago...

—¡Qué cara! ¿y eso? —pregunta extrañado el policía, al tiempo que paga las entradas a la taquillera.

—Soy enfermera. Tengo pase gratis para todo lo que organiza el Socorro Rojo.

—¡Ah! Siendo así, yo tengo pase gratis para todos los cines y teatros de la capital.

—¿Y a santo de qué? —replica ella, divertida.

—Soy policía. Tengo pase para todo lo que quiera. Basta con sacar la placa.

—¡Uy! ¡Eso sí que es cara dura! —grita Carmen mientras toma asiento en la última fila del oscuro patio de butacas.

Una docena de espectadores, que seguramente han visto *Clemencia* tantas veces como ellos, se remueven en sus asientos, molestos por la irrupción, y alguno gira el cuello para comprobar quiénes son los maleducados que llegan alborotando mediada la proyección.

—Pero yo no uso mi placa para colarme cuando voy con mi novia al cine —dice Claudio, ajeno a los que le rodean—. Me parece mucha cara. Me da vergüenza.

El tipo que giró el cuello, un anciano con cara de palo, sentado justo delante de Carmen, no puede morderse la lengua:

—¿Y no le da vergüenza alborotar en el cine, joven? —dice desabrido.

A Claudio le toma desprevenido la recriminación del espectador. Otras personas de alrededor chistan y balancean la cabeza en gestos de desagrado. Tienen razón. No se puede entrar así en el cine, a gritos, como el que va al mercado.

—¡Perdone la chingada, manito! —dice el policía imitando el acento mexicano de los actores de la película.

A Carmen le da un ataque de risa. Sus carcajadas son sonoras y contagiosas. Trata de sofocarlas con las manos en la boca. Pero es peor. Casi

todos ríen ya a su alrededor. Será que también han visto la película tres o cuatro veces y no les importa perderse una escena. Salvo cara de palo, que les lanza la peor de sus miradas.

Claudio toma de la mano a Carmen, que llora de risa. Se levanta y se la lleva al vestíbulo.

—Será mejor salir de aquí. Este señor tiene razón.

—Claro que la tengo —brama de nuevo. Crecido.

Un tipo que se encuentra a dos filas de cara de palo interviene:

—Abuelo, si quiere le cuento la película.

—¡Calla tú también! —dice con mal humor.

Carmen y Claudio salen al vestíbulo. Ella apenas puede hablar, atragantada por las carcajadas. Ojos rojos. De llorar. Pero son otras lágrimas. Diferentes a las que ha vertido durante los últimos meses. Están solos. Únicamente la taquillera hace punto al fondo, junto a la puerta de su pequeño cuartito. Carmen calla de golpe. «¡Cuánto tiempo sin reír así!»

—Gracias —dice finalmente ella.

—¿Por qué me das las gracias? —Claudio sonríe desconcertado. Maravillado por la explosión que ha tenido Carmen.

—Por hacerme reír. Ya no recuerdo cuando fue la última vez que me reí tanto.

—Si ha sido una tontería mujer...

—Quizá. Pero se ve que yo tenía mucha necesidad de reír, tenía las carcajadas acumuladas aquí —se toca la garganta— y estaban esperando la más mínima excusa para salir a borbotones. ¿Te das cuenta? Creo que llevé toda la guerra sin risa. Ahora me doy cuenta de que no me he reído en casi tres años. No he tenido motivos para ello ¡en tres años!

—Siempre hay motivos para reír. Aunque sea de uno mismo. Y si no hay motivo, pues hay que reírse sin motivo. Como tú ahora.

—Ahora sí que había motivo —dice ella a punto de estallar de nuevo—. Has estado muy gracioso y ocurrente con ese señor tan antipático.

—Tenía razón ese hombre. Pero si se riera de sí mismo de vez en cuando, quizá no tuviera tan malas pulgas...

Están tomados de las manos. De pie. En el vestíbulo. Se hace el silencio entre ellos durante unos segundos. Las voces de los actores mexicanos se oyen tras la gruesa cortina, en el patio de butacas.«¡Manito!» La taquillera, parece que no, pero observa la escena, aunque no ha escuchado su conversación. Las taquilleras son como las porteras: vigilan mientras hacen

punto.

—¡Pueden besarse si quieren! —dice desde su puesto de mando—. Yo no miro.

La intervención de la taquillera sorprende a los dos jóvenes, que la miran pasmados sin soltarse las manos.

—Aunque para eso es mejor el patio de butacas. Está más oscuro —añade.

—Gracias por el consejo, señora —añade Claudio—, pero dentro la cosa está que arde.

La taquillera, que no entiende a qué se refiere el policía, esboza una silenciosa sonrisa, partida en dos por sus gafas de vista cansada, equilibradas sobre la punta de la nariz.

—Por cierto —pregunta Claudio—. ¿Cuál es la otra película que ponen?

—¿De verdad os interesa? —replica pícara la taquillera.

Claudio se encoge de hombros.

—¿Volvemos dentro? —pregunta Carmen.

—Como quieras. Me da igual la película. Solo quiero abrazarte y besarte.

Entran de nuevo. Pero se sientan en el otro extremo de la última fila. Lejos de cara de palo, que dormita con la boca abierta.

—Gracias —repite Carmen cuando están acomodados.

—¿Otra vez? —Claudio pasa el brazo por los hombros de ella.

—Sí. Pero esta vez por lo que dijiste antes...

—¿Qué dije?

—Que yo era tu novia.

—¿Y no es verdad?

—Supongo que sí —dice ella, dubitativa.

—Y además quiero ser tu amante.

Carmen no responde. Se limita a besarlo. Un beso tímido al principio. Entrecortado. Largamente esperado. Como la guerra. Y como la guerra, cambia a medida que avanza. Crece. Se hace apasionado. Feroz. Desesperado. Total.

Son más de las nueve de la noche. No han aguantado el soporífero documental sobre las excelencias de la Unión Soviética en el sector

industrial, ni los discursos revolucionarios de los camaradas representantes de los sindicatos del metal de la fría Rusia. Caminan abrazados. En busca de la cama caliente de Carmen en la plaza del Progreso. Novios y amantes. En la Puerta del Sol, un gran coche negro se detiene ante ellos cortándoles el paso en medio de la calzada. Caras de susto. Carmen, que solo tiene ojos para Claudio, da un respingo. FAI-UHP. Cara de granito se asoma por la ventanilla trasera. Va acompañado del comandante Antonio Verardini, su jefe de Estado Mayor.

—¡Hola, Claudio, y compañía!

—Hola, Cipriano —responde el policía, jovial. Le agrada ver a su segundo padre—. Siempre apareces por sorpresa.

—Perdonad el susto que os ha dado Nico —señala al conductor, que no puede evitar la risa—. Se toma las órdenes al pie de la letra. ¿Vais a algún lado? ¿Os puedo llevar?

—No, gracias. Acabamos de salir del cine y daremos un paseo.

—Bien. —La gravedad regresa al rostro difícil de Mera—. Escucha, Claudio: esta noche conecta la radio. No te pierdas el parte de guerra.

—¿Ocurre algo? —pregunta alarmado el policía.

—Tú escúchalo. Es muy complicado para contártelo ahora por la ventanilla del coche, y además, tengo prisa, me esperan en el Ministerio de Hacienda... Pero te adelanto que va en la línea de lo que ya habíamos hablado... Pasadlo bien. —Acompaña sus palabras con un guiño.

Antes de que Claudio pueda decir nada, Mera hace un gesto al conductor para que continúe la marcha. El coche parte veloz con un ruido infernal, como si se fuera a desguazar en medio de la calle.

Claudio queda preocupado. Carmen lo nota en su gesto.

—¿Ocurre algo?

—No estoy seguro —responde el policía, pensativo—, pero creo que se prepara una gorda...

—¿Qué hay más gordo que lo que tenemos ya encima, Claudio?

—Que nos matemos entre nosotros. —Pero lo dice con una sonrisa, tratando de quitar hierro a sus palabras. No desea alarmar más de la cuenta a Carmen.

—En casa tengo radio.

Los amantes yacen sobre la cama revuelta de Carmen. Revolución de amor. Guerra desesperada. Sábanas arrugadas. Desgarradas. Como banderas trizadas en combate. Todo se ha desatado esta noche. Largo tiempo esperado. Larvado durante años. Como la guerra. Aunque ellos no lo sabían. Como la guerra. ¡Cuánto tiempo perdido!

—¡Cuántas noches como esta hemos perdido! —susurra Claudio.

Carmen apoya la cabeza en su pecho. A oscuras. El tictac del reloj invade el dormitorio. Ella suele sacarlo al comedor porque le impide dormir con su machacona y monótona cadencia. Pero hoy no se ha acordado. Tampoco quiere dormir. No tiene tiempo. No hay tiempo para otra cosa que para amar. Lo demás es tiempo perdido.

—Unas cuatro mil. Cuatro mil noches desde que te veía enredar por el paseo del Prado.

—¡Cuatro mil noches! ¡Dios! —exclama Claudio—. Te compensaré de todas y cada una de ellas. Recuperaremos el tiempo perdido.

—¿Me compensarás por todas las noches de los diez o doce últimos años que pasé sin ti?

—¿Quieres que te compense por todas?

—Sí. Por todas.

—¿La primera también, descarada? —dice Claudio, fingiendo sorpresa.

—Bueno, la primera no. A partir de la segunda. No soy una cualquiera que se vaya a la cama la primera noche con un hombre.

Ambos ríen. Luego callan. El silencio también tiene su voz. Se expresa a veces con más claridad que las palabras. Carmen recupera la conversación. Con voz ahogada, desde el fondo de su felicidad recién adquirida.

—Ya me has compensado con creces. Ayer y hoy. Me he desbordado por fin en todos mis sentimientos, que tenía contenidos. Me basta con tenerte aquí, amándome. Es lo único que me importa.

Se besan. Una batalla no es suficiente para saciar el amor aplazado durante tantos años. Hacen falta más. Cuatro mil batallas. O cuatro mil guerras. Guerra y amor. Ambos, fatigosos. Ineludibles. Inacabables. Eternos. La sangre y las lágrimas, expresiones fieras de las guerras, no se agotan.«¿Cuál es la sustancia tangible del amor?»

—Tu cuerpo me sabe a mar —dice Claudio—. Nunca he visto el mar, pero creo que ese sabor lo traemos en la boca al nacer. Dicen que salimos del mar hace millones de años.

—Yo vi el mar una vez. En un pueblo de Málaga. Con mi marido.

—No sabía que estuvieras casada —dice el policía, alarmado por la sombra que se cierne sobre ellos.

—Lo estuve. Soy viuda.

Claudio respira aliviado. Pero se avergüenza de su pensamiento y calla. No dice que da gracias al cielo por la muerte de ese marido desconocido de Carmen.

—Me casé poco antes de empezar la guerra —sigue ella—, y enviudé enseguida.

—Lo siento —miente—. ¿Cómo ocurrió?

—Murió en el asalto al cuartel de la Montaña. Era un electricista de UGT. Uno de los pocos que tenían armas en esas fechas.

—¿Lo amabas?

—Hoy me he dado cuenta de que no. Era muy bueno, pero no lo quería como te quiero a ti. Como siempre te he querido, Claudio. Desde que te vi la primera vez. Esta noche lo he percibido con total claridad.

—Yo también te quiero. Desde siempre. Para siempre.

Se abrazan. La voz contenida. El amor desbocado.

—Yo también estuve en el cuartel de la Montaña —dice Claudio después de unos minutos—. Fue una carnicería. Vivimos en un mundo estúpido. Absurdo.

—Me casé por la Iglesia. Vestida de blanco. En una iglesia de aquí cerca. Lo hice por satisfacer a mi madre, ¿sabes? Aurelio lo aceptó muy bien. No puso pegas. Me dijo que él también quería casarse por la Iglesia. Como Dios manda. A la semana siguiente acudió con otros a la iglesia y la quemó, ¿hay algo más absurdo que eso?

—La pistola que guardas en el bolso, ¿era de tu marido?

Están a oscuras. No se ven. Solo se sienten bajo las sábanas. Pero Claudio se da cuenta de que la pregunta sorprende a Carmen.

—Vi una pistola en el interior de tu bolso esta tarde, cuando sacabas la flor que te regalé —precisa.

—Sí —responde ella tranquila—. Era de él. Me la dieron sus compañeros porque la reclamé para ir al frente, de miliciana. Estuve en Somosierra, ¿sabes? Al regresar me la quedé.

—No te imagino dando tiros...

—Yo tampoco, pero ¡tenía tanta rabia acumulada!

—Te entiendo. Con ese sentimiento acudí yo al cuartel de la Montaña. Mi padre murió asesinado por niños falangistas. Estaba en huelga y le

dispararon en la calle sin mediar palabra. Es un crimen impune que me tortura a veces. Me viene a la mente y es como si alguien metiera su mano en mis entrañas y apretara mi corazón con un puño de hierro.

Claudio se remueve en la cama. Como si no pudiera soportar esa dolorosa idea en la quietud que le proporciona el cuerpo caliente de Carmen. Ella se acomoda de nuevo a la postura del policía, con la cabeza reposando en su pecho acelerado.

—Mi padre, como te dije, murió atropellado por el tren. Después fue mi hermano Juan. Una explosión lo mató cerca del río cuando recogía leña con otros amigos. Tenía entonces la edad de Lourdes. —La voz de Carmen se quiebra y algunas lágrimas ruedan de sus ojos negros hasta el pecho desnudo de su amante—. Solo buscaban leña para vender y ofrecernos una mejor Navidad. Antes de eso cazaba gatos. ¡Cuántos pobres gatos habremos comido en casa!

Claudio acerca su boca al cabello de Carmen. Negro y suave. Olor marino. Le besa la nuca mientras ella se desahoga.

—Después vino lo de Lourdes —solloza—. Todos a los que quiero se van, ¿comprendes?

Al sentir las caricias de su amado en las mejillas, retirando sus lágrimas, ella rectifica:

—Bueno, contigo ha sido al revés. Tú has venido. La muerte de mi hermana te ha traído hasta mí. La vida tiene jugadas extrañas.

—Es cierto. La vida tiene una extraña forma de comportarse con nosotros...

—Prométeme que nunca me abandonarás.

—Nunca te abandonaré. Te lo prometo.

Carmen busca la boca de su amante. La halla. Dulce y salada. El amor sabe a mar. La batalla continúa en la oscuridad de la noche. Bajo las sábanas blancas, los cuerpos blancos se aman. La brisa marina invade la habitación. Reaviva la piel rendida de los amantes. Olas de espuma baten furiosas en el silencio de la habitación.

—Pon la radio —dice Claudio—. Es la hora del parte de guerra.

Carmen se incorpora. La tardía luna ilumina su cuerpo sudado. Gira el interruptor del aparato, sobre el viejo aparador. Un punto de luz verde va

creciendo lentamente, como un lucero en la oscuridad de la noche. La voz de un desconocido invade la estancia de los amantes.

—Aún no ha empezado —confirma Claudio.

Se acurrucan de nuevo en la cama. Solo la voz del locutor les devuelve a la realidad. Como una cadena pesada que los arrastra fuera de su mundo inviolable. Y los saca fuera, a la intemperie del mundo. No. El tiempo no se ha detenido en esa noche mágica de pasión, como ellos quisieran. El tiempo avanza, inexorable. Aunque ahora no tienen la sensación de que es tiempo perdido. Pero la angustia invade lentamente el cuerpo de Carmen. Como un fantasma. Se filtra en su mente a través de las palabras del locutor de Unión Radio.

—Claudio... —dice ella.

—Dime, cariño.

—¿Cuánto durará esto?

—¿A qué te refieres?

—A la guerra. A esta situación tan abominable.

—No creo que quede mucho —dice con esfuerzo el policía.

—La hemos perdido, ¿verdad? —acaricia el pecho de su amante.

—Creo que sí. Hemos perdido. Irremisiblemente.

—¿Qué vamos a hacer entonces, cuando entre Franco en Madrid? —La angustia crece en su garganta.

—No sé. Creo que esa pregunta se la hacen muchos miles de personas...

—Tú debes irte, Claudio. Y yo contigo.

—¿Qué dices, mujer? —replica el policía elevando la voz—. No puedo irme ahora. Creo que estoy a punto de descubrir quién mató a tu hermana y por qué. No me pidas eso.

—¿Qué más da eso ahora! ¿Acaso averiguarlo le devolverá la vida?

Claudio se desconcierta por la actitud de Carmen. Se incorpora hasta sentarse en la cama. Ella sigue tumbada. Apoyada en su vientre. No se atreve a mirarle a la cara. «Estamos en guerra. La guerra está repleta de muertes anónimas, causadas por anónimos asesinos. A quién le importa nada de eso si aún quedan vivos a los que salvar.»

—Pensé que querías saber...

—Ahora solo me interesas tú y nuestro amor —gime desconsolada—. No quiero perderte a ti también cuando acabo de recuperarte.

—No me perderás —trata de tranquilizarla Claudio—. Pero tengo entre manos la resolución de cuatro muertes, ¿sabes? Cuatro personas que han

sido asesinadas estúpidamente por alguien que no puede irse de rositas. Lo tengo al alcance de la mano y si me voy, nadie se ocupará de hacer justicia. Las muertes quedarán impunes, probablemente.

—Te estoy hablando de vivir, Claudio. No de justicia —se lamenta—. Si entran las tropas de Franco quizá te fusilen. ¡Eres policía!

—Sí, soy policía, pero no un criminal —protesta Claudio—. Además, no tengo militancia política.

—Lo sé, pero para ellos todos los policías, todos los combatientes, todos los que han empuñado un arma son *chinos*. Les bastará esa sola excusa para no tener piedad de nadie.

—Ahora no puedo irme. ¡No puedo!

El locutor sigue hablando de las incidencias de guerra, en los diferentes frentes. Cada vez hay menos frente. Cataluña ha caído. ¿Cuánto tardará Madrid? Pero no dice nada de lo que le advirtió Mera. Es casi medianoche.

—Quizá soy egoísta —dice Carmen—. En realidad estoy pensando en mí. No en ti. Porque me moriré si te pierdo. No podría soportarlo.

Claudio la rodea con los brazos. Reflejos de cuerpos desnudos que se abrazan en la oscuridad.

—No puedo irme ahora —dice el policía con voz firme, pero triste—. Tengo obligaciones que cumplir.

—Tu actitud es como empeñarse en zurcir un calcetín en medio de un terremoto —dice Carmen más relajada. Con la tranquilidad de quien sabe que ha hecho todo lo posible por evitar una tragedia y no puede hacer más—. ¿Qué sucederá cuando el cielo se caiga? ¿Qué ocurrirá cuando todo se venga sobre nuestras cabezas?

—¿Cómo te hiciste enfermera? —pregunta Claudio.

—Fue al volver del frente. A las mujeres no nos dejaron estar mucho tiempo allí. —Claudio asiente—. Hice un cursillo del Socorro Rojo Internacional. Era preciso tener el carnet de algún partido o sindicato, o el aval de gente que lo tuviera. No tuve problema. Mi marido tenía muchos amigos que estaban dispuestos a ayudarme.

—Si la vida de un enfermo dependiera de que tú estuvieras al pie de su cama, aun sabiendo que las tropas de Franco iban a entrar en Madrid de un momento a otro y podrían matarte, ¿abandonarías a ese hombre?

Carmen entiende la pregunta. Pero tiene trampa. Porque no están hablando de vivos, sino de muertos.

—No. Me quedaría con él. Trataría de salvarle la vida. Pero...

—¿Harías lo mismo —interrumpe Claudio— aunque estuvieras plenamente segura de que a ese hombre enfermo al que cuidas lo fusilarán los fascistas nada más entrar en el hospital?

—Sí.

—¿Lo salvarías para que lo fusilaran? —insiste él.

—Sí. Sería mi obligación como enfermera y como ser humano. Además nunca tendría la seguridad completa de que fueran a matarlo.

—Entonces entenderás perfectamente por qué no puedo irme. Es mi obligación y mi deber resolver estos casos. Aunque el cielo se caiga...

—Tú hablas de muertos, Claudio, y yo de vivos. Los vivos merecen la pena. Los muertos, desgraciadamente, ya no.

—Te equivocas, Carmen —dice él dulcemente, acariciándole los cabellos y las mejillas, donde aún anidan lágrimas perdidas—. Yo hablo de vivos también. Y muy vivos. De culpables. De unas personas que andan por ahí riéndose de todos nosotros, de unas gentes que han medrado a costa del dolor de todos nosotros, que mientras la mayoría se bate el cobre en las trincheras o en el puesto que cada uno tenga, ellos se dedican a la rapiña. Son como hienas. Mientras nosotros nos agarramos desesperadamente con las dos manos para no caer al precipicio, ellos nos roban la cartera, ¿comprendes?

El cambio de entonación del locutor de Unión Radio atrae la atención de los amantes. Es medianoche. Ambos callan, como si la voz chillona que emana del aparato de luz verde les hubiera exigido silencio. Anuncia la lectura de un manifiesto. Otra voz que no identifican, pero que vibra por la emoción, comienza a arengar:

«Trabajadores españoles, pueblo antifascista: ha llegado el momento en que es necesario proclamar a los cuatro vientos la verdad escueta de la situación en que nos encontramos...»

—¡Malo! —salta Claudio—. Cuando anuncia que es preciso contar la verdad es que la situación es más grave de lo que sospechamos...

—¡Chist...! —interviene Carmen.

«...como españoles y como antifascistas, no podríamos continuar por más tiempo aceptando la imprevisión, carencia de orientaciones, la falta de organización y la absurda inactividad del Gobierno Negrín... Han pasado varias semanas desde que se liquidó con una deserción general la guerra de Cataluña... Mientras el pueblo en armas sacrificaba en las batallas unos cuantos millares de sus mejores hijos, los hombres que se habían constituido

en cabezas visibles de la resistencia abandonaban sus puestos y buscaban en la fuga vergonzante y vergonzosa el camino de salvar sus vidas a costa de su dignidad.»

—Eso lo dice por los *chinos* —apunta Carmen.

—Por todo el Gobierno, creo yo.

«No puede permitirse que, en tanto el pueblo lucha, combate y muere, unos cuantos privilegiados superen su vida en el extranjero», brama en la oscuridad de la alcoba la encendida voz verde de la radio.

«Para borrar tanta vergüenza, para evitar que se produzca la deserción en los momentos verdaderamente graves, es por lo que se constituye el Consejo Nacional de Defensa...»

—¡Joder! —exclama Claudio, excitado por el anuncio—. ¡Esto sí es devolverle la patada en el culo a Negrín!

—¡Pero está hablando de un golpe de Estado, Claudio! —le espeta Carmen, confundida.

—Si acaso un contragolpe —precisa él—. El pucherazo es el que preparaban Negrín y los comunistas para hacerse con todo el poder y dejar al resto del Frente Popular en la puta calle. ¿No lo sabías?

Carmen, desconcertada por las explicaciones de Claudio, opta por atender de nuevo al enardecido orador.

—Calla, a ver qué dice.

«Constitucionalmente, el Gobierno Negrín carecía de base jurídica en la cual apoyar su mandato... Nosotros vinimos para señalar el camino, para evitar el desastre... Aseguramos que no desertaremos... Propugnamos la resistencia para no hundir nuestra causa en el ludibrio y en la vergüenza.»

—Claudio, ¿qué significa *ludibrio*?

—No tengo ni idea. —Se encoge de hombros—. Espera, va a hablar Julián Besteiro...

—Si Besteiro está metido en esto no me parece tan mal —agrega Carmen más tranquila.

Besteiro, con voz trémula, pero vehemente, habla de decir la verdad a los españoles. Por amarga que sea. Habla del desastre de la caída de toda Cataluña en manos de los ejércitos nacionalistas. Habla de falta de legalidad y de falta de legitimidad en el Gobierno. Pero niega el desorden en la España Republicana:

«El Gobierno del doctor Negrín, cuando aún podía considerarse investido de autoridad, declaró el estado de guerra, y hoy, al desmoronarse

las altas jerarquías republicanas, el ejército de la República existe con autoridad indiscutible...»

—No digas más —comenta Claudio—. Ese consejo será militar.

—¿Y qué tiene de extraño? Si hace muchos meses son los militares quienes tienen el poder, de hecho...

—Antes debían haberlo cogido.

Julián Besteiro anuncia que el Consejo de Defensa tiene el apoyo de su partido, el Socialista, de Izquierda Republicana, de los sindicatos y del movimiento libertario. De todos. Todos ellos están representados en el consejo. Salvo el Partido Comunista.

También hablan por los micrófonos de Unión Radio Miguel San Andrés, dirigente de Izquierda Republicana; el coronel Segismundo Casado y Cipriano Mera.

«La derrota sufrida por las armas antifascistas en Cataluña —dice Mera con su voz de piedra— me ha resultado, además de dolorosa, inexplicable, mientras no he tenido el convencimiento de que fue precedida por la traición de unos hombres dispuestos a vender a precio de oro y de orgía la sangre generosa del pueblo español...»

—Otro que tira contra los mismos —exclama Carmen.

«Negrín no tiene más finalidad que la de hacer un alijo con los tesoros nacionales y huir, mientras el pueblo queda maniatado frente al enemigo...»

—Eso va por los cuadros del Museo del Prado que han evacuado a Ginebra —explica el policía.

«A partir de este momento, conciudadanos, España tiene un gobierno y una misión: la paz. Pero la paz honrosa, basada en los postulados de justicia y hermandad...»

—Ya es hora de que alguien hable de paz —dice Carmen.

—Sí, pero será la paz que trae la derrota —añade Claudio con amargura—, aunque creo que vamos a tener una guerra inminente dentro de casa, porque los *chinos* no se conformarán con quedar excluidos del consejo. Es más, la combatirán a muerte porque Negrín es uno más de los suyos.

—¡Menudo ruso está hecho ese!

JORNADA CUARTA



Alberto Santos, edición.

Carlos L. García-Aranda, correcciones, diseño de cubiertas, diseño y maquetación.

Imágica Ediciones, S. L.: Alberto Santos & Carlos L. García-Aranda,
Llorenç Carbonell y Emilio Gonzalo.

Mánager de internet: Rocío Cuervo (albertosantoseditor@gmail.com)

Maquetación de ebook: Rocío Cuervo

Copyright ©2003-2019 Francisco Galván..

Alberto Santos, Editor. Copyright ©2019 Imágica Ediciones, S. L.

1.ª edición en e-book: Agosto, 2019.

Imágica Ediciones, S. L.

Alberto Santos, Editor.

Tlf: 619 94 00 62.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN:

Tienda virtual: <http://www.albertosantoseditor.com>

Email: albertosantoseditor@gmail.com

Blog: albertosantoseditor.blogspot.com

Facebook: <http://www.facebook.com/albertosantoseditor>

JORNADA CUARTA

Lunes, 6 de marzo de 1939.

Claudio despierta sobresaltado. Carmen duerme profundamente a su lado. Agarrada a él. Como si temiera que se le fuera a escapar de entre sus brazos en la fría noche. El tictac impertinente del reloj despertador le anuncia las cinco de la mañana. No entiende cómo se pudo quedar dormido después de escuchar el manifiesto del Consejo Nacional de Defensa. El silencio es absoluto en Madrid. No se escucha ni el más leve paqueo. Nada. Como si no existiera el resto de la humanidad. Solo la respiración suave y acompasada de su amante. Tranquila. Relajada en sus brazos. «¿Por cuánto tiempo?»

La fatiga le venció. La fatiga del amor, que es más agotadora que la de la guerra. Ahora recuerda. Al acabar el mensaje emitido por el consejo, ambos quedaron tumbados sobre la cama. Enlazados. Apretados. Muy juntos. Cada uno con sus propios pensamientos. Cada cual en una esfera diferente. Valorando los hechos. El sueño les venció así. «¿Qué hacer? ¿Cómo actuar?» Claudio recuerda las palabras de Mera de que tendría que elegir de nuevo en qué lado estar.

Decide acudir a la Dirección General. Lo primero es conocer cuál es la situación exacta en Madrid después de la formación del Consejo Nacional de Defensa, y la calle Víctor Hugo es el lugar idóneo. Se ducha aprisa. Agua gélida. Al salir, aterido, Carmen está despierta. Lo mira desde el fondo de las sábanas, hecha un ovillo. El deseo renace de nuevo en su piel. «¿Cómo pude ignorarla durante tantos años?» Ella se levanta y se desliza hacia la ducha. Su cuerpo desnudo le acaricia al cruzarse en la puerta del dormitorio.

—Debo ir a trabajar —susurra—. Tengo turno de veinticuatro horas.

Parece una disculpa.

—Comprendo —dice Claudio mientras con la vista sigue sus movimientos, acelerados por el frío de la oscura madrugada—. Yo me voy también a la Dirección General.

Suena el agua de la ducha, que cae persistente durante varios

minutos.«¿Cómo puede aguantar tanto tiempo, con lo fría que está?» Carmen aparece finalmente frotando su cuerpo con una gastada toalla. Tirita. Su piel húmeda brilla desafiante al frío y al deseo. Claudio casi está vestido ya. Sin decir una palabra, se dirige a ella y la abraza. Los besos ardientes templan el cuerpo de la joven. Él la seca con su toalla. Se dejan caer en la cama de nuevo. No pueden resistirse a la llamada de su amor. Salvaje como la guerra. Urgente. Desesperado. Recuperar el tiempo perdido. Cuatro mil noches.

—He pensado en trasladarme a vivir a casa de mi madre. ¿Se ha quedado tan sola! —dice ella mientras se viste.

—Sí, me parece una decisión razonable.

Carmen corre al cuarto de baño para arreglarse. Poca cosmética. Ojos y labios. Levemente.

—Siento haberte retrasado —miente Claudio.

—No te preocupes. Tengo tiempo de sobra. Me gusta levantarme temprano —dice ella mientras se perfila la boca—. Además, ¿adónde íbamos a ir a las cinco de la mañana? No hay metro ni tranvía.

—Eso es verdad —reconoce Claudio. Pero él prefiere ir andando. Disfrutar de su ciudad amenazada de muerte.

—¿Quieres tomar algo?

—No. Desayunaré en la dirección.

—Mejor porque no creo que tenga mucho para ofrecerte.

Al fin sale Carmen del cuarto de baño. Labios rojos. Uniforme blanco. De nuevo el ángel blanco y negro que le cautivó en el velatorio. Con el realce rojo de su boca, como de herida. Claudio desea besarla, pero se contiene para no arruinar la pequeña obra de arte que ha logrado ella sobre su rostro.

—Estás preciosa. Como una amapola entre los escombros de esta guerra —dice.

—Gracias. Nunca me habían dicho piropos a estas horas de la mañana.

Son las siete. Salen a la calle. Está fría y encharcada de la lluvia nocturna. Caminan del brazo hacia el metro. Sombras y brillos inundan la calle. La plaza del Progreso está desierta. Solo un hombre los sigue. En el andén, algunas personas aguantan pacientes la llegada del convoy. Todos los lunes son iguales. Hasta en la guerra anida el aburrimiento. Lunes malditos. Fatigosos. Guardan silencio hasta que entran en el vagón.

—¿Qué pasará ahora? —pregunta Carmen en un susurro, acercando su

boca roja al oído de Claudio.

—No sé. Trataré de enterarme de algo en la dirección. Aunque no creo que nos espere nada bueno, sinceramente.

Nuevo silencio. El traqueteo del metro arrulla a los pocos viajeros que los acompañan. Lunes de tedio para la mayoría. Transbordo en la Puerta del Sol. Presencia inusual de militares en el interior de la estación. A Claudio no le pasa desapercibido. Ni a Carmen.

—¿Por qué hay tantos soldados aquí? —pregunta ella.

—No te inquietes. Supongo que el coronel Casado quiere cerciorarse de que todo transcurre con normalidad después de la constitución del consejo. Saldré aquí y bajaré andando para ver el panorama.

Carmen parece conforme con la decisión de su amante. Ella tomará el transbordo.

—¿Cuándo te veré? —pregunta Claudio.

—Tengo guardia de veinticuatro horas, ya sabes. Mañana por la mañana, si quieres, en casa de mi madre.

Claudio asiente con la cabeza. Se besan y se separan. El policía admira a Carmen hasta que se pierde a la vuelta de una esquina. Solo entonces sale a la calle. En la Puerta del Sol siempre hay público. Es donde se toma la temperatura de la ciudad. Allí se comenta lo que ocurre. Todo se sabe. Incluso más de lo que sucede. Patrullas militares pasean discretamente y vigilan el Ministerio de Gobernación. Enfila despacio hacia la calle Montera. La esquina con Sol está hundida por los bombardeos de laspavas. Sin embargo, hoy es un día extrañamente tranquilo. No hay sirenas que anuncien bombardeos. El último fue el que les cogió en el cementerio. Pronto se cumplirá una jornada completa sin que los Junkers aparezcan para felicitar a los madrileños. Tampoco se oye el más mínimo rumor de paqueo que anuncie combates en el frente próximo de la Casa de Campo y de la Ciudad Universitaria.

Las fachadas de Montera están empapeladas de carteles viejos de las Juventudes Socialistas. «Toda la juventud unida por España.» Carteles de ayer que parecen ya de otro siglo. De otro tiempo lejano. De cuando había esperanzas de victoria. Llamada a la unidad. Puño rojo en alto, con orla de hierro poderoso que se sobrepone en las trincheras. Juventud enlazada contra el fascismo. Contra la muerte. Hoy el rojo amarillea en las tapias, en las ruinas del centro de la ciudad. Víctima de las dentelladas de los pájaros carniceros. Y el puño alzado es cada día más tímido, menos convincente.

Más temeroso. Frágil. Puño que hoy se lanza contra el hermano.

Claudio sabe que alguien lo sigue. Su sensación de días pasados se ha transformado en certeza. Un portal oscuro bosteza su aburrimiento poco antes de alcanzar la Red de San Luis. Cerca del metro. Empapelado de puños rojos descoloridos. Es uno de los pocos edificios de la calle que aún está indemne de los bombardeos. Penetra en su oscuridad acogedora. Se oculta. Segundos después, una figura dubitativa se recorta en la puerta del portal. Entra a tientas. Desconfiada. La pistola de Claudio lanza un destello mínimo, apenas entrevisto, al salir de su funda en busca de la cabeza del intruso. El cañón, frío y gris como la mañana, se posa en la nuca del desconocido. El tacto de la muerte, agazapada a su espalda, le provoca una sacudida involuntaria.

—¿Por qué me sigues? —pregunta Claudio con voz apagada.

El extraño balbucea. Trata de girarse, pero desiste al notar la presión del metal sobre su codo. Una mano rápida ya le palpa por los costados y descubre su enorme pistola-ametralladora.

—¡Habla, cabrón! —insiste Claudio, retirándole el armatoste del cinturón.

—Tranquilo, chico —dice el tipo, muerto de miedo—. Soy policía como tú.

La revelación sorprende a Claudio. Lo gira, agarrándolo por la pelliza de cuero. La luz de la calle ilumina su rostro. Un desconocido.

—¿Policía? —dice Claudio, desconfiado—. Pues no te conozco.

—Soy del SIM.

—¡Joder! ¿Del SIM? —Nada podía molestar más a Claudio—. Estoy por pegarte cuatro tiros aquí mismo. Como a un perro. ¿Por qué me sigues, mamón?

—No te sigo... —trata de excusarse con balbuceos.

Pero Claudio no está para bromas. Le golpea con el cañón de su pistola en una ceja. Brota la sangre. El asombro se empantana de rojo espeso. El agente del SIM retrocede dos pasos, asustado, hasta que la pared lo detiene.

—¡Déjate de cuentos y dime por qué me sigues! —brama poniendo la pistola en su nariz.

—¡No sé! —gime lastimero—. Solo me dijeron que te siguiera y apuntara todos tus movimientos.

—¿Nada más?

—Solo eso. Mira aquí lo tengo. —Mete despacio la mano en el bolsillo

de la pelliza. Saca un papel. Se lo entrega.

—¡Arrodíllate! —ordena—. Dame también tu cartera. ¡Vamos, rápido!

El agente del SIM obedece. Con una mano trata de tapar la brecha de la ceja, que no para sangrar. Claudio se retira en dirección a la puerta, en busca de luz. Echa un vistazo rápido a las anotaciones. Es cierto. Todo está allí apuntado. Todos sus movimientos. Desde que salió a la calle en compañía de Carmen hasta que enfiló por Montera. Se guarda el papel en el bolsillo. Examina la cartera. Un carnet del SIM con una foto. Evaristo Sánchez. Se guarda la cartera en el bolsillo del abrigo.

Pasos en el corredor. Una mujer, con un capazo bajo el brazo, aparece en la escena. El susto es de muerte.

—¡Señora, regrese a casa y no salga hasta dentro de quince minutos! —ordena Claudio.

La pobre vecina no necesita que se lo expliquen dos veces. Sin abrir la boca regresa sobre sus pasos. Cuando oye el golpe de la puerta al cerrarse tras la mujer, Claudio continúa el interrogatorio:

—Muy bien, Evaristo, ¿quién te ha ordenado que me sigas?

El espía del SIM duda. Pero basta que Claudio tense la mano armada para que se le suelte la lengua.

—El comandante Herreros.

—¡Menudo cabrón! —El rostro de Claudio se ensombrece al comprobar lo que suponía desde el mismo momento en que el extraño confesó su pertenencia al SIM. No. En realidad lo sabía de antes. Desde el momento en que tuvo la sensación de que lo seguían. Supo que era el SIM. Leocadio Herreros. ¿Quién si no?

—¿Qué quiere de mí ese hijo de puta? —Claudio acerca la pistola a la cara de Evaristo. Pone el cañón a dos centímetros de su ojo derecho. El izquierdo está ciego de sangre.

—No sé lo que busca. De veras. Yo solo cumplo órdenes. Luego debía informar personalmente a Herreros de todos tus movimientos. Nada más.

—Seguro que buscabas la ocasión propicia para liquidarme —replica Claudio.

—¡No! ¡Te lo juro! Solo tenía que seguirte. Nada más. Sin intervenir. Si el comandante quisiera matarte hubiera mandado a dos o tres agentes. Es lo habitual. Pero yo estoy solo.

Parece lógico que sea así. Y espera que sea cierto porque no ha tenido la precaución de comprobar si había alguien más. Es lo habitual. Mira de reojo

la puerta. ¿Cuántas veces habrá ordenado Herreros a sus hombres que se libren de alguien? Con Lourdes lo hicieron. Pero no le pegaron dos tiros en plena calle. Se molestaron en llevarla hasta las tapias del cementerio, con otros pobres desgraciados, para simular un ajusticiamiento.

—¿Eras tú el que me seguía ayer?

—No. Yo empecé hoy. Me comunicaron donde pasabas la noche y llegué esta madrugada. Debía seguirte hasta la hora de comer.

—¿Sabes por qué me espía tu comandante Herreros? —pregunta Claudio, cada vez más alterado, más indignado.

Evaristo no responde. Niega con la cabeza. Transpira terror. Contempla la ira que inflama las venas del policía. Teme que en cualquier momento explote su tensión pegándole un tiro en la cara.

—Pues yo te lo voy a explicar. —Agita la pistola ante las narices del prisionero—. ¡Porque es un pedazo de cabrón! Un hijo de la gran puta que está tramando algo sucio, ¿sabes? Y mientras, tú, como un gilipollas, vigilando al policía que trata de evitar que ese mamonazo se salga con la suya. ¿Lo sabías?

—¡Yo...! No sé nada de eso... Yo... —Evaristo balbucea.

No sabe qué hacer ni decir para calmar la creciente excitación de Claudio. Evaristo ya se ve muerto en el portal. Imagina a la vecina, que vuelve a salir de casa. Esta vez, más cauta. Temerosa de lo que pueda hallar en el portal de la finca. Y lo encuentra a él. Boca arriba. Tumbado en un charco de sangre. Con la cabeza reventada. La vecina grita y corre a la calle para avisar a la policía. O quizá no grita, ¿para qué? Está acostumbrada a ver eso y cosas peores. Quizá salte por encima de su cadáver y se preocupe únicamente de ir a la compra. De incorporarse cansinamente a la fila del racionamiento. Ya pierde demasiado tiempo en esperar su turno en la tienda como para denunciar la aparición de un cadáver en el portal. La interrogarán. Tendrá que describir al extraño que vio con la pistola amenazando a la víctima. ¡Eso pueden significar días de interrogatorio! ¿Y quién irá a la compra mientras ella está perdiendo el tiempo en la comisaría o ante el juez? ¡Ni hablar! Ya vendrá otra vecina que descubra el cuerpo de este tipo, que ¡vaya usted a saber quién es! Si no hubieran detenido al portero hace un año, sospechoso de ser fascista, esto no hubiera ocurrido. ¡El pobre don Primitivo! ¿Dónde estará ahora?

—¡Date la vuelta!

La orden de Claudio confirma los funestos pensamientos de Evaristo.

—¿Me vas a matar? —Su voz es temblorosa. Ya no le preocupa la ceja. Deja de sangrar. Adelanta las manos. Quizás es una súplica. Tal vez un intento de plegaria al sentirse ante el último momento de su vida.

—¡Que te des la vuelta, hostia! —grita Claudio, exasperado.

Evaristo obedece. Se gira de rodillas para ofrecerle su espalda. Encoge el cuello. El instinto de supervivencia le dice que si esconde la cabeza no morirá. O no le dolerá. ¡Qué instinto tan estúpido!

Claudio le golpea la cabeza con el cañón de la pistola. Trata de dejarle inconsciente. No quiere que le siga. Pero solo consigue alcanzarle de refilón y amortiguado por el grueso cuello de su pelliza. No para de moverse.

—¡No seas gilipollas! —le grita Claudio, repitiendo un golpe detrás de otro—. ¡Que te terminaré partiendo la cabeza si me lo pones difícil!

Evaristo no oye. Solo trata de cubrirse de la lluvia de golpes que arrecia sobre su cráneo. Se tapa con las manos mejor que un boxeador experimentado. Claudio se cansa de luchar con él. Se detiene. Guarda la pistola. Mira a Evaristo. Arrodillado, encogido. Con las manos cubriéndose la cabeza. No sabe qué ocurre.«¿Por qué ha dejado de golpearme? Ahora sí me pega un tiro.» Gira la cabeza despacio para comprobar qué sucede a su espalda. Claudio aprovecha la ocasión para darle un rodillazo en la nariz. La curiosidad mató al gato. Evaristo se desploma inconsciente con los huesos de la nariz fracturados. El policía se larga. Cinco minutos después, la vecina sale de su casa. Se desliza despacio, en silencio, con la espalda pegada a la pared. Asoma su cara asustada al vestíbulo del portal. Ve a un tipo caído en el suelo. Inerte. Con la cara ensangrentada. «Este pobre hombre es el de antes.» Sin perder el contacto de su espalda con la pared, la mujer sorteando el cuerpo de Evaristo y sale a la calle.«Espero que cuando regrese ya no esté aquí.»

Claudio sube por Montera. Lanza miradas recelosas hacia todos los lados. No se fía de nadie. Todos le parecen sospechosos. Espías de Herreros. El comandante Herreros«¡Qué cabrón!¿Qué estará tramando? Si ordenó que me vigilaran es porque mis pesquisas le molestan. Y si le molestan es que está implicado hasta las cejas en alguna de las muertes que investigo. Quizás en todas. Pero ¿cuál es el móvil de todos estos crímenes? ¿Qué gana con ellos? Evidentemente, tiene relación con el legado del viejo Hurtado. Ya

no me cabe la menor duda de que es completamente falso el documento. Obra de Trespatas. Su obra maestra. Eso me lleva a la conclusión de que Herreros y el conde están de acuerdo ¿Para qué? Para quedarse con la colección de arte del viejo Hurtado. Por eso mataron a Ricardo. Para que no reclamara después. Ese crimen fue el 8 de febrero, cuatro días después de la detención del conde, de Lourdes y de su madre. Luego acabaron con Trespatas. Una vez que había cumplido su función. Sabía demasiado. ¿Por qué asesinaron a Lourdes (porque ya no me cabe la menor duda de que fue un crimen para quitársela de en medio) y a Lastra? La pobre chica quizás averiguó algo al estar tan próxima al conde o tal vez estaba también en el ajo. ¿Y Lastra? ¿Era otro compinche eliminado también para que hubiera menos gente a repartir el botín o quizá descubrió algo?»

Claudio decide acudir al Museo del Prado para preguntar si el conde de Peñalta o Herreros estuvieron allí el día que murió el conservador. Si su hipótesis es cierta, uno de los dos debió ser autor de la muerte. No parece probable que utilizaran a otro asesino a la vista de que no les agradan los cómplices. «Claro que pudo ser Antúnez. Casi lo había olvidado, ¡Qué estúpido soy! Él pudo ser el asesino de Lastra, además de haber preparado el expediente, sin duda falso, que llevó a la detención de Lourdes. Incluso pudo ser también el asesino del joven Hurtado y de Trespatas. Después lo liquidaron de un tiro en la cabeza simulando un suicidio.»

Irá al museo, pero antes buscará en la Dirección General de Seguridad fotos de Antúnez, Herrero y el conde de Peñalta para mostrarlas en el Prado. En la calle Víctor Hugo ha de haber fotos de los tres. Quizás alguno de los vigilantes o empleados los reconozca. El conde es difícil que acudiera al Prado, que se arriesgara a salir a campo abierto. Pero cualquiera de los otros dos pudo entrar en la pinacoteca valiéndose de su pase policial y moverse a sus anchas.

Mientras camina por la Gran Vía, Claudio recuerda la conversación con su compañero Victoriano Cerezo. Le dijo que había retirado su ficha de los archivos para eliminar su rastro. Quizás Herreros ha hecho lo mismo. Le consta que tiene muchos amigos en la policía. Correligionarios. Esta idea le hace a Claudio detenerse en seco. Se gira bruscamente y acelera el paso. Regresará a Sol. En el Ministerio de la Gobernación se encuentran los expedientes de cada uno de ellos. Tanto de los miembros de la policía gubernativa como del SIM. Y allí es más difícil que hayan metido mano.

El gesto de Claudio no pasa desapercibido a una patrulla de soldados que

sube por la Gran Vía.

—¿Has visto a ese? —advierte uno de ellos, que lleva un pañuelo rojinegro al cuello—. Al vernos ha dado media vuelta y huye rápidamente.

—¡Vamos por él! —ordena un cabo.

Cuatro militares armados con fusiles emprenden una corta carrera hasta que alcanzan a Claudio, que camina a grandes zancadas. Con las manos en los bolsillos. Absorto en sus especulaciones. Lo alcanzan en la Red de San Luis, junto al edificio de las Aguas de Carabaña.

—¡Alto, detente! —grita el cabo, colocando su pistola en la nuca del policía.

Claudio se detiene en seco. Sobresaltado. Piensa que los hombres de Herreros le acaban de echar el guante. Y esta vez no se limitarán a tomar nota de sus pasos. Algunas personas que caminan por la calle, al ver el revuelo, se cambian de acera discretamente, sin dejar de contemplar la escena.

—¿Por qué nos rehúyes? —pregunta el cabo, ya frente a Claudio, mientras los otros le colocan el cañón de sus rifles en los riñones.

—¡Yo no os rehúyo! —exclama Claudio, ligeramente aliviado al ver el pañuelo con los colores de la bandera de la CNT que algunos soldados llevan anudado al cuello.

—¿Conque no, eh? —El cabo no da crédito a sus palabras—. A ver, documentación.

Claudio mete su mano en el bolsillo interno de su abrigo para sacar su cartera. Pero un violento aumento de la presión de los fusiles en su cuerpo le hace detener el gesto.

—Será mejor que levantes las manos —le dice alguien a su espalda.

—Soy policía —añade tranquilizador—. Aquí tengo mi cartera. Podéis verlo.

Uno de los soldados mete la mano donde Claudio le señala y saca la cartera. Después le cachea de arriba abajo. Obtiene dos pistolas, una de ellas, ametralladora, en el amplio bolsillo del gabán. Y otra cartera.

—¡Vaya! —exclama el cabo, divertido—. ¿Me dirás quién eres tú de los dos? ¿Claudio Ballesteros, inspector de policía, o Evaristo Sánchez, agente del SIM?

—Soy Ballesteros, ¿acaso no ves la foto? —protesta Claudio más inquieto.

—Veo las dos fotos y no te pareces a ninguno de los dos. —El cabo le

muestra ambos carnets con mucha sorna.

—Soy Ballesteros, lo que ocurre es que esa foto es de antes de raparme la cabeza.

—¡Me da igual! —chilla el cabo—. ¿Por qué coño llevas documentación falsa?

—¡No es documentación falsa! —responde con otro grito Claudio, cada vez más exasperado y nervioso—. Ese carnet es de un agente del SIM que me seguía y al que acabo de quitarme de en medio.

Los soldados rompen en carcajadas por semejante explicación. El cabo, sin embargo, tuerce el gesto. Sospecha que el tipo que tiene enfrente le cuenta un cuento chino. Una nueva presión en la espalda. Es como un resorte que le hace levantar los brazos, que se habían venido abajo lentamente durante el interrogatorio.

—¿De modo que vienes de pegarte con la gente del SIM?

—Uno de sus agentes me seguía desde hace un par de días y le he dado un escarmiento. Le quité la documentación y la artillería.

Los gritos atraen a otros soldados que custodian la sede de Telefónica. Justo enfrente. Entre ellos aparece un comandante.

—¿Qué ocurre aquí? —dice el oficial.

—Hemos atrapado a un espía con documentación falsa, mi comandante —dice el cabo exhibiendo ambas carteras.

El recién llegado se coloca a la altura del detenido para verle la cara. Toma las dos carteras y bufa:

—¡Os habéis equivocado, estúpidos! A este lo conozco yo y es de ley.

—¡Verardini! —exclama Claudio al reconocer al oficial—. ¡Menos mal!

Es el comandante Antonio Verardini. La mano derecha de Cipriano Mera. Le devuelve las dos carteras y le pasa la mano por el hombro.

—Ven, te invito a un café —le dice Verardini.

Uno de los soldados, aún perplejo, le ofrece a Claudio las dos pistolas.

—Eso es, devolvedle sus armas —ordena Verardini aún con tono enojado.

Claudio acepta su pistola reglamentaria pero rechaza la otra.

—La pistola ametralladora os la podéis quedar. Seguro que a vosotros os aprovecha más.

Entran en el vestíbulo de Telefónica. Allí, Verardini ordena a uno de sus hombres que les ponga un par de tazas de café en la oficina del cuerpo guardia.

—¿Tenéis café? —exclama Claudio.

—Tenemos algo, pero está recolado cuarenta veces, ¿te importa?

—¡No! —exclama alegre el policía—. Siempre será mejor que la malta o la achicoria.

«Y que el café-café de Herreros», piensa.

Claudio explica a Verardini la confusión que provocó su detención y le expone someramente la investigación que lleva a cabo, en la que Herreros aparece como sospechoso.

—¡Menuda pieza está hecho ese! —clama Verardini—. Aunque pronto tendrá su merecido. Tanto él como el resto de los comunistas que nos han estado jodiendo desde el principio de la guerra.

El ayudante de Mera explica a Claudio cuál es la situación de Madrid después de la proclamación del Consejo Nacional de Defensa. Y no es halagüeña. De los cuatro cuerpos que componen el Ejército del Centro, los comunistas están al mando de tres, mientras que el cuarto es el de Cipriano Mera. Formado íntegramente por fuerzas de la Confederación del Trabajo.

—Y el inepto del coronel Casado no hizo ninguna gestión previa a la proclamación del consejo para ganarse a estas tropas, con lo que ahora los tenemos enfrente, y muy pronto habrá combates en Madrid. Nos mataremos entre nosotros.

—¡Vaya perspectiva! —se lamenta Claudio.

—Tenemos la ventaja de que nuestra 70.^a Brigada Mixta, que manda el camarada Bernabé López, está dentro de la capital desde anoche y podemos asegurar el control de algunos puntos, como este. Son unos diez mil hombres, aunque los hemos tenido que dispersar por diferentes puntos estratégicos. También estoy reclutando a toda la gente posible en los ateneos libertarios de todos los barrios. Hay que actuar rápido porque los comunistas ya están aquí.

—¿Qué sabéis de su reacción ante la proclamación del consejo?

—Pues que la 42.^a Brigada Mixta del II Cuerpo de Ejército ha ocupado los Nuevos Ministerios y la 8.^a División está ya en Colón y Cibeles, con lo cual tienen tomado el paseo de la Castellana de arriba abajo, incluido Correos, además del Retiro y la plaza de la Independencia —explica Verardini sin ningún asomo de angustia en la voz—. Aparte de eso, la base de tanques de Alcalá de Henares está en pie de guerra y no tardarán en ponerse en camino hacia Madrid, junto con la 300 División de guerrilleros, que, como sabes, está integrada completamente por miembros del partido

comunista.

—La situación es desesperada entonces, ¿no? —resume Claudio.

—Es difícil, pero aún tenemos margen de maniobra. Esperamos la llegada de alguna de nuestras divisiones. La catorce está cerca, en Guadalajara, pero tendrá que superar antes el tapón de Alcalá de Henares. De momento los comunistas parecen desconcertados. Han ocupado algunos puntos pero, afortunadamente, les falta resolución. Están parados.

—¿Qué datos tenéis del frente? —pregunta Claudio, inquieto—, porque mientras nosotros nos disponemos a matarnos aquí, Franco puede dar el asalto definitivo.

Verardini se encoge de hombros. Apura su café y después da una cariñosa palmada en la espalda del policía.

—¿Has oído ruido de combates desde anoche o bombardeos? —pregunta con una sonrisa.

—No.

—Claro, porque Franco se está frotando las manos a la espera de que nos matemos entre nosotros —dice con amargura el comandante anarquista—. No te engañes. Los fascistas tienen la guerra ganada, ¿para qué arriesgarse a un ataque definitivo en el que sin duda perderían muchos hombres? Además, un ataque enemigo podría volver a unirnos con los comunistas para rechazarlo. A fin de cuentas, el verdadero enemigo es el que está a las puertas de Madrid acechando como un lobo hambriento. No. Franco estará tranquilo, contemplando en primera fila cómo nos matamos entre nosotros... Además, ya ha habido algunos contactos para alcanzar un acuerdo de paz, ¿lo sabías?

—Sí, algo he oído.

—Pues eso. En el fondo nuestra pelea interna se plantea entre los que queremos negociar una paz honrosa, una vez que esto está irremisiblemente perdido, y los que tratan de resistir a ultranza, a costa de centenares de nuevas muertes que ya son inútiles.

Claudio no puede oponer argumentos al razonamiento de Verardini. Al razonamiento del Consejo Nacional de Defensa. ¿Para qué resistir más? ¿Para qué sacrificar al pueblo de Madrid? Toda muerte es inútil ya porque no cambiará el curso de la guerra. La República ha perdido. El fascismo se adueña del país. Solo resta buscar una salida honrosa, asegurar la vida de los combatientes. Evitar las represalias de los vencedores.

—¿Conoces el plan comunista de dinamitar Madrid cuando entren las

tropas de Franco? —añade Verardini.

—¡Eso no puede ser verdad! —Claudio se escandaliza de que semejante plan pueda ser cierto.

—Pues lo es. El regimiento del subsuelo, controlado por los comunistas, está preparado para colocar cargas de dinamita en puntos estratégicos del alcantarillado de Madrid. Más de mil toneladas de dinamita. Su plan es reventar Madrid para culpar a Franco, pero eso no lo podemos permitir.

—¡Es absurdo! Nadie en su sano juicio haría algo así.

—Eso es verdad —admite Verardini—. Pero ¿tú crees que Negrín está en sus cabales? Además, los que manejan los hilos de este plan son los agentes de la Unión Soviética. Y a ellos les importa un rábano lo que ocurra con Madrid. Les basta con apuntarse el tanto propagandístico de culpar a Franco de ser el responsable de la destrucción de la capital. ¡La barbarie fascista! Está muy claro.

—Pues yo no lo veo tan claro. —Claudio no acaba de creerse que exista semejante plan.

—Bueno, el caso es que no les vamos a dejar llevarlo a cabo porque les haremos correr hasta Guadalajara, como ya hicimos con los italianos —sentencia Verardini para dar por concluida la conversación—. Tengo mucho que hacer aún. Necesito reclutar más gente.

—Sí, yo también tengo algunos asuntos pendientes...

—¿De esa investigación de que me has hablado?

—Sí. Creo que estoy a punto de cerrarla —admite con una sonrisa de satisfacción.

El comandante hace un gesto de extrañeza con las cejas. Tiende la mano al policía para despedirse y añade:

—¿Merece la pena en las circunstancias actuales seguir con esa investigación?

—Claro. Es mi obligación. Lo mismo que la tuya es meter en cintura a los comunistas.

—Es posible que tengas razón —Verardini duda—, pero si vas a andar por ahí, ten cuidado porque habrá refriegas. Y, sobre todo, no llesves dos credenciales diferentes. No estaré yo siempre cerca para sacarte las castañas del fuego.

—Tienes razón —reconoce Claudio con una carcajada—, es tan peligroso ir sin papeles como tener exceso de documentación.

El policía saca de su bolsillo la cartera del agente del SIM y la coloca

encima de la mesa.

—Quédatela —dice—, quizá puedas sacarle algún provecho.

Verardini examina el contenido de la cartera. Poca cosa. El carnet del SIM, algunos papeles con notas ilegibles, varias fotos familiares y tres pesetas. Toma el dinero y arroja el resto a una papelera.

—¿Los quieres? —Le ofrece los billetes.

—No. Empléalos tú en algo de provecho.

—De acuerdo. Eso haré.

Claudio no tiene más contratiempos camino del Ministerio de la Gobernación. Ha regresado por Montera, pero Evaristo Sánchez ya no estaba tirado en aquel portal. En el ministerio tiene conocidos y no le resulta difícil obtener las fotografías que pide. También la de Antúnez. Quizá fue la suya la mano ejecutora de los crímenes. Con las cuatro fotografías en el bolsillo, el policía acude al Museo del Prado. Baja por la carrera de San Jerónimo. La vida transcurre con normalidad. La gente camina por la calle como si no pasara nada. Un lunes más. Quizá más alegre porque no hay bombardeos. Quizá las pavas se han tomado el día libre. Quizás ya no tengan que volver a remontar el vuelo. Quizá no surquen nunca más el cielo de Madrid con su carga de muerte. ¿Sucederá eso algún día? Los madrileños presienten que ese momento está próximo.

Soldados armados están apostados junto al Palacio del Congreso, y también un poco más abajo, en Neptuno. Llevan pañuelos y gorras rojinegras. También bombas de mano al cinto y cananas con munición les cruzan el pecho. Algunas piezas de artillería ligera apuntan hacia Cibeles. En la esquina del Hotel Palace, un oficial le pide la documentación. Se la muestra. El soldado la examina con atención.

—¿Adónde te diriges? —pregunta sin levantar la vista del documento.

—Al Museo del Prado. Tengo una investigación oficial en curso.

—Está bien. Pero te recomiendo que no vayas muy al descubierto. Pégate a los edificios —le aconseja mientras le devuelve la documentación—.

—Cualquiera te puede pegar un tiro.

—Gracias por el aviso.

Claudio atraviesa el paseo del Prado a la carrera. Hay movimientos de tropas al otro lado. Cerca del Hotel Ritz. Son los hombres de Mera.

Armados con ametralladoras. Nervios a flor de piel. Vigilan a los comunistas apostados en el Retiro. Una chispa puede provocar el enfrentamiento.

Al llegar al museo, Claudio muestra las fotografías a todo el mundo. Nadie los conoce. Solo una persona dice reconocer al conde. Pero confiesa que solo lo ha visto en alguna revista frívola de antes de la guerra. Está a punto de desistir cuando se tropieza con Del Arco.

—¡Hombre, no hacía falta tanta prisa! —le dice el viejo conservador.

—¿Prisa? ¿Para qué? —responde Claudio extrañado, mientras estrecha su huesuda mano.

—Para la conferencia que te prometí. ¿No has recibido mi mensaje?

—No. ¿Qué mensaje?

—Acabo de llamarte por teléfono a la Dirección General para decirte que a las tres podrás hablar con Timoteo Pérez Rubio. Te dejé el recado.

—¡Ah! —al fin comprende el policía—. Aún no he pasado por la dirección. He venido directamente aquí después de hacer algunas gestiones.

—Bueno, no importa. El caso es que he conseguido hablar con Ginebra, y Pérez Rubio se pondrá al teléfono a las tres de la tarde en punto. Tenemos que llamarle nosotros. Es más fácil entablar la comunicación que si llama él.

—Muchas gracias. Me servirá para confirmar mis sospechas.

—¿Ya tienes un sospechoso por la muerte de Lastra?

—Sí. De Lastra y de algunas personas más. En realidad vine para mostrar unas fotografías, por si alguien los vio el día en que fue asesinado su compañero.

—¿Y has tenido éxito?

—No. —Claudio chasca la lengua en gesto de frustración—. La verdad es que nadie parece haber visto a los posibles asesinos.

—A ver, enseñame esas fotos —dice Del Arco colocándose sus sucias gafas.

El policía extrae las diminutas fotografías del bolsillo de su abrigo y se las va mostrando de una en una. Del Arco las examina a fondo. Las acerca y las aleja de sus ojos, como si con ello lograra distintas perspectivas de los rostros. Después de verlas todas con detenimiento, se las devuelve.

—Al único que conozco de esos es al conde de Peñalta, y no ha estado por aquí desde que desapareció al empezar la guerra. Lo siento.

—No se preocupe.

—¿Te quedas a comer conmigo? —ofrece Del Arco, tomándolo del brazo.

—No quisiera molestar...

—¡No es molestia, hombre! Al contrario. Comeremos pronto para estar listos para la conferencia. Pero mientras me puedes poner al tanto de tus investigaciones..., siempre que no sean secretas, naturalmente.

—De acuerdo. Acepto esa invitación —afirma Claudio, complacido—. Y, descuide, que a usted creo que puedo contarle todo sin problemas.

—¡Magnífico! —exclama el viejo, contento como un niño—. Vamos a mi despacho. Nos servirán la comida allí y luego llamaremos a Ginebra desde mi teléfono. Estarás más tranquilo.

El policía relata al conservador el avance de sus investigaciones. Sus sospechas. Sus temores. Todo. Sin dejarse nada. Del Arco parece que se implica. Tiene las fotos de los sospechosos de nuevo en la mano. Cada vez que Claudio menciona uno de los nombres, el viejo observa su cara en la pequeña foto. Trata de buscar la verdad en aquellos rostros fríos. Como si pudiera penetrar en sus pensamientos para aclarar los puntos oscuros que le manifiesta el policía. Transcurre más de una hora. Después, Del Arco encarga la comida. Ensalada de tomate y lechuga y potaje de garbanzos con bacalao. El viejo Del Arco no puede con todo.

—Mira que le tengo dicho al cocinero que no me llene tanto el plato..., pero ya ves, parece que vamos a comer por última vez. Sirve raciones de última voluntad de condenado a muerte.

—Sí —reconoce Claudio—, hemos tomado el hábito de comer todo lo que sea posible, para acumular reservas para el día que no tengamos nada.

—Es cierto, pero este cuerpo mío no es un saco sin fondo. —Hace un gesto con una mano para exhibir sus huesos marcados, de carnes ausentes—. Este bacalao me ha dejado como las boas cuando se tragan una vaca.

—El bacalao estaba sensacional —se relame Claudio—. ¿De dónde lo han sacado?

—No tengo ni idea, ni me preocupa lo más mínimo. —Del Arco se pone en pie—. ¿Llamamos a Pérez Rubio?

Claudio mira su reloj de pulsera. Marca las tres menos diez.

—Conviene darse un margen de tiempo para lograr la conferencia —

puntualiza el conservador—, no te creas que es llegar y besar el santo.

Del Arco sale del despacho y con una voz reclama la presencia del camarero para que retire los platos. Enseguida aparece solícito el muchacho con chaquetilla blanca y pajarita negra que sirvió la comida una hora antes. Es canijo. Quizá sea de la edad de Lourdes. Pero el hambre le ha hecho más mella. Flaco. Hasta las pecas de la cara se le ven raquíticas. Los dientes picados avisan de su deterioro físico. Nadie diría que tiene fuerzas en sus delgados brazos para recoger los platos.

Las fotografías están alineadas sobre la mesa, junto a los cubiertos de Del Arco. El chico se demora al recoger la mesa porque observa los rostros de los sospechosos. Ojos es lo único que le sobra al chico. Hundidos. Redondos, como de vaca. Enfermos. Claudio se da cuenta de la atención del mozo mientras Del Arco está ajeno a la escena, reclamando la conferencia.

—¿Conoces a alguno de esos? —pregunta Claudio.

El chico se ruboriza. El rojo tiñe su cara pálida y las pecas amarillean. Le avergüenza que le hayan pillado curioseando donde no le llaman. Baja los ojos y recoge a toda prisa. Claudio insiste.

—Tranquilo, hombre. No te asustes. Dime: ¿has visto por aquí a alguno?

El camarero agradece el tono amigable, casi familiar, de Claudio. Se relaja. Va recuperando su color de cal. Deja la bandeja a un lado y señala una de las fotos.

—A este creo que lo he visto por aquí.

Claudio, visiblemente excitado, toma la foto que señala el chico. Es la del comandante Herreros.

—¿Seguro? —añade—. Mírala de nuevo, por favor, con tranquilidad.

El camarero, apenas un adolescente, se siente intimidado por la agitación de Claudio. No sabe el alcance que puede tener su declaración. Tampoco sabe que está ante un policía, aunque se lo imagina. La duda se apodera de su alma. Tan desnutrida como su cuerpo. Coge la foto entre sus dedos quebradizos. Se rasca la cabeza.

—¿Tienes dudas? —le insta Claudio.

Del Arco, que trajina con el teléfono, interviene casi sin mirar la escena.

—¡Vamos, hombre! Responde a lo que te pregunta el señor. No te comerá.

El camarero aprecia al conservador. Es un viejo afable. Le ha llevado la comida muchas veces. Transmite tranquilidad, pese a su aspecto quebradizo. Tan quebradizo como él mismo. Las palabras de Del Arco le animan y

recupera parte de su firmeza inicial.

—Sí. A este lo he visto por aquí. Sin duda. Tiene una cara... —el chico duda sobre la palabra que debe utilizar; teme ofender al policía— muy particular —termina diciendo.

—¿Recuerdas cuándo lo viste? —insiste Claudio.

—Ya está la conferencia —interrumpe Del Arco.

—¡Un segundo! —suplica Claudio al conservador—. ¿Recuerdas? —insiste al chaval.

El camarero continúa rascándose la cabeza para hacer memoria. Del Arco inicia una charla con su interlocutor al otro lado del teléfono. Con Timoteo Pérez Rubio. Parece que hablan del inventario inconcluso de los cuadros evacuados y de una futura exposición en la Sociedad de Naciones. El chico se toma su tiempo para responder a Claudio.

—A ver —masculla entre dientes—. La última vez que vine yo fue el día...

Del Arco separa el teléfono de su oreja y tapa el micrófono con una mano.

—¡Vamos, hombre! —apremia al policía—, que esto se puede cortar en cualquier momento...

El policía se acerca a Del Arco, pero sus ojos se mantienen fijos en la cara del mozo, perdido en sus cavilaciones. El conservador se despide de su interlocutor y le anuncia que le pone con Claudio Ballesteros, policía. Claudio coge el teléfono. Entonces el chico alegra sus ojos vacunos y estalla:

—¡El jueves! ¡Fue el jueves! Seguro, porque esa noche me puse con fiebre. Por el catarro. Hasta hoy, que he vuelto a trabajar.

—¿A qué hora lo viste? —insiste Claudio, ignorando a Pérez Rubio, que al otro lado del teléfono grita «¡hola, hola! ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?».

Entonces interviene Del Arco. Toma al chico de un brazo y lo arrastra hacia la puerta del despacho.

—Ya le interrogo yo —dice el conservador, haciendo gala de una energía inusitada—. Tú atiende a Pérez Rubio, por favor.

No espera la conformidad del policía. Antes de que pueda protestar están los dos fuera de su vista. Claudio atiende por fin al desconcertado director de la Junta Central del Tesoro Artístico.

—Hola, ¿señor Pérez Rubio?

—Sí, yo soy —responde el otro, aliviado.

—Perdone que le haya hecho esperar...

—No se preocupe. Dígame.

—Quiero que me informe sobre el testamento de Anselmo Hurtado, concretamente sobre el legado de su colección de arte...

—Sí, ¿ocurre algo con el legado? —La voz de Pérez Rubio se oye lejana, aunque clara.

—Verá usted, debido a una investigación policial, lo he hallado aquí, en el museo, en el expediente de la colección...

—Sí, pero es una de las copias —advierte—. El original lo guardo yo. Cuando fusilaron al notario conseguí que uno de sus empleados me entregara el testamento. Menos mal, porque después el despacho, como el resto del edificio, resultó completamente destruido por los bombardeos.

—Ya lo sé, pero quiero que me confirme el contenido.

—¿Cómo dice? Hábleme más alto, por favor.

Se escuchan disparos en la calle. No muy lejos. Al principio son descargas sueltas, como una escaramuza. Luego el fragor crece. Se sostiene intenso durante poco más de un minuto. Semeja un castillo de fuegos artificiales en su plenitud. Al cabo, se va reduciendo paulatinamente. Disparos esporádicos. Hasta hacerse el silencio de nuevo. Claudio, pese a la sorpresa y la alarma que le produce la refriega, mantiene su concentración en la conversación con Pérez Rubio.

—Que me diga su contenido, por favor, el contenido del legado —grita Claudio.

—¿Su contenido? Es muy sencillo. Dice que a su muerte la colección pase a ser propiedad del Museo del Prado y...

El corazón de Claudio se desboca.

—¿Está usted seguro? —pregunta para confirmar que no ha escuchado mal.

—Pues claro. Anselmo Hurtado era gran amigo mío. Redactó el testamento en mi presencia y yo lo firmé como testigo.

—En la copia que hay aquí, el legatario de las obras de arte es el conde de Peñalta.

—¡Qué dice! —exclama escandalizado Pérez Rubio—. ¡No diga tonterías, por favor! Hurtado y Peñalta eran enemigos declarados. No le hubiera dejado la colección al conde ni aunque fuera la última persona sobre la Tierra.

—Sí. Eso ya lo sé, pero no es ninguna tontería. Le puedo asegurar que el

documento que hay en el museo, dentro del expediente de los Hurtado-Mendoza, dice que toda la colección de arte es para Peñalta.

—¡Pues es falso, coño! —exclama alterado.

—Esa sospecha tengo yo.

—Pues no lo sospeche. Delo por cierto. Anselmo firmó ese documento en enero de 1936 en el despacho del notario... ¿Cómo se llamaba?

—Andrés Azcárraga Gallarza —Claudio resuelve la duda de Pérez Rubio.

—Eso es. Azcárraga. Después, al comenzar la guerra, el notario fue fusilado, como le digo, y Anselmo y su esposa fueron detenidos. Traté de interceder por ellos, incluso estuve en la Modelo visitando a Anselmo. Se ratificó en todo lo concerniente al testamento, incluido el legado. Se veía en el final de su vida y me insistió mucho en que yo me preocupara de hacerlo cumplir. Además, me pidió que toda su colección de arte fuera trasladada al Prado para protegerla de los saqueos. Moví todas mis influencias para liberarlos pero no pude hacer nada por ellos. Cuando estaba a punto de conseguirlo, una noche los sacaron y les pegaron dos tiros. Sus cadáveres aparecieron en la carretera del Pardo. Fue horrible. —La voz se le quiebra—. Y muy frustrante. Yo tuve que reconocer los cadáveres a falta de otros familiares.

—¿Y el hijo?

—¿Ricardo? Es un *bon vivant*.

—Era —puntualiza el policía—. ¿Sabe que está muerto?

—No, joder, no lo sabía. Cuando salí de España estaba desaparecido.

—Pues apareció muerto el mes pasado. Degollado en plena calle. Investigo su muerte.

—La verdad es que aunque era un bala perdida no le faltaban ni inteligencia ni recursos. Pensé que estaría ya con los fascistas o escondido en algún lugar de Madrid.

—Parece que estuvo oculto en Madrid durante toda la guerra, alimentando una emisora falangista hasta que alguien lo denunció o lo mató directamente. Creo que por causa de ese legado —apunta Claudio.

—Pero Ricardo no podía hacer nada contra la decisión de su padre. Le sentó mal, me consta, pero no tuvo más remedio que aguantarse.

—Quizá lo mataron porque sabía que el documento del Prado es falso.

—Es posible. Él tenía una copia. Así lo quiso su padre.

El viejo Del Arco regresa al despacho con una amplia sonrisa. Claudio le

observa sin perder una palabra de lo que dice Pérez Rubio. El conservador cierra su puño derecho y dirige el pulgar hacia arriba. Es el signo de que todo ha ido a pedir de boca. Claudio interpreta que el mozo ha dado detalles que confirman que Herreros estuvo en el museo el día que murió Lastra.

—¿Por qué decidió el viejo privar a su hijo de la colección en beneficio del Prado? —pregunta Claudio a su interlocutor en Ginebra.

—Porque no hubiera tardado en venderla toda para convertirla en dinero —afirma con tristeza el director de la junta—. Ricardo gastaba a manos llenas. De todas formas, la herencia que le quedaba era enorme, aunque su padre suponía que acabaría dilapidándola. Eso no podía evitarlo, pero no estaba dispuesto a permitir que acabara con la colección de arte a la que tanto amor... —La voz de Pérez Rubio se interrumpe de golpe. Un clic seguido de molestos y extraños ruidos en el auricular.

Se cortó la conferencia. No importa. Claudio tiene la confirmación de lo que suponía.

—¿Se cortó? —pregunta Del Arco, extrañado por el final abrupto de la conversación.

—Sí, pero me dijo todo lo que necesitaba. El testamento que hay aquí es más falso que Judas. Al menos en lo que se refiere al legado de la colección de arte. El viejo Hurtado, que no confiaba en su hijo Ricardo, legó su colección de pintura al Prado, no al conde de Peñalta, al que odiaba.

—Pues agárrate con lo que me ha dicho Luisito, el camarero: el comandante Herreros estuvo aquí, con Lastra, el día en que lo mataron. Dice que cuando se marchaba por la tarde los vio a ambos hablando. Le llamó la atención una ridícula voz de pito que escuchó al pasar. Entonces se fijó que correspondía a un tipo que charlaba con Lastra, al que ya conocía de otras veces. Ese tipo era, sin ningún género de dudas, Herreros.

—Sí, es inconfundible su voz aflautada. Ya no me cabe la menor duda de quiénes son los culpables y por qué asesinaron —afirma Claudio, frotándose las manos—. Solo quedan detalles menores por esclarecer, como son los papeles que jugaron Lourdes y Lastra, si fueron víctimas inocentes o si estuvieron implicados de alguna manera en el fraude que se pretendía cometer. He de irme.

—¿A dónde vas? —le cierra el paso Del Arco.

—A detener a Herreros y al conde —responde Claudio con naturalidad.

—¡Y un jamón! —exclama el conservador, tomándole por el brazo con decisión—. ¿Has oído los disparos?

—Sí —admite el policía—. ¿A qué se debieron?

—Me han dicho que ha sido un enfrentamiento en Cibeles. Los *chinos* contra las fuerzas del consejo. No puedes salir a cuerpo gentil, chico, y mucho menos para ir a detener a Herreros. Te pegarían un tiro en la cabeza sin pensarlo dos veces.

—Iré a la Dirección General para pedir ayuda.

—Eso es más sensato, aunque no creo que en la Dirección General estén para esas menudencias...

Claudio le lanza una mirada de reproche por el comentario. Pero Del Arco lo ha dicho a propósito. Trata de hacer comprender al policía que ahora, en la calle, se está dilucidando algo mucho más importante que la detención de dos posibles criminales. El conservador se asoma a la ventana y añade:

—¿Quién te asegura que tus compañeros de la Dirección General y los miembros del SIM no están luchando codo con codo contra las tropas del Consejo de Defensa Nacional? Será mejor que no peques de inocente.

—Tiene usted razón —admite Claudio ante el ventanal, junto a Del Arco—, pero no puedo quedarme aquí de brazos cruzados.

—¿Por qué no? Probablemente este sea hoy el lugar más seguro de todo Madrid —dice con cinismo.

Claudio guarda silencio. Absorto ante la ventana que da a la plaza de Neptuno. Cavila lo que debe hacer. Lo que puede hacer. Ahora que sabe quiénes son los asesinos, se le complica su detención. Cree ver, reflejados en la cristalera, las figuras levitantes de las víctimas. Lourdes, Hurtado, Trespatas, Lastra y hasta el propio Antúnez, con su cabeza reventada, le sonrían. Al fondo, en segundo plano, el viejo Ballesteros hace gestos afirmativos con la cabeza desde su desvencijada mecedora. «Te están agradecidos», cree escuchar de la boca sellada de su padre.

—Habrás de tomar partido.

El comentario de Del Arco le saca de sus meditaciones. Los aparecidos se esfuman. Claudio vuelve la cabeza para encarar al conservador.

—¿Cómo dice?

—Que si sales ahí fuera deberás tomar partido por unos o por otros.

—¿Por qué he de hacerlo? —Recuerda que Mera le dijo lo mismo. Se parecen en su integridad moral Mera y Del Arco.

—Porque no habrás dado dos pasos cuanto te tropezarás con patrullas de uno u otro bando. Te obligarán a tomar partido.

Una columna de camiones aparece por el paseo del Prado camino de Neptuno. Al llegar a la plaza, decenas de hombres armados, con pañuelos rojinegros al cuello, saltan de los transportes y toman posiciones en la plaza y en las calles aledañas. Los puestos de ametralladoras instalados en los balcones están mudos. El consejo los controla.

—Son hombres de Mera, probablemente la 70.^a Brigada Mixta —dice Claudio.

—¿Seguro?

—Completamente —subraya el policía mientras levanta de nuevo el teléfono—. Es el momento de salir. Ya he tomado partido —dice mientras trata de establecer comunicación telefónica con la Dirección General.

«De nuevo Mera tenía razón. Siempre hay que tomar partido. Se avanza a golpes. Empujado hacia delante por los acontecimientos. Solo nos queda elegir el túnel oscuro en el que hemos de adentrarnos. En ninguno de ellos se ve la salida. Pero hay que optar. La corriente nos arrastra y es imposible detenerse.»

—Como quieras, hombre —admite Del Arco.

—No hay línea. —Desiste de hacer la llamada.

El policía tiende la mano al viejo conservador para despedirse. Pero este le responde con un fuerte abrazo. Le ha tomado afecto.

—Cuídate y suerte —añade Del Arco—. No quiero que ese pájaro de Peñalta nos levante la colección privada más importante de España.

—No se preocupe por mí.

Claudio abandona el museo por la puerta principal. Se dirige hacia la plaza de Neptuno. Un enjambre de soldados se afana por levantar barricadas. Nadie le presta atención. Se acerca al oficial que coordina los trabajos de fortificación.

—¿Sois de la 70.^a Brigada Mixta?

El oficial se fija por primera vez en él. Le choca que un paisano se entretenga en esas consideraciones.

—Sí —responde—. Y tú, ¿quién eres? ¿Cómo sabes que somos de la setenta?

—Soy Claudio Ballesteros. Esta mañana me tropecé con Verardini en la Telefónica y me dijo que vuestra brigada llegó la primera para contener a los comunistas.

—Los *chinos* están en la Telefónica ya. Han cortado las comunicaciones.

—¿Qué sabes de Verardini y de Cipriano Mera?

—De Verardini no sé nada. Mera está en el Ministerio de Hacienda, con el resto de los miembros del Consejo de Defensa. Están cercados. Esperamos refuerzos de la Catorce División. De momento tratamos de mantener esta posición para que los *chinos* no lleguen a Atocha.

—¿Es posible llegar a Serrano por algún lado? —Claudio piensa en atrapar a Peñalta, seguramente refugiado en su escondite. Y también piensa en Carmen, que puede quedar aislada en el hospital, en Velázquez.

—¡Joder, preguntas más que la policía!

—Es que soy policía —responde Claudio con naturalidad—. Tengo que echar mano a un tipo que está en Serrano, protegido por los comunistas.

El soldado mira con desconfianza a Claudio. ¿Un policía que habla con Verardini y se interesa por Mera? ¿No son todos los policías de filiación comunista? Al menos, la mayoría de los agentes de la Dirección General están ahora al otro lado de la barricada.

—Escucha —le dice el oficial—. Será mejor que te largues porque no tengo tiempo para charlas. Y no intentes pasar hacia Cibeles porque no creo que llegues vivo.

Claudio opta por marcharse de allí. Si sigue el interrogatorio, el oficial es capaz de pegarle un tiro. Tiene malas pulgas. Dará un rodeo atravesando el Retiro. Quizá por allí le sea más fácil llegar a Serrano. A casa del conde de Peñalta. Sabe que ir a buscar al comandante Herreros a la sede del SIM es una locura. Está en plena línea de fuego, entre Neptuno y Cibeles, entre partidarios del Consejo de Defensa Nacional y los *chinos* de Negrín. A la altura del Ritz, un tiroteo le obliga a refugiarse en el hotel-hospital. Disparan desde algunas ventanas. No se sabe quién. Pero los cenetistas que controlan la calle responden abriendo fuego contra las casas que tienen las persianas bajadas. El policía aprovecha para sentarse cómodamente en un sofá del hotel. Recapitula. Ya sabe que el legado es falso y que el comandante Herreros estuvo en el museo el día que mataron a Lastra, incluso habló con él. Pero eso, la verdad, no prueba nada. Son pruebas circunstanciales que no lograrían prosperar en un tribunal, y mucho menos contra alguien con la influencia del agente del SIM. Contra el conde tampoco tiene ninguna prueba. Él aparece como beneficiario del legado, es cierto, pero no existe la más mínima evidencia de que haya tenido que ver en esa falsificación. Incluso puede ignorarlo. Puede ser una trampa para implicarle. ¿Por qué no? Todas las posibilidades caben en este caso. Aunque para acusar a un noble, a estas alturas de la guerra, no es necesario aportar

pruebas de nada. Basta con señalarle con el dedo. Ser noble ya es suficiente delito..., siempre que no esté protegido por Herreros, naturalmente.

Se da cuenta de que en el fondo no tiene nada. Por un momento se dejó llevar por la euforia. La confirmación de la falsedad del documento del viejo Hurtado y la declaración del mozo que vio en el museo al comandante Herreros le llevó a engaño. Son datos importantes. Vitales. Pero insuficientes. Insuficientes al tratarse de la mano derecha de Ángel Pedrero, el jefe del SIM. Está convencido de la culpabilidad de ambos, pero no tiene ninguna prueba contra ellos. Para condenar a un pobre desgraciado habría bastado. No está la justicia para encajes de bolillos. Mata moscas a cañonazos. Pero para ellos dos, no. No es suficiente. Es desesperante. El tiroteo se intensifica en la calle. Suenan armas automáticas.

Decide salir por la puerta de atrás. No quiere perder más tiempo encerrado en el hotel mientras los unos y los otros se matan en la calle en lucha fratricida. Imagina a Herreros y a Peñalta frotándose las manos. Babeando a la espera de hacerse con el botín del viejo millonario. Cientos de miles de millones de pesetas, según Del Arco.

Logra llegar a Atocha pegado a las fachadas de las casas. Algunas veces corre o se agacha o se tira al suelo para evitar los disparos que escucha muy cerca. Piensa que son para él. ¡Los siente tan próximos! Pero no tiene la certeza. No tiene certeza de nada. Eso es lo malo. Lo único cierto es que no puede llegar a Serrano ni a Velázquez. Le preocupa Carmen. Ya le parece que ha pasado demasiado tiempo desde que estuvo con ella.

La huida de los paqueos lo ha llevado hasta el inicio del paseo de las Delicias. Muy cerca de su casa. Lucha con su obsesión. Herreros y Peñalta. Los lleva metidos en la cabeza. «Es como empeñarse en zurcir un calcetín en medio de un terremoto. ¿Qué pasará cuando el cielo se caiga?» Acepta las palabras de Carmen. Se da una tregua. Olvidará por unas horas a sus fantasmas. Cruza a la carrera el paseo. Todavía escucha disparos sueltos, aunque suenan por Atocha. Baja por Santa María de la Cabeza. La avenida está tranquila. «¿Dónde estarán las pavas? ¿Esperan a ver quién gana nuestra estúpida riña? No deja de ser un detalle. Cualquier excusa es buena para que los Junkers alemanes no despeguen de Burgos. Franco estará riendo a carcajadas viendo con sus prismáticos de campaña como sus enemigos se matan entre sí. Aprovecharé para dormir un rato en casa hasta que se resuelva este enfrentamiento. Estoy agotado.»

Doña Flora sigue en su casa. Doña Asun no ha dejado que se marche. No

la ha dejado ni salir a la calle. Es peligroso.

—Por aquí también ha habido enfrentamientos —dice la madre de Claudio a su hijo cuando este la pone al tanto de lo que ocurre.

—Ahora está tranquila la calle —las calma.

—Te prepararé algo de cena, hijo. Debes de estar agotado.

Claudio acepta sin rechistar. La sopa es espesa. Sabrosa y oscura. Las dos ancianas le observan comer complacidas. Lo hace con ansia. Voraz. Está muerto de hambre.

—Hoy está rica la sopa, madre —comenta Claudio—. ¿De qué es? ¿Has conseguido algún hueso por ahí?

—Es de orejas de burro —responde natural doña Asun.

—¿De orejas de burro? —Claudio deja al instante la cuchara en el plato.

—Sí. Esta mañana salí para buscar algo y las vi colgadas en la carnicería. Me costaron un riñón, así que no me vengas con remilgos —dice con desparpajo—. Doña Flora y yo la hemos tomado y aquí estamos. Enteras.

Claudio sonríe a su madre. Sabe los esfuerzos que hace por conseguir algo de comer. La mayoría de las veces pensando en él. Y la mayoría de las veces él no aparece. Come fuera. Cuando ella se lo reprocha cariñosamente, siempre le responde lo mismo: «guárdalo para otro día, así ahorramos». Pero la vieja prefiere tener al hijo en casa. Verle. Saber que sigue vivo. «¡Sí, hombre!, pero si ya tengo la comida preparada y no vienes. Se echa a perder. ¡Como nunca sé si vendrás o no...!» La madre siempre tiene razón, aunque él le discuta sus argumentos entre risas.

—No, si está deliciosa. De verdad —admite Claudio, tomando de nuevo la cuchara—. Ande, póngame otro plato.

JORNADA QUINTA



**LA UNIDAD *del* EJERCITO *del* PUEBLO
SERA EL ARMA DE LA VICTORIA**

JORNADA QUINTA

Martes, 7 de marzo de 1939.

Un grupo de niños con pañuelos rojinegros al cuello llega ante la puerta del museo del Prado. Desfilan marciales, pertrechados con botes de cola, cepillos y grandes carteles. Solo el silencio de la noche los contempla. Se afanan en empapelar la fachada del museo con llamadas a la unidad del ejército: «La unidad del ejército del pueblo será el arma de la Victoria». Poderosos combatientes, de músculos de acero, quedan adosados a la pared del edificio. Armados de banderas rojas y tricolores. Gesto patriótico. Puño en alto. Gritos contra el fascismo. Los niños admiran a sus héroes de papel y lloran. Están tristes. Un convoy de camiones se acerca al museo. Sus faros pintados de rojo, para no advertir de su presencia a la aviación enemiga, iluminan a los infantes empapeladores. Llanto rojo en los ojos. Lágrimas rojinegras de sangre y luto. El comandante Herreros se apea del primer camión. Grita a los niños. Les reprocha su actitud. «El museo es un monumento. No se puede empapelar con porquería.» Los niños bajan los ojos, retiran los carteles y se marchan. Alguien acompaña al comandante del sim. No se le distingue en la noche sin luna. Va embozado. Se cubre la cara con una larga bufanda. Entran en el museo. Decenas de soldados se apean de los camiones. Forman una cadena humana. Docenas de cuadros embalados salen del museo. Pasan de mano en mano. A la velocidad del rayo. Hasta el primer camión. El comandante Herreros dirige la operación entre risas. Todos ríen a carcajadas. Los soldados se divierten con su trabajo. Apenas pesan los enormes cuadros en sus manos. Se deslizan de una a otra como si discurrieran por una cinta sin fin. Hay explosiones. Huele a pólvora y a polvo de edificio derruido. Pero la lucha no afecta a Herreros ni a sus hombres. La caja del camión está llena. El embozado se encarama a la cabina para conducirlo. Se despide del agente del SIM. Al estirar la mano le cae la bufanda. ¡Es el conde de Peñalta! Arranca y se aleja con su preciada carga. Otro camión se adelanta. Los soldados, en cadena humana, lo cargan con obras de arte. Las bombas arrecian sobre el Museo del Prado. Caen

cerca de los camiones. Pero nadie se inmuta. Los soldados ríen más y más con cada explosión. Una ha caído cerca, a pocos metros de la fila.

Un cañonazo le despierta. Es una pesadilla. Se quedó dormido en la vieja mecedora de su padre. El sopor le invadió tras la succulenta sopa de orejas de burro. No pudo evitarlo. Suda. El sueño le ha puesto mal cuerpo. No hay que ser muy inteligente para interpretarlo. Sabe perfectamente lo que significa. No es otra cosa que su subconsciente advirtiéndole de lo que se avecina. Herreros y Peñalta quieren saquear el Prado. Les importa un rábano la lucha interna entre los hermanos antifascistas. «No quiero que ese pájaro de Peñalta nos levante la colección privada más importante de España.» Mira el reloj de pared que brilla en la oscuridad. Las cinco de la mañana. Un nuevo cañonazo resuena en la madrugada. Disparos apagados lo acompañan. Hay combates dentro de Madrid. Y no son los fascistas. «¡Ya se lio la gorda!» Claudio se incorpora con dificultad. Le duele todo el cuerpo. Las dos viejas duermen en la gran cama de doña Asun. Es la primera vez que despierta y su madre no está revoloteando a su alrededor para decirle lo que debe hacer o ponerle el desayuno. Aunque no hay quien desayune a las cinco de la mañana. Además, siente el estómago pesado. «¡Qué indigestas son las orejas de burro!»

Se empapa la cara en el lavabo para despejarse y sale a la calle. Esta desierta. Parece recién regada. Habrá llovido. Camina hacia Atocha. Los cañonazos suenan hacia Sol. Los tiroteos, también lejanos, parece que vienen de todos lados. Es el momento de probar de nuevo si hay paso hacia Cibeles. Duda entre acudir a la sede del SIM, a por Herreros, o a Serrano, en busca del conde. Confía en hacerles saltar. Acosarles hasta que reconozcan sus crímenes. Piensa en Carmen. Está a punto de acabar su turno. Pronto volverá a verla. Eso si los combates no los separan de nuevo. No permitirá que nada vuelva a interponerse entre ellos dos.

Una figura solitaria se recorta al fondo. Sobre la glorieta de Atocha. Camina despacio. Como si no le importara nada el resto del mundo. Ajena a los disparos. Claudio se fija en ella. Es una chica joven. Va mirándose los pies, como si contara cada uno de sus pasos. A punto de cruzarse, ignora la presencia del policía. Absorta en sus pensamientos. Claudio se interpone en su camino. La reconoce. La chica que estaba en el velatorio de Lourdes. La que parece incapaz de cerrar la boca. Enajenada. Anodina.

—¿Adónde vas a estas horas? —pregunta Claudio, tomándola de un brazo.

Ella da un respingo. Lo mira con sus ojos embobados. La boca abierta. Lo reconoce y sonrío.

—A mi casa —responde con naturalidad.

—¿Qué haces en la calle a estas horas? ¿No sabes que es peligroso? —insiste el policía.

—Tenía que salir..., no podía soportarlo más —dice confusa.

—¿A qué te refieres?

—A lo que me dijo Lourdes en el tranvía.

—¿Lourdes? —Claudio la lleva del brazo junto a una de las fachadas que forman la esquina de Santa María de la Cabeza y la Ronda de Atocha—. ¿Qué te dijo?

—Se lo acabo de contar todo a la policía. Creo que la mataron por lo que sabía.

Claudio se altera. Se tensa. Su corazón galopa. «¿Qué dice esta loca? ¿Qué sabe de Lourdes? ¿A quién se lo ha contado?» Aprieta su brazo con fuerza para sacarla del ensimismamiento en que vive sumida.

—Cuéntamelo todo. Yo también soy policía —dice con energía.

—Ella era mi amiga.

—Ya lo sé. ¿Qué te contó Lourdes?

Por primera vez, la chica levanta la vista para fijarse en los ojos de Claudio. Ávidos de saber. El rostro de la joven va transformándose lentamente. De forma casi imperceptible. Los ojos redondos se almendran y humedecen. La mandíbula, colgante, se recoge, se tensa. Sin llegar a cerrarse. Un atisbo de inteligencia brilla en su mirada. Rompe a llorar. Se tapa la cara con las manos. Claudio la abraza. La consuela. Pero insiste.

—Cuéntame.

—Encontré a Lourdes en el tranvía la tarde antes de que se la llevaran.

Parece otra persona. Transformada. Renacida de entre las profundidades de su estupidez. Habla con firmeza. Solo amenazada por el llanto.

—Me dijo que había descubierto algo horrible en la casa en que servía. Que había escuchado una conversación del conde con otra persona. Hablaban de que habían matado a alguien porque había descubierto el fraude...

—¿Qué fraude? —pregunta Claudio, impaciente.

—No sé. No me lo dijo... o no lo recuerdo bien. —La chica rompe a llorar—. Lo apuntó todo —añade entre sollozos.

Claudio la consuela de nuevo. Le ofrece un pañuelo. Está aterida. El

policía echa su abrigo tres cuartos sobre sus hombros y se sientan en el suelo. Ella se asea la cara. Seca sus lágrimas. Recupera su presencia de ánimo. Sonríe.

—Venga —le dice Claudio con amabilidad—, cuéntamelo todo desde el principio.

Ella asiente con la cabeza. Aferrada al pañuelo de Claudio. No lo devuelve. Sabe que aún le quedan muchas lágrimas pendientes.

—Yo venía de casa de mi tía en el tranvía, cuando subió Lourdes en la plaza de la Independencia. Tenía una cara horrible y le pregunte qué le pasaba. Entonces se echó a llorar y me contó que había sorprendido una conversación del conde.

—¿Ella entraba y salía de su casa con libertad?

—Sí, tenía una llave. Esa tarde venía de la compra, con el racionamiento.

—¿El conde tenía cartilla?

—Creo que sí porque Lourdes era la encargada de hacerle la compra.

—¡No se priva de nada! —exclama Claudio.

—Al entrar, oyó voces en el comedor. No le dio importancia porque el conde recibía visitas algunas veces. Pero cuando iba a entrar, escuchó que otra persona decía que había tenido que matar a una mujer porque se enteró del fraude.

—¿Qué fraude? —insiste el policía.

—No sé. Una falsificación, creo. No me dio muchos detalles. Me dijo que había escuchado algunos nombres y que los apuntó todos en un papel, en la cocina.

—¿Te mencionó alguno de esos nombres?

—Sí.

—¿Los recuerdas? —le insta Claudio, alterado—. Es muy importante.

—Uno era el de una mujer a la que habían matado. Una tal Guadalupe.

—¿Guadalupe Lastra? —pregunta el policía, eufórico.

—Puede ser. No recuerdo el apellido.

—Bien. Sigue.

—No me dijo más nombres, aunque ella los apuntó todos en un papel. Me dijo que al escuchar aquella conversación sospechó que el conde estaba metido en la Quinta Columna y que no iban desacertados cuando los detuvieron a todos en casa de Lourdes. Ella estaba muy confusa porque el conde le dijo que había podido demostrar que no era fascista y por eso le

dejaron en paz y le permitieron usar una casa semejante a la suya, que quedó destruida el año pasado en la explosión del polvorín del metro, en la calle Torrijos, ¿recuerdas?

Claudio asiente con la cabeza. ¿Cómo no recordar aquella catástrofe? Un gran tramo de la calle Torrijos se hundió dentro del túnel del metro entre Diego de León y Lista por la explosión de un polvorín instalado en el subterráneo. Era una línea cerrada al tráfico. Murieron decenas de personas. La mayoría mujeres, que eran las encargadas de la munición. Todavía esa calle sigue reventada, y el enorme agujero, abierto. Se pensó en un sabotaje de la Quinta Columna, en enero de 1938, pero no se hallaron indicios de ello. Se concluyó que fue un accidente. Hubo quien declaró que los empleados fumaban junto a los depósitos de pólvora.

—¿Con quién hablaba el conde?

—No lo reconoció, aunque me dijo que tenía una voz ridícula...

—¿Como de pito?

—No sé. Solo me dijo que era ridícula y que cuando elevaba la voz le salían gallos.

—¡Herreros! —exclama Claudio en un grito de victoria.

—¿Lo conoces?

—Creo que sé quién es. Pero sigue. No te detengas.

—Nada más. Entonces notó que el otro se despedía y ella corrió a la cocina para que no la sorprendieran escuchando. Apuntó todos los nombres en un papel, pero no tuvo tiempo, porque enseguida el conde se dio cuenta de que había llegado y se fue a buscarla a la cocina.

—¿El conde se dio cuenta de que había estado escuchando?

—No estaba segura. Me dijo que guardó apresuradamente las notas en una lata de café y trató de disimular diciendo al conde que, como había visto que estaba con visita, les iba a preparar una taza de café.

—¿Se lo creyó Peñalta?

—No sé. Pero Lourdes le notó muy serio y frío. Le dijo que no la necesitaba esa tarde y que se podía ir. Se fue y dejó la nota dentro del bote de café. Ella me dijo llorando que estaba asustada porque el conde la había engañado y que temía que hicieran con ella lo mismo que con la otra, con esa Guadalupe. Esa noche desapareció y la fusilaron. No he podido aguantar más y he ido a la policía para contarle todo. Estoy convencida de que quienes se la llevaron por la noche eran fascistas de la Quinta Columna enviados por el conde y no soldados.

—¿A quién le has contado todo esto?

—Al SIM. Vengo de hablar con ellos. Me han prometido investigarlo.

—¿Al SIM? —grita Claudio—. ¿A quién del SIM?

—No sé cómo se llama. Conté el caso en la puerta y me pasaron con un oficial, en el primer piso.

—¿Cómo era? —pregunta Claudio, temiéndose lo peor.

—Alto, gordito. Como blando. Muy feo, pero muy atento.

—¿Con voz de pito?

La muchacha se queda muda. Mira con ojos desorbitados al policía. Palidece. El embobamiento la domina de nuevo. Han sido unos minutos de lucidez. Pero regresa a su estado natural.

—Yo... no estoy segura. Hablé poco... Quizá sí. Era de voz rara.

—Era el comandante Herreros. El mismo que estaba con el conde cuando los sorprendió Lourdes y seguramente quien ordenó matarla. — Claudio la observa, sumida de nuevo en su estulticia—. Corres peligro. ¿Sabe dónde vives?

—Me pidió que escribiera mi dirección en un papel —añade aterrizada.

—Pues en ese caso no debes volver a tu casa. ¿Con quién vives? — Claudio la zarandea para que no pierda el último atisbo de cordura que parece quedarle.

—Vivo sola. Mis padres han muerto. —Rompe a llorar de nuevo.

—En ese caso no tienes que avisar a nadie —subraya Claudio con cierta dureza—. Escóndete. No regreses a casa.

Ella lo mira con ojos alucinados. No entiende nada de lo que le dice. Las lágrimas y los mocos se le escapan lentamente. Claudio se pone en pie. Ella sigue mirándolo. Inmóvil. Petrificada.

—¿No me oyes? —le grita Claudio—. ¡Levanta del suelo!

La muchacha obedece lentamente. Claudio se desespera. Quiere ir en busca de esa lata de café a casa de Peñalta. Necesita el papel manuscrito de Lourdes. Puede ser la prueba definitiva que le falta para cerrar la investigación. La muerta acusa desde el otro mundo.

—Ve a casa de tu tía. ¿Tienes una tía, no? Eso has dicho antes...

Ella afirma con la cabeza.

—Pero vive muy lejos... —protesta.

—Pues te vas andando, dando un paseíto, pero no se te ocurra regresar a tu casa. Escóndete un par de días y después vas a verme a la Dirección

General de Seguridad. En la calle Víctor Hugo, ¿estamos?

La muchacha anodina, boca abierta, afirma con la cabeza.

—Pues ponte en marcha, venga —la insta Claudio, que ya corre en dirección a Neptuno.

Gira la cabeza y observa como la muchacha, aún con el tres cuartos que le ha prestado, inicia un lento caminar. «Espero que me haga caso. De lo contrario, Herreros la despachara como al resto.» Lourdes le sonríe y flota delante de él mientras recorre el paseo del Prado a la carrera. Teme que los hombres de Mera le vean correr y le disparen, confundiéndolo con un fugitivo. Y los puestos de ametralladoras de los balcones. Pero no hay nadie. Se han marchado todos. Quizá luchan en otro lado. Oye los disparos al llegar a Neptuno. Se detiene jadeante. Empapado. No hay tranvías. Ni metro. Ni un solo automóvil circula por la calle. Llegaré tarde. Herreros no habrá perdido el tiempo. Ya estará en casa del conde. Buscando el papel en la lata de café-café. Lourdes blanca. Levita a su lado. Sonríe. Le sonríe. «Al fin te llegó el mensaje, ¡corre!» Claudio reemprende la carrera. Llegará muerto a Serrano. Al aproximarse a la sede del SIM deja de correr. No desea llamar la atención. Solo un loco se comportaría así. Trata de aparentar normalidad. Pero es imposible. El corazón le retumba en los parietales como un tambor de guerra. Su aspecto es desencajado y suda a mares. Los vigilantes apostados en el Ministerio de Marina, sede del SIM, lo detienen al verlo. Hay una actividad frenética en la puerta. La guardia se ha redoblado y se oyen gritos en el interior. Le piden la documentación. Un cabo la examina con detenimiento. Claudio se impacienta pero disimula.

—¿Por qué corrías? —pregunta el cabo.

—Alguien me disparó. Creo que desde los balcones del otro lado del paseo —contesta sin saber aún a qué facción pertenecen los vigilantes del SIM, aunque supone que estarán con los comunistas, como casi todos.

El soldado, al escuchar esa respuesta, estira el cuello para atisbar en la dirección que traía Claudio.

—No se ve nada —se adelanta Claudio—. Por eso corrí. No sabía exactamente de dónde venían los disparos.

—Es raro porque esta zona ha quedado muy tranquila desde que han llegado los guerrilleros de Alcalá —dice el vigilante, encogiéndose de hombros—. Habrá que hacer una batida.

—Por cierto, ¿el comandante Leocadio Herreros está aquí?

—No. Salió hace un buen rato como alma que lleva el diablo.

La sonrisa alegra la cara aburrida del soldado. Acaba de ganarse su confianza. La alusión al comandante es providencial.

—¿Hacia dónde vas? —pregunta el cabo mientras le devuelve la documentación.

—A casa de un pariente —miente Claudio para no comprometerse—, aquí, en la calle de Alcalá.

—Vale, pero no corras ni hagas movimientos extraños porque te pueden confundir y pegarte un tiro.

La advertencia del soldado le llega a Claudio cuando ya se aleja a grandes zancadas, cuidándose de correr. Al menos hasta perder de vista el edificio del SIM.

Cibeles está tomada. Hay grupos de soldados en todas las esquinas. En el Ministerio de la Guerra, en el Banco de España y en Correos. Tratan de pasar desapercibidos. Pegados a las fachadas. Ocultos tras parapetos. Ni ellos mismos saben a qué bando pertenecen los que están enfrente. Los propios agentes del SIM desconocen de qué lado están. Su director aún no se ha pronunciado, aunque es de filiación comunista. Solo Herreros conoce en qué bando milita. En el suyo. Únicamente.

La confusión es total en Madrid. Hay tanteos entre unos y otros. Tanteos que a veces son a tiros, pero con temor de iniciar algo que no se pueda detener. Claudio no es ajeno a esa situación, pero la ha dejado en un segundo plano. Se pregunta dónde estarán los hombres de la 70.^a Brigada que ocuparon Neptuno, pero no le preocupa la respuesta. Al menos por el momento. Ahora su guía es el rostro iluminado de Lourdes. Blanco como la luna. Luna amortajada con polvos de arroz. Y sonrío.

Ignora a todas las patrullas y sube raudo por Alcalá. En la plaza de la Independencia la situación cambia. Está tomada por el Partido Comunista. Hay barricadas al pie de la Puerta de Alcalá y varias piezas de artillería están cobijadas bajo sus arcadas. Apuntan hacia Cibeles y hacia el Retiro. Serrano es un hervidero. Numerosos camiones con soldados llegan a la sede del partido. Otros parten con hombres armados hasta los dientes. Claudio aprovecha el caos en la calle para colarse en el edificio donde está alojado el conde de Peñalta. El portal está oscuro y vacío. Pega el oído a la puerta de la vivienda. Silencio. Parece deshabitada. No se arriesgará a que le sorprendan llamando ingenuamente al timbre. Se retira un metro y con sus fuertes botas militares patea la puerta para destrozar la cerradura. Bastan dos patadas para desencajarla de sus goznes. Cruje. Estrépito de madera que se quiebra. Una

patada más y cae completamente dentro del vestíbulo. Entra Claudio pistola y linterna en mano. Corre a la cocina. Todo está revuelto. Tirado por el suelo. Pisa diminutas lentejas que crujen bajo sus botas. Lentejas de Negrín. Pisoteadas. «¿Dónde estará Juan Negrín? Seguro que ha volado. Acojonado.» También hay café-café a sus pies. La casa huele a café. Dos latas están aplastadas bajo la mesa. Las lentejas huelen a café. El aroma, tan deseado, lo inunda todo. Herreros se ha adelantado. Ha registrado las latas con furia. Ha arrojado el café al suelo. Dos latas enteras de auténtico café desperdiciadas. ¿Por qué? ¿Por qué ha hecho eso Herreros? ¿Dónde está? ¿Y Peñalta? La respuesta es sencilla: no han encontrado la nota de Lourdes. La blanca luna amortajada brilla en su linterna. Sonríe. ¿Por qué sonríe ahora? Parece tan estúpida como su anodina amiga. «Por cierto, ¿me habrá hecho caso marchándose a casa de su tía?»

La alacena está vacía. No han dejado nada en su lugar. El registro hasido a fondo. Todo tirado por el suelo ¿Dónde están? Un pensamiento penetra como un rayo en la cabeza Claudio. Le sacude. Vértigo.«El conde de Peñalta regaló una lata de café a doña Flora el día del duelo. ¡Dios! ¡Han ido a casa de Lourdes... y de Carmen!»

Claudio sale a la carrera de la vivienda. Ha de llegar a casa de las mujeres cuanto antes. No siente el agotamiento. La excitación le da fuerzas. Pero no llega muy lejos. Una figura enorme, armada con una pistola ametralladora, le detiene justo cuando sale a la calle. El cañón apunta a su cara.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —pregunta una voz meliflua.

Es el comandante Herreros. Un escalofrío recorre la espina dorsal de Claudio. La sangre se agolpa en su cabeza. Siente que se ha terminado todo. El cañón de la pistola está en su barbilla. La presión le hace daño.

—¿No te dije que te largaras cuanto antes? —dice el comandante con su sonrisa de hielo—. ¿No te dije que dejaras esta investigación de mierda? —Va elevando la voz y los gallos se le agolpan en la garganta—. ¡Ahora es tarde, demasiado tarde, para ti!

Claudio no pronuncia una sola palabra. No le queda más que esperar el disparo que le reviente la cabeza. Un rumor, como de tierra sacudida, llega lejano a sus oídos. Herreros calla y presta atención. El murmullo crece y crece en pocos segundos hasta convertirse en un fragor de metal que atruena toda la calle. Las cejas erizadas de Herreros bailan alborozadas coronando sus ojos sanguíneos. La sonrisa le destapa un colmillo negro ante la cara

asustada de Claudio.

—¿Oyes eso? —pregunta haciendo vibrar sus mofletes blandos—. Son los tanques. Vienen de Alcalá de Henares. Ya están aquí. Acabaremos con Casado. Aunque a mí me da lo mismo esta guerra. Y a ti también, porque vas a morir.

—Eres un iluso si crees que te saldrás con la tuya —dice Claudio, girando la cabeza para aflojar la presión de la pistola en su mentón.

—¿Quién me lo impedirá? ¿Tú, acaso? —se burla el comandante, apretando de nuevo el frío metal en su cara.

—Yo, no. El conde. ¿Crees que compartirá contigo la colección de los Hurtado? Eres un ingenuo —subraya Claudio para herir al agente del SIM.

—¡Ja, ja! —rompe en carcajadas—. ¡A Peñalta lo tengo cogido por los cojones!

—Te entregará a los fascistas en cuanto entren en Madrid.

Herreros no para de reírse como un loco, y a cada carcajada presiona más la cara de Claudio con la pistola. Las tropas comunistas se organizan a sus espaldas, entre los tanques que discurren por la calle Serrano y ya bajan por Alcalá camino de Cibeles. Nadie presta atención a la disputa del policía y el agente del SIM. Algunos soldados pasan por la acera, a centímetros de ellos dos. Les rozan, incluso. Pero el uniforme de Herreros les disuade de preguntar qué ocurre. Comienza a alborear.

—Ya he previsto esa posibilidad —dice el agente del SIM, cortando de raíz sus carcajadas—. ¿Me tomas por tonto? Te diré algo que te gustará saber antes de irte al otro mundo, si es que existe. Peñalta mató a Ricardo Hurtado. Yo le obligué. Y Celso Antúnez le tomó fotografías en plena faena. Fotos que yo tengo guardadas, naturalmente. No me denunciará. Al contrario, substará la mitad de los cuadros y después me ingresará el dinero en una cuenta en Nueva York. Yo estaré en México para entonces. Me iré muy pronto. Cuando se resuelva esta crisis inesperada.

—¿Tú mataste a Antúnez y a Lourdes Campillo? —pregunta Claudio.

—Sí. Antúnez sabía demasiado y era muy ambicioso. No tuve más remedio que acabar con él. En cuanto a tu vecinita, tenía la mala costumbre de escuchar detrás de las puertas. Ya le dije al conde que era muy arriesgado meterla en su casa, pero ese cabrón necesita una chacha que le haga la cama... y que se la deshaga. —Sonríe zafio—. Es tan inútil que necesita servicio hasta para tomarse un vaso de agua. No tenía nada contra ella pero escuchó lo que no debía. Tuve que ordenar su fusilamiento.

—¡Valiente cabrón estás hecho! —exclama Claudio, revolviéndose de nuevo.

—No conseguirás sacarme de quicio con tus insultos, chico —responde Herreros pausadamente.

La claridad que a duras penas se extiende sobre la calle da un brillo extraño a los ojos del comandante. Fríos. Metálicos como su pistola. Asesinos. Rojos de sangre de odio.

—¿Por qué mataste a Lastra? —pregunta Claudio, ansioso de ganar tiempo.

Trata de sumar unos minutos más de vida, aunque sabe que morirá finalmente. Pero Herreros es vanidoso y disfruta relatando sus hazañas... y haciéndole sufrir. Es un experto torturador. Jamás ha matado a nadie antes de que la propia víctima se lo pidiera. A los pobres desgraciados que caen en sus manos los conduce a una situación tal que acaban por suplicarle que los mate. Claudio sabe que morirá, pero al menos podrá llevar consigo respuestas. Respuestas a las preguntas que le hagan sus fantasmas en el más allá. Mientras flotan silenciosos. Blancos.

—¿El conservador? —Herreros sonríe de nuevo—. Descubrió la falsificación. Cuando detuve a Ricardo Hurtado gracias a una delación...

—¿Fue el conde quien denunció a Hurtado? —interrumpe Claudio.

—¡Joder, chico, no te enteras de nada! —exclama divertido—. Peñalta estaba aislado del mundo en casa de tu amiguita. ¿Cómo iba a denunciar a nadie si no salía de esas cuatro paredes? A Hurtado lo detuvimos porque hicimos cantar a un espía que atrapamos en la Ciudad Universitaria tratando de pasar información a los fascistas. El joven Hurtado se portó como un hombre, la verdad, no denunció a nadie. Quién lo iba a decir con ese aspecto amariconado que tenía.

—¿Cómo atrapaste al conde entonces?

—Gracias a la buena gente que aún queda en esta ciudad podrida. Una vecina lo reconoció a través de la ventana de la cocina que da a un patio interior. Lo denunció. ¡Ya ves! Se confió. Y un hombre tan conocido debería haberse comportado de forma más discreta... Por eso ahora lleva barba. Le dije que se la dejara crecer. Es listo, de todas formas. Un tipo acostumbrado a vivir a costa de los demás, pero listo como pocos. No se asustó cuando lo llevaron a la checa. Al contrario, enseguida pidió verme. ¿Te das cuenta? Lo normal es que recen para no tropezarse conmigo. Pues él reclamó mi presencia.

—Un golfo llama a otro golfo —añade Claudio con desprecio.

Herreros encaja mal ese comentario y golpea a Claudio con su pistola en la frente. La sangre brota de inmediato sobre su rostro. Se dobla y tambalea. Retrocede hasta que se topa con la pared. Se apoya para no caer. Piensa en Evaristo Sánchez. El agente del sim al que sorprendió siguiéndolo en la calle Montera. Ahora él está en la misma situación. Pero Herreros no tendrá piedad.

—No me provoques o haré que te arrepientas de haber nacido —amenaza el agente del SIM.

Claudio calla. Se pasa la mano por la frente, empapada de sangre. Fluye lentamente hacia su cara. Dibujándole el contorno de la mejilla y la barbilla. Allí gotea sobre su vieja americana.

—Peñalta me propuso un plan muy elaborado. El cabrón lo tenía pensado desde que se enteró por los periódicos y la radio de la detención de Hurtado. Sabía que era el único de la familia que quedaba con vida y que la colección se había quedado huérfana. Así me lo dijo: ¡huérfana! No tenía otra cosa en qué pensar, allí refugiado en aquella casa. Lo había ideado como un juego mental. Nunca pudo suponer, ni remotamente, que tendría la posibilidad de llevarlo a cabo. Hasta que lo atrapé y me lo propuso.

—Y a ti te faltó tiempo para aceptar, supongo... —Claudio se yergue lentamente.

—No. Me pareció un magnífico plan, es verdad. Pero le hice sufrir un poco. Antes de aceptarlo. ¿Sabes lo que me decidió? ¿Sabes qué fue lo que hizo que me decidiera finalmente por la propuesta del conde? —Herreros no espera la respuesta y añade—: Que cuando lo detuvimos, Hurtado tenía una copia del testamento de su padre en el que se incluía el legado de la colección al Museo del Prado. Por eso supe que el conde no mentía y que era posible llevar a cabo su plan. Me cercioré de que el notario no existía y de que su despacho estaba destruido. El original se perdió. Devolví a Ricardo Hurtado a su escondite. Imagino que todos sus contactos pensarían que había cantado y que colaboraba con nosotros. Pero no. Lo hice solo para que el conde le cortara el cuello. Así mataba tres pájaros de un tiro: acababa con un fascista, eliminaba al último de la familia y comprometía al conde lo suficiente como para que no me dejara colgado después. —El comandante sonrío satisfecho de su plan—. Pensé que no habría más copias de ese documento, pero apareció otra en el museo. ¡Lo siento por Lastra!

Un automóvil se detiene en medio de la calle, casi desierta ya. Un lujoso

Packard de 1930. Incautado. Mal repintado de negro. Se le notan los brochazos en la carrocería. Tres agentes del SIM se apean y caminan hacia Herreros. Armados hasta los dientes. Con pistolas ametralladoras en la mano. Uno de ellos carga con una gran ametralladora con trípode.

—¡Hemos de irnos! —le dice al comandante uno de ellos desde una prudente distancia, sin atreverse a acercarse más.

—¡Ahora voy! —responde Herreros sin perder de vista a Claudio—. Lo siento. No tengo tiempo para más charlas.

—¡El original está intacto, estúpido! —grita el policía, como si fuera su última esperanza de aferrarse a la vida.

—¿Qué dices? —La cara de Herreros se transforma. Pierde su sonrisa de hielo, pero pronto la recupera—. ¿Es un farol, verdad? Quieres ganar tiempo.

—No. Es la pura verdad. El testamento original aún se conserva y queda muy lejos de tu alcance, ¡cabrón! —le increpa Claudio, crecido al observar la cara de desconcierto del agente del SIM.

—¿Dónde está? —grita el comandante.

—¡A buen recaudo! —Ahora es el policía el que ríe.

Una sonrisa casi desesperada. Pero afilada. Cortante. Dolorosa. La única arma que el condenado a muerte puede esgrimir contra su verdugo. Y duele. Hace mella en el ánimo de Herreros, que estalla.

—¿Dónde? ¡Vamos, habla! —Le agarra por la solapa de la americana y le golpea de nuevo con el cañón de su pistola—. ¡Dime dónde está ese testamento, maldito estúpido!

Claudio cae al suelo. Una nueva herida se abre en su cabeza rapada. La sangre brota alegre. Caudalosa. Escondiendo su cara tras un manto rojo. Espeso.

Los agentes del SIM se impacientan. Están acostumbrados a ver al jefe cebarse con un prisionero. Pero ahora no hay tiempo. La ofensiva contra el cuartel general del Consejo de Defensa se ha iniciado. Los tanques han llegado. Hay que triturar el Ministerio de Hacienda, donde se refugia el coronel Casado. «El traidor al servicio de los franquistas. Nos quiere entregar atados de pies y manos a los fascistas. Hay que resistir, porque resistir es vencer.»

—Está fuera de España —dice Claudio en un susurro, conmocionado por el golpe.

Un avión de combate pasa a toda velocidad sobre la calle Serrano. Su

estruendo ahoga las palabras del policía y paraliza a los agentes. Miran al cielo. Apenas se le ha visto pasar. A medio centenar de metros sobre sus cabezas. Como un meteoro enloquecido. Bramando a más de cuatrocientos kilómetros por hora. Otro caza le sigue. Y uno más se dibuja al fondo. Vuelo rasante. De reconocimiento. Las carracas de sus motores retumban en la calle recién amanecida.

—¡Son nuestros! —grita aliviado uno de los agentes, que ya se había echado a la cara la pistola-ametralladora.

—¡Sí, son los Moscas! —dice otro mientras agita la mano al paso de los diminutos cazas—. ¿Has visto el dibujo de Popeye en la cola? Son de la cuarta escuadrilla. De Albacete.

—¡Ahora sí que les vamos a dar a esos traidores! —dice el tercero.

—Ya es hora de que salgan, porque no se les ha visto el pelo en los últimos meses para defendernos de los bombardeos de las pavas —agrega el primero.

A la llamada de los motores, muchos militantes salen de la sede del Partido Comunista. Saludan al cielo. Unos de paisano y otros uniformados. Todos alegres. Levantan al aire sus fusiles y pistolas. El comandante Herreros ha visto pasar los tres Polikarpov con cierta inquietud. Pero los comentarios de sus hombres le tranquilizan. Devuelve la atención a Claudio. Sentado en el suelo. Acurrucado. Ensangrentado. Sus ojos, de blanco desmesurado, destacan bajo la imparable marea roja.

—¿Dónde has dicho que está ese testamento? —Le apunta con su pistola a la cabeza.

—En Ginebra. Lejos de tu alcance —responde el policía sin alzar la cabeza—. En poder de alguien que ya conoce tus maniobras y pondrá las cosas en claro en su momento. El mismo que remitió una copia al museo. No te saldrás con la tuya.

—¿Quién es? —grita frenético el comandante del SIM.

—¡Que te den por el culo! —grita Claudio en un último esfuerzo.

—¡Está bien, tú lo has querido, necio!

Herreros aproxima el cañón de su pistola a la cabeza rapada de Claudio. Los agentes observan al jefe. «Por fin acaba.» Claudio cierra los ojos. Siente la explosión de su cabeza antes de que se produzca. Sus hemorragias se cortan de golpe. Ve los fantasmas de sus muertos bailar a su alrededor en una noche oscura. Ya le hacen corro. Tomados de las manos. Salvo su padre, que se balancea triste en su vieja mecedora. Se marea. Todo gira a su

alrededor. Siente deseos de vomitar. Los oídos le zumban. «¡Qué desagradable es la llegada de la muerte!» Zumba la muerte. Grito ensordecedor. Ronco. Voz de ametralladoras que barren la calle recién alboreada. Son los Popeyes. Regresan a Serrano. Una pasada veloz. Entrada oblicua. Cuarenta y cinco grados de inclinación. Las ametralladoras levantan el asfalto. Un reguero de pólvora. Chilla la muerte. Confusión en la calle. «¿No eran de los nuestros?» Claudio levanta la cabeza. Abre los ojos. Ahogados de sangre. Velados. Turbia la mirada. Los cuerpos caen a su alrededor. Ruedan. Retorcidos. Sangrantes. Destrozados. Carreras de un lado a otro. Herreros, perplejo, mira al cielo. Los Moscas han regresado. Ametrallan sin piedad. Sus tres hombres caen en la primera pasada. Atravesados por una rociada de fuego. Los Polikarpov son diminutos, abiertos de cabina. El piloto asoma la cabeza para comprobar los estragos mientras remonta el vuelo. Van y vienen. Como un tiovivo de feria. Pero los Moscas no vuelven solos. Bombarderos les acompañan. Son los Natacha y los Katiuska. Aparatos rusos especializados en el bombardeo a baja altura. A punto de ser devorados por la herrumbre en el aeródromo de Albacete. Al fin alzan el vuelo. Pájaros asustados por la sombra amenazadora de los halcones italianos y alemanes. Atrevidos ante los amigos desarmados.

—¡Nos ha traicionado el coronel Camacho! —brama Herreros, aún erguido. Pistola en mano ante Claudio.

El coronel Camacho es de filiación comunista. Jefe del aeródromo de Albacete. Comunista y militar. El coronel Segismundo Casado le ha pedido el auxilio de la aviación, ante el cerco de los tanques. Camacho es más militar que comunista. Acepta las órdenes del mando sin vacilar. Declara su fidelidad al Consejo de Defensa. «¡Bombardee la sede del partido comunista! ¡Líbrelos de la presión de los blindados!» ordena Casado. Fiel al mando, al escalafón, Camacho obedece. A las ocho de la mañana. Acaba de amanecer. Pájaros temblorosos. De madera y de tela, como barcos veleros. Surcan el cielo, libre de las rapaces nazis. Bombardean a sus hermanos. Arrasan las formaciones comunistas. Destruyen la sede del partido en la calle de Serrano. Palacetes de potentados convertidos en sedes del pueblo.

—¡Maldito cabrón! —La ira inunda al comandante. No por la traición de Camacho, sino por poner en riesgo su vía de escape. Tiene un avión en el aeródromo de Albacete.

Pero eso ya lo resolverá más tarde. Ahora tiene al policía a sus pies. Él es el verdadero peligro para sus planes. «¿Quién tendrá el original? ¿Será un

farol?» No tiene tiempo para eso. No tiene tiempo para interrogar a conciencia a Claudio. Para hacerle hablar. Hablar hasta que se le caiga la lengua. «¡Lástima! Todo por culpa de esta revuelta estúpida y de estos bombardeos asesinos. No importa, cuando gane Franco, la palabra del conde de Peñalta valdrá más que la de cualquiera que alce la voz desde Ginebra. ¿Qué hace en Ginebra? ¿Es un exiliado? ¡Pues al paredón! ¿Es un adicto al régimen asustado de empuñar el fusil? ¡Pues no regreses, cobarde!» Peñalta ha colaborado con Franco. Sí. Él no lo sabe, pero toda su fortuna ha sido puesta a disposición de los rebeldes. Su mujer, desde Sevilla, se lo prometió a Queipo de Llano. Pensaba que ya sería viuda. Y aunque no lo fuera. Su marido aprobaría lo que ha hecho. El conde, recluido, no sabe nada. El agente del SIM lo sabe. Lo sabe desde el comienzo de la guerra. Pero no se lo ha dicho al conde. ¿Para qué?

Empuña la pistola con fuerza. Cerca de la cabeza de Claudio. Las dudas se agolpan en el cerebro del comandante Herreros. En milésimas de segundo las repasa y sopesa todas. No hay más opción: ha de acabar con este entrometido. No hay tiempo para interrogatorios. Se acabó todo.

El policía, tirado en el suelo, contempla la lluvia de muerte. La caída de los hombres de Herreros. La llegada de los Tupolev Katiuska. Vertiginosos. Rayos fríos. Fulminantes. La pistola de su verdugo vacila un segundo ante las explosiones. ¡Un segundo! ¡Qué largo es un segundo! Docenas de soldados mueren en un segundo. Barridos por los cazas y el primer bombardeo. Saltan los cristales de edificios próximos.

—¡Nos ha traicionado el coronel Camacho!

Es el mismo segundo de vida. Ese segundo decisivo. Segundo de duda. ¿Qué sucederá en el siguiente segundo? Claudio alza la frente.

—¡Maldito cabrón!

¿Es el mismo segundo? Sí. Todo sucede en un segundo congelado en el tiempo. La vida se detiene para que ocurran cosas. Todo en la misma fracción de tiempo. Pero Herreros no desea quedar atrapado en ese tiempo. Tiene prisa por cobrar su recompensa.

—Adiós, Ballesteros, debiste haberme hecho caso en su momento. — Hay una sonrisa en la cara de Herreros al despedirse. Una mueca que parte su cara blanda de lado a lado.

El dedo aprieta el gatillo de la pistola. Hay rabia en el gesto. Pero está fuera del segundo decisivo ¡Fuera de tiempo! Un Natacha ha soltado su pesada carga un instante antes. Justo en el segundo anterior. Cien kilos de

explosivos alcanzan la sede del partido comunista. Las bombas atraviesan el techo y revientan en la última planta. Estallido de dentro a fuera. Las planchas metálicas que refuerzan las ventanas vuelan por la calle. Más veloces que los cazas. Más veloces que el pensamiento. Más veloces que el gesto de apretar un gatillo. Un trozo de metal cruza Serrano en busca del comandante Herreros, que se despide de Ballesteros.

—...debiste haberme hecho caso en su momento.

La fina cuchilla de hojalata, en su camino hacia la acera contraria, sobrevuela los cuerpos muertos de los agentes del SIM. Invisible. Inapreciable al ojo humano. Fulminante. Herreros cae al suelo partido en dos. La chapa golpea la fachada. Dos palmos por encima de la cabeza de Claudio. Rebota hacia el centro de la calle. Abollada. Ensangrentada. El torso de Herreros cae al suelo. Pesado. Su mano aferra la pistola. Su dedo ha recibido del cerebro la orden de disparar, justo antes de que se cortara la comunicación entre ambos. Antes de que la columna vertebral se partiera por la mitad. Desde el suelo, aprieta el gatillo. «¡Bam!» Eco sordo. Tapado por el estruendo de las bombas. Pero es el segundo siguiente. Herreros da la espalda a Claudio. Su cara apagada mira al centro de la calle. Como su pistola. El asfalto se traga el disparo.

El caos queda en la calle tras los bombardeos. Los aviones han agotado la munición. Se han ido. El edificio del Partido Comunista está destruido. Los escombros se mezclan con la sangre. Cuerpos muertos. Lamentos. Cientos de heridos reclaman auxilio. Gimen. Una humareda envuelve la escena.

Claudio se pone en pie. Milagrosamente vivo. Recuerda la lata de café. Recuerda al conde. Recuerda a Lourdes. Su nota. Ha de encontrarla. Peñalta le lleva ventaja. Seguramente está desesperado. Ya ha matado y no dudará en volver a hacerlo. Solo le importa la colección del viejo Hurtado. Los cuadros. El arte por encima de la vida. Matar por amor al arte.

Los supervivientes deambulan confusos. Acuden a los gritos de los heridos. Herreros yace tranquilo, partido en dos mitades. Nunca lo vio tan quieto. Tan relajado. Pese a verlo segado, Claudio guarda en su interior un temor inconsciente hacia él. Un temor irracional. Apenas lo observa de reojo al incorporarse. Como si temiera que su cara fofa y blanca fuera a hacerle una mueca. Una última sonrisa de despedida. Un gesto terrible, solo a él dedicado.

El enorme Packard negro de los agentes del SIM continúa aparcado en la

calzada. Sus tres ocupantes son un revoltijo de sangre contorsionada en la acera. La llave está puesta. Alguna ráfaga lo ha alcanzado. El techo tiene una costura de agujeros por los que cabe un dedo. Los cristales han estallado. Pero el motor arranca. No llegaría a tiempo andando. Ha de darse prisa. Es peligroso conducir un coche. Cualquiera de los dos bandos puede tirotearlo. Pero es la única alternativa que tiene para llegar a tiempo a casa de Lourdes. A casa de Carmen y de su madre. Ambas corren peligro si se tropiezan con el conde de Peñalta. Mata por amor al arte. Acelera. El coche responde. Sube a la acera para sortear un gran agujero en medio de la calle. Los adoquines han saltado por los aires. El asfalto se ha fundido. Algunos cuerpos le obligan a maniobrar para no pasarles por encima. Varios heridos alzan sus manos. Una seña para que se detenga y los ayude. Claudio no los ve. Va ciego. Sale a la plaza de la Independencia a toda velocidad. Un tanque está despanzurrado junto al arco de Carlos III. Los aviones del coronel Camacho han trabajado a conciencia. Hay poca gente por la calle. Los bombardeos no animan a pasear. Pero la gente se agolpa tras las ventanas de sus casas. Ven la guerra desde el cuarto de estar.

Algunos hombres armados corren como locos de un lado a otro. Baja por Alcalá. Oye disparos. No sabe si van contra él. Cuando gira en Cibeles, para tomar el paseo del Prado, escucha un sonido metálico. Un golpe seco en la chapa del coche. Otro más. Le disparan. Son tiros confundidos con el repiqueteo lejano de ametralladoras. Se oyen por varios sitios. Algún estampido de cañón. Soldados se ocultan en los portales. Asoman sus cabezas al escuchar el ruido del potente motor. No les da tiempo a darle el alto. Le disparan. Sin saber por qué. Un coche a toda velocidad por el paseo del Prado bien merece unos tiros. Tres impactos más resuenan en la robusta carrocería del Packard. Le saltan algunos cristales. Silbidos de muerte zumban en sus oídos. Supera Neptuno ileso. Deja el Museo del Prado a la izquierda. Piensa en la colección de arte. En realidad nunca se le ha quitado de la cabeza. Peñalta y los cuadros. Los cuadros y Peñalta. Le viene a la mente el cuerpo seccionado del comandante Herreros. Aún no ha asimilado su muerte. «¡Disparó después de muerto!»

Suda, pese a que está a punto de congelarse. El viento frío de la mañana le entra a borbotones. El parabrisas destrozado. Como una ventisca. El aire le dificulta la respiración. Noventa kilómetros por hora. En Atocha, algunos soldados alzan los brazos para indicarle que se detenga. Pero no osan interponerse en su veloz carrera. Un loco, sin duda. Un capitán le dispara

con su pistola después de echarse a un lado. Dos detonaciones secas. Apenas audibles por el rugido del motor del coche. Las balas atraviesan la cabina. Pasan por los huecos de los cristales ausentes. Claudio oye el surco que dejan por detrás de su nuca. Recuerdan la trazada invisible de los Moscas en el aire.

Cuesta abajo vertiginosa en Santa María de la Cabeza. Ancha avenida de edificios agujereados de metralla. Parapetos improvisados a los lados. El Packard esquiva a duras penas los boquetes abiertos en la calzada por las bombas. Floralia, impertérrita. Con sus vacías cuencas de escaparates arruinados contempla la urgente marcha del policía.

En la esquina con José Antonio Armona, Claudio detiene el coche. Se apea. Corre por la calle desierta. Pistola en mano. Lejanos resuenan tiros esporádicos. Explosiones en Sol y la Gran Vía. Humaredas empañadas en retrasar el amanecer.

Carrera escaleras arriba. Cuatro pisos agotadores. Voces. Gritos en el interior. Golpes. Claudio patea la puerta. Una vez. Dos. Tres. Al fin se desencajan los goznes. Penetra en la casa. La escena brutal en la penumbra rompe la somnolencia eterna del piso interior. El conde sujeta a doña Flora. Se protege con ella. Se oculta detrás de su pequeño cuerpo. Un cuchillo amenaza el cuello de la vieja. Ella tiembla y llora. ¡Qué diferente porte presenta el conde! Es un asesino acorralado. Suda. Como el policía. Pero es terror lo que exuda Peñalta. Terror que siente y terror que infunde. Una bestia de barba recortada. Elegante criminal de cuchillo en mano. La casa está revuelta. Enseres tirados. Útiles de cocina en el suelo del salón. Lluvia de lentejas. Igual que en casa de Peñalta. En todas las casas en que hay algo de comer, hay lentejas. Solo lentejas. Lentejitas.

—¡Detente o le corto el cuello! —grita el conde, desesperado. Babea. Como un lobo. Feroz y rabioso.

Claudio se detiene en seco. Solo se escuchan las respiraciones agónicas del conde y de doña Flora. Y el crujido de las lentejas pisadas. El policía contiene su aliento.

—Tranquilícese. No haga más barbaridades. —Claudio trata de que la cordura regrese al enajenado conde.

—¡No sé qué quiere! —lloriquea la vieja, desconcertada.

La pobre doña Flora. Se le ocurrió regresar a su casa temprano. Para recogerla. Para que no lo tuviera que hacer Carmen, a punto de llegar de trabajar. «Ella ya tiene bastante y yo estoy mejor. Ya estoy más recuperada.

Puedo hacerlo sola.»

El conde entró como un loco violento. Abofeteó a la vieja. Así paga su bondad. Lo recogió cuando huía de las sacas y de los fusilamientos masivos. No le pidió nada a cambio. Más de dos años a su costa. Compartiendo las lentejas ahora arrojadas. Guardando silencio con las vecinas. Impidiendo que entrara nadie en la casa para no descubrirle. «Y ahora me pone un cuchillo en el cuello solo porque busca un papel en una lata de café. ¡Un café que él mismo me regaló! Un café que ya no está aquí. Se lo ha llevado Carmen al hospital, para los heridos. Para que esos pobres desgraciados puedan disfrutar también de los lujos. ¡Se lo he dicho y no me cree! ¡Lo he tratado como a un hijo y me llama mentirosa! ¡Y me destroza la casa!»

—¡Se ha vuelto loco el señor conde! —doña Flora aún le respeta. Pese a todo.

—No está loco. Solo trata de salvar el pellejo y de enriquecerse —dice Claudio—. El mató a Lourdes.

—¡Yo no fui! —chilla el conde, esgrimiendo el cuchillo—. Pero mataré a la vieja si te acercas un paso más.

Doña Flora no entiende. «¿Es cierto eso? —interroga a Claudio con ojos llorosos—. ¿Él mató a Lourdes? Este hombre, al que protegimos y salvamos la vida, ¿mató a mi Lourdes?»

—No apretaste el gatillo, pero fuiste tú el que la denunció a Herreros. Tú la pusiste ante el pelotón de fusilamiento —dice Claudio, tratando de ganar tiempo. Siempre trata de ganar tiempo. Para pensar para actuar.

—¡Yo la quería! —gime Peñalta.

—Tú solo te quieres a ti mismo. No eres más que un asesino egocéntrico. Te aprovechaste de su juventud. Abusaste de ella hasta que te resultó peligrosa y provocaste su muerte.

—¡Dios mío! —Doña Flora comprende de golpe muchas cosas—. ¡Abusó de mi hija! ¡Abusó de mi hija!

Después de años de ignorancia y engaño, la inteligencia de la vieja se abre de par en par por primera vez. Claro que comprende. Ahora tienen sentido muchos comportamientos a los que no dio importancia en su momento. Esas miradas extrañas entre el conde en su hija. «¡Estuve en la inopia, Dios mío!»

La misma fuerza invisible que la amarró durante años al servicio del conde, barre ahora de un plumazo todo el respeto reverencial que sentía hacia él. Ni los golpes ni los insultos habían conseguido expulsar del alma

de doña Flora el sentimiento irracional que la impulsó durante años a humillarse ante el ser de casta superior. Ante el noble que la honraba acogiendo a su hija en su casa de profunda raigambre. Un sentimiento de inferioridad heredado de los antepasados, forjado en siglos de sumisión. En siglos de ignorancia.

Pero esas ataduras se han roto de cuajo al descubrir que Peñalta se ha aprovechado de su hija «¡En mi propia casa, abusando de mi hospitalidad!» Ahora le ve de otra forma. Bajo otro prisma. Ya no es el distinguido caballero español tocado por la mano de Dios, ya no es ese honorable aristócrata que compartía alfombras y manteles con los mismos reyes. Es un tipo abyecto, bajo, zafio y ruin que se ha aprovechado de ella y de su hija. Sobre todo de su hija «¡La pobre Lourdes! ¡Abusó de mi hija y luego la mató! Y ahora viene a por mí. ¡Ya qué me importa la vida!»

La vieja se gira de improviso. Desafía el filo del cuchillo. Encara al conde. Ambos tienen lágrimas en los ojos. Aporrea su rostro noble con sus manos blandas. El arranque desconcierta a Peñalta. Claudio da un paso adelante. Levanta la pistola. El conde agarra a la vieja por la solapa de la bata. La gira de un tirón y la pega contra su cuerpo. Se agazapa tras ella. Doña Flora lucha con sus menguadas fuerzas. El policía apunta a la cabeza del conde, que sobresale tras la menuda estatura de la vieja. La vida se decide en un segundo. Siempre es un segundo. El cuchillo asesino resbala por el cuello arrugado. Como otras veces. Matar por amor al arte.

—¡No! —grita Claudio, horrorizado.

De la carne seca brota un torrente rojo. Aún pelea la vieja. Agita las manos. Boquea y pelea. «¡Me voy con Lourdes!, ¡...y con mi Juanito» Es un segundo largo. La muerte siempre llega en un segundo largo. Así tiene que ser para despedirse de la vida. La vida pasa por la mente en un segundo. Muy Largo. Ceden las piernas de la vieja. El conde la empuja contra Claudio. «¡Bam!» Disparo fallido. Doña Flora cambia de manos. Abrazo de sangre que tiñe las ropas del policía. El conde esquivó el disparo. Se escabulle. Duda Claudio. La vieja está en sus brazos y le mira. Con ojos muertos. Ahogados. ¡Qué gran segundo termina! La deja caer. Se escurre lentamente, adherida a su cuerpo, hasta llegar al suelo. Sangre con lentejas. ¡La mejor receta de Negrín! «Resistir es vencer.» Claudio tiende la mano armada hacia el conde cuando este escapa. Gesto instintivo. Peñalta le tira un tajo desesperado. Un corte profundo en la muñeca derecha. Choca el cuchillo con la pistola. Las armas caen al suelo. Huye el conde. Claudio

recupera su pistola.

Ya están corriendo escaleras abajo.

—¡Alto o disparo!

Es veloz el conde. Claudio apenas le tiene a tiro. Rastro de sangre de su muñeca cortada. Tendones seccionados. Cuatro pisos. La luz opaca de la mañana hiere las retinas acostumbradas a la penumbra interior. Corren por la calle. Suenan disparos, pero no los escuchan. Ciegos y sordos. Giran la esquina con Santa María de la Cabeza. Algunas personas, que caminan pegadas a las fachadas, se apartan. Claudio trata de apuntar. Alza la mano sin dejar de correr, pero no puede sujetar la pistola. Le duele el corte y apenas tiene fuerza en la mano. No siente los dedos. No le responden. Guarda su arma en el bolsillo de la chaqueta. Corre y corre. Cuesta abajo por la avenida. Peñalta flojea. Está agotado. Tropieza y cae. A pocos metros de Floralia. Junto a la destruida fábrica de OSRAM. Claudio le alcanza. Siente ganas de patearlo. Quizá lo haga. La sangre empapa al policía. Sangre seca en la cabeza y la cara de los golpes de Herreros. Sangre fresca de doña Flora en el pecho y los pantalones. Sangre por todos lados, salpicada de su muñeca. Y sudor. Como Peñalta. No pueden hablar. Jadean. Sus miradas lo dicen todo.

«¡Maldito cabrón asesino! ¡Pagarás por todos tus crímenes!»

«¡Policía hijoputa, ¿por qué metes tus narices en mis asuntos? ¿Me joderás el sueño de mi vida?»

Claudio intenta sacar la pistola del bolsillo. Las esposas quedaron en el abrigo que prestó a la joven amiga de Lourdes, la anodina.

—¡Alto! —grita alguien con firmeza a su espalda.

Claudio gira la cabeza. Un grupo de soldados les apunta con metralletas. Pañuelos rojinegros al cuello.

—¡Me quiere matar! —grita el conde, histérico, ahogado por la fatiga. La rodilla machacada en la acera—. ¡Mató a la vieja y ahora me quiere matar a mí!

Claudio alza su mano tajada. Niega con la cabeza roja.

—¡Soy policía! —grita Claudio—. ¡Este es un asesino que voy a detener!

—¡Manos arriba los dos o abrimos fuego! —Los soldados no admiten explicaciones. Quieren silencio y entrega. Ya decidirán después.

Claudio alza los dos brazos. Tal como le ordenan. La pistola le pesa en el bolsillo de la chaqueta. La sangre se le escapa a borbotones por la muñeca

cortada.

—¡Es un comunista, es un comunista! —El conde trata de incorporarse. Pesadamente. Grita como un loco—. ¡Es un policía comunista!

Se aferra a las piernas de Claudio. Quiere trepar por él. A su costa. Utilizarle de bastón. Se empapa de la sangre que ha provocado. La del policía y la de doña Flora, que ya está con sus hijos y su marido, el ferroviario. Muertes violentas las cuatro. Terribles.

El policía trata de sacudírselo de encima. Lo empuja con la mano izquierda mientras mete la mano derecha en el bolsillo. Busca su placa. Está en el mismo bolsillo que la pistola. Bolsillo derecho. La mano no responde como quiere. Los tendones no obedecen sus órdenes.

—Soy policía —rebusca torpemente en el bolsillo—, y este es el conde de Peñalta, mi prisionero. Es un asesino.

—¡Tiene una pistola! —grita el conde al caer sobre la acera, arrojado por Claudio.

—¡Alto o disparo! —Tercer aviso de los soldados de Mera.

¡Qué mano tan torpe! No es capaz de coger la placa. Desiste de utilizar la derecha. Meterá la izquierda.

—¡Soy policía!

Giro extraño del cuerpo. La mano izquierda busca el bolsillo derecho. El conde grita «¡tiene un arma!». La sangre es espesa. La pistola abulta. Se adivina en la chaqueta de Claudio. El gesto es difícil. Los soldados no lo entienden. Solo saben que han dado el alto y el tipo es policía. Policía. La policía es comunista. Roja. Rojo de sangre es Claudio. Empapado. Gotea sobre el conde de barba recortada. Elegante. Rodilla quebrada. Histérico, «¡tiene un arma!». Retumba la descarga. Como un solo tiro. «¡Bam!» El pecho de Claudio es más rojo ahora que nunca. Mezcla su sangre con la de la vieja sobre su chaqueta. Se tambalea. Caer. Junto al conde. Peñalta se sobresalta. La cara de Claudio le mira. Ojos abiertos. Mano izquierda en el bolsillo derecho. La placa apenas asoma entre los dedos. Roja de sangre. El conde se arrastra. Se acerca al cuerpo caído. Verlo tirado le tranquiliza. La muerte parece que calma su enajenación. Matar por amor al arte. El arte le tranquiliza. No ha sido obra suya, pero reconoce que esta muerte es una obra de arte para su ánimo. Coge la placa con disimulo.

—¡Te jodes, cabrón! —le dice el conde a Claudio en un susurro, mientras se acercan los soldados.

Claudio apenas escucha. Ve siluetas grises a su alrededor. Giran veloces

mientras se apaga el día. Un zumbido. Oye un zumbido y la cara de Peñalta se desdibuja. Se oscurece. La luz de la mañana se tiñe de rojo y luego de negro. La muerte viene rojinegra. Las siluetas, sin embargo, se iluminan. Brillan cada vez más. Arden. Contrastan con la oscuridad de la muerte. Se le acercan y le acarician. Son fulgores conocidos. Lourdes con sus cabellos de hilo dorado da la mano a su madre. Las dos le miran con una sonrisa. «¿Dónde está Juan? ¿No conoceré a Juanito?», pregunta Claudio. Trespatas se hurga los dientes con un palillo. Ricardo Hurtado ríe sin motivo. Lastra acompaña a Antúnez, como dos rayos gemelos. Ángel Ballesteros observa la escena desde su butaca dominguera.

«Mis muertecitos me llaman. Caso resuelto. Estoy flotando. Me marchó. Me marchó al fin, como todos me pedían. El cielo se me vino encima. ¿Se refería Carmen a esto? Tenía razón. Cayó el cielo con todos sus inquilinos sobre mi cabeza. Ángeles y arcángeles, asesinados y criminales. Muertos, muertos y muertos. Todos conmigo...»

Los soldados se acercan. Los fusiles y metralletas apuntan al conde. Sentado en el suelo, junto al cadáver de Claudio. La gente que pasaba por la calle ha visto todo sobrecogida. Estremecimiento por la descarga. Después silencio. Una muerte más de la guerra. Pero la muerte hipnotiza. Se acercan. Cruzan la acera para mirar. Un muerto siempre es digno de ver. Cómo ha quedado, si tiene los ojos cerrados o abiertos, dónde recibió los disparos y cuántos fueron. Quizá sea un conocido. Por qué lo mataron. ¿Era fascista? Un cadáver fascista siempre produce más curiosidad «¿Son como nosotros, mamá?», pregunta un niño. «Sí hijo. La diferencia está en el interior. Pero no mires», responde la madre mientras se lo lleva de la mano, la cabeza vuelta. Tropezando. No entiende eso de que la diferencia está en el interior.

—¿Quién eres? —pregunta un cabo al conde.

Peñalta sonríe. Pero solo para sí mismo. Al fin podrá disfrutar de su sueño. Gracias a Herreros. Nunca hubiera pensado, mientras estaba recluido en casa de doña Flora, que sus castillos en el aire se convertirían en realidad. «La colección Hurtado-Mendoza será para mí.»

—Trabajo en el contraespionaje —responde el conde—. Este tipo pertenece a la Quinta Columna. Me había descubierto.

Gran mentira. Pero Herreros lo corroborará todo. Claro, que eso será cuando acabe este enfrentamiento estúpido. Por cierto, «¿dónde se habrá metido el comandante?».

—¿Eres del SIM? —interroga el cabo.

—Sí —afirma Peñalta.

—¿Puedes probarlo?

—Ahora no... —Peñalta exagera el dolor de su rodilla para que no le interroguen más—, pero lo haré más adelante.

—Bien —admite el militar—. El SIM ha permanecido fiel al Consejo Nacional de Defensa. Es el único lugar desde el que se pueden mantener comunicaciones telefónicas.

Un soldado registra el cadáver de Claudio. Solo halla su pistola en el bolsillo de la americana. La gente se aparta para que dos soldados de pañuelos rojinegros ayuden al conde a levantarse. El sol asoma entre las nubes para iluminar la avenida. Será un día espléndido.

Una figura se abre camino entre los curiosos. Curiosa también. Mira sobre las cabezas de los demás. Ha llegado tarde. Escucha los comentarios. «¿Un fascista? No. Creo que dijo que era policía.» ¡Policía! Un pálpito funesto la sobrecoge. Presagio de muerte. A golpes y empujones se abre paso la mujer de pelo negro. Ángel blanco de grito desgarrado. Cae de rodillas ante el cuerpo muerto del policía.

—¿Lo conoces? —le pregunta el cabo. Frío.

Pero no responde. Lloro. Gime. Rodeada de miradas comprensivas. ¿Quién no ha pasado por esto en Madrid alguna vez? Le coge la cabeza ensangrentada. La levanta y acurruca en su pecho blanco. Teñido de sangre. Cierra sus ojos entreabiertos. Sorprendidos.

—¿Conoces a este tipo? —insiste el cabo.

Apenas escucha. Solo oye sus desconsolados pensamientos, que son como chillidos de horror en sus sienes. «¡Otra vez, Dios!» Sí. La muerte otra vez. Golpea de nuevo sobre el mismo clavo. Lo machaca hasta el fondo. Martillo que tritura la felicidad. Efímera. Apenas esbozada y ya perdida. ¿Dónde quedarán esas cuatro mil noches prometidas? ¿Y las que habían de venir? «¿Qué pasará cuando el cielo se caiga sobre nuestras cabezas?»

—Señorita, por favor... —El cabo toca su hombro levemente. Respetuoso con su dolor.

Carmen alza la vista por primera vez. Observa a los que la rodean. Algunas lágrimas enturbian algunos ojos. Las lágrimas llaman a las lágrimas. Igual que la sangre. El cabo le sonrío. Amable. Es la única sonrisa entre rostros serios. Graves. Que apartan la mirada para no tropezarse con la suya. Por respeto a su dolor. Qué nadie sepa que hay llanto en tu rostro. Lágrimas en los ojos y rabia en los labios. Pero alguien la hiere con su

mirada afilada. Punzadas en las pupilas. Unos ojos atraviesan sus ojos negros. Son ojos sorprendidos. De odio.

Carmen repara en ellos porque le hacen daño al mantener su mirada. Los reconoce. Comprende de pronto qué ha ocurrido. Ve a Peñalta. Sostenido por dos soldados. Taladrada por su mirada odiosa. Refleja odio pero también terror.

—Lo conozco muy bien —responde Carmen al cabo. Fría.

—Dígame, ¿quién es? No tuvimos más remedio que abatirlo.

El ángel blanco congela sus lágrimas. Caen de sus mejillas como perlas de hielo. Mantiene su mirada de escarcha en el rostro del asesino de barba recortada. Con la cabeza de su amante sobre su pecho rojo. Abre el bolso. Grande y profundo.

—Es el conde Peñalta. Un fascista.

—¿Seguro? —El cabo cree que la mujer no está en sus cabales—. El conde está en paradero desconocido desde el principio de la guerra, y por lo que recuerdo, era más mayor. Este rondaría los treinta...

La mano de Carmen es ágil. Y certera. Acostumbrada al quirófano. Saca la pistola del bolso. Apunta a Peñalta. Dispara. «¡Bam!» Es como un cañonazo en el silencio de la calle. En un segundo. Entre sus dedos va una flor. Un clavel seco. Sale al tiempo que la pistola. El hierro lanza muerte por su boca ardiente. La flor gira libre en el aire y cae sobre el pecho muerto de Claudio. La sangre fresca lo empapa. Recobra su color rojo.

En el mismo segundo, una bala surca el corto espacio que separa a Carmen de Peñalta. El espacio que ocupa el cadáver de Claudio. El plomo entra por la arrogante nariz del conde. Fosa nasal izquierda. Trayectoria ascendente ¿Cincuenta grados? Quizá sesenta. Revienta el cráneo como un huevo. Los soldados que lo sujetan en pie se retiran sorprendidos. Salpicados de gris y rojo. Cae el conde junto al policía. Morir por amor al arte. Un segundo largo.

Carmen deja la pistola en el suelo. Despacio. Lloro de nuevo. Lágrimas de fuego, que trazan surcos ardientes en sus mejillas escarchadas. Recoge el clavel húmedo del pecho de Claudio. Lo besa. Labios rojos de sangre. Como una herida. Empapados de muerte. Una más. Aquí, junto a Floralía.

Madrid, noviembre del 2001.



Francisco Galván Olalla (Madrid 1958) es periodista y, actualmente, trabaja en la edición de Nacional en la Agencia EFE.

Ha escrito más de una decena de novelas y ha recibido varios premios como el Diablo Cojuelo de Novela Picaresca con *El rabo del diablo* (2001). Asimismo, ha participado, con sendos relatos, en el volumen conmemorativo del vigésimo aniversario de la Semana Negra de Gijón, y en la antología policiaca *España negra* (2013). También fue galardonado con el premio Ateneo-Ciudad de Valladolid (2002) con *Cuando el cielo se caiga* (de próxima aparición en *Imágica Intriga*).

En *Imágica Histórica* ha publicado *De buitres y lobos* (2016) y *El tesoro de Vulturia* (2017), ambas ambientadas en la Hispania visigoda del siglo V y protagonizadas por Wulfric, el rey de los lobos. Con esta última fue galardonado con el premio Ateneo de Sevilla de Novela Histórica (2010).

También en Imágica Histórica: Las esmeraldas de Cortés, finalista del Felipe Trigo.

Con su obra El caso del Vampiro de Cuatro Caminos inauguramos nuestra colección de Imágica Intriga, en la que ahora se publica Cuando el cielo se caiga.

Francisco Galván es capaz de transformar la historia de España en una intriga apasionante.